CERVANTES

Y

EL QUIJOTE.

ESTUDIOS CRÍTICOS

POR

FRANCISCO M. TUBINO.

MADRID.
LIBRERIAS DE A. DURAN, BAILLY-BAILLIERE Y L. LOPEZ
PARIS: F. BRACHET.-HABANA: A. CHAO.

1872

CERVANTES Y EL QUIJOTE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

	PESETAS
"El Quijote y la Estafeta de Urganda," (quedan algunos ejemplares de la 2.ª edicion). .	3
"Gibraltar ante la historia, la diplomacia y la política." (Agotada)	»
"Estudios contemporáneos." Los intereses morales y materiales. Individualismo y socialismo.	5
"Estudios prehistóricos."	1 50
"Murillo, su época, su vida y sus cuadros.". . .	5
"Pablo de Céspedes." Estudio de arte premiado con medalla de oro por la Academia Nacional de Bellas Artes.	5
"Viaje científico á Dinamarca y Suecia" (en colaboracion con el Doctor Vilanova). . . .	10
"El Arte y los Artistas contemporáneos en la Península.	5

EN PREPARACION.

Castilla durante el reinado de Pedro I.

CERVANTES

Y

EL QUIJOTE.

ESTUDIOS CRÍTICOS

POR

FRANCISCO M. TUBINO.

MADRID.
LIBRERIA DE A. DURAN.
1872.



A

LOS CERVANTISTAS FRANCESES

MM. L. VIARDOT,

ANTONIO DE LATOUR, GUARDIA, ROYER,

EMILIO CHASLES,

GERMOND DE LAVIGNE, L. BIART.

GUSTAVO DORÉ, &.,

SU CÓLEGA

CUAL TESTIMONIO DE ACENDRADA

SIMPATÍA.

PRÓLOGO.

Desde que en 1862 publiqué mi primer ensayo sobre la obra inmortal de Cervantes, no he cesado—segun que me lo consintieron trabajos de otra índole—de estudiarla bajo distintas relaciones, tanto con el fin de admirar sus bellezas, cuanto llevado del honrado deseo de robustecer prévios juicios ó de reformarlos como pedia el imparcial móvil en que hubieron de inspirarse. No debo negar que durante ese período de tiempo, ensanchada la órbita de mis conocimientos y robustecida mi razon con mayores meditaciones, he modificado algunos extremos secundarios de mis creencias literarias; más en lo fundamental continúo apreciando el "Quijote" y entendiendo sus méri-

tos, significacion y carácter, cual los apreciaba y entendia cuando dí à luz aquella obrita.

Ateniéndome, pues, á mi propio criterio, pensando que el "Quijote" es ante todo una produccion de amena literatura destinada por su autor á realizar una reforma literaria tambien, que muy luego traería como consecuencia inevitable otra de órden mas elevado; pretendo descubrir los elementos de constante valor que entraña y gracias á los cuales su interés lejos de disminuir y agotarse, cunde de dia en día, espaciándose por todas aquellas regiones que la civilizacion ilumina con sus luces.

Pienso haber dicho algo nuevo y pertinente por lo que toca á este particular. Tanto en el estudio que lleva por título "El sentido oculto del Quijote," cuanto en el que nombro "La Caballería andante y Don Quijote," ensancho, en mi sentir, los límites de la crítica cervantesca, colocándola en las alturas que señalan los modernos adelantos de la filosofía. Responden estos esbozos á un pensamiento capital: imagino que no es posible conocer la obra del génio, sin relacionarla, mediante un doble procedimiento de análisis y síntesis, con la série de hechos à que aquella corresponde. Para quilatar su valía, originalidad, significacion y trascendencia, necesítase recordar la época en que el autor vive, los antecedentes de su libro, el modo cómo este traduce las impresiones y pensamientos de la entidad que lo enjendró, y las consecuencias de que es causa y orígen reconocido. Por tal modo determínase la valía intrín-

seca de la produccion y puede medirse, asímismo, el mérito que entrañe como nuevo caudal destinado á enriquecer el comun acerbo de la cultura.

Lleva además este método á discernir aquello que en la obra sirve los verdaderos intereses de la humanidad, prescindiendo de sus pasajeros fines y de lo que en la forma pueda merecer aplauso. Inclínase mi crítica mayormente á apreciar el valor interno, por ser mas constante, positivo y elevado que el de la esterior envoltura, siquiera no deba ni pueda prescindirse de esta, concurriendo como concurre al éxito con grandísima eficacia.

Indican los dos mencionados estudios del modo cómo escribiria yo los comentarios al "Quijote:" el que sigue pretende justificar la necesidad de esos mismos comentarios, trazando el plan à que quizá deberian sujetarse. Algo tengo hecho en este tema. Tras laboriosa investigacion realizada lo mismo en las Bibliotecas nacionales que en las principales colecciones públicas de libros de Inglaterra, Francia é Italia, he llegado á reunir los elementos suficientes para un ensayo sobre la Caballería andante y la literatura de gesta, particulares tan relacionados con el "Quijote," que en mi sentir no es posible saborear todas las bellezas de esta inmortal epopeya, ni descubrir sus alcances sin hallarse familiarizado con aquellos en el grado conveniente

No es difícil que en un próximo volúmen resuma mis trabajos sobre ambos extremos, limitándome por ahora á dar las bases sobre que en su caso levan-

taría el edificio. Expuesto mi pensamiento sobre la caballería andantesca y los libros á ella consagrados, lo demas es achaque de gusto y de erudicion.

Comienza el libro con un estudio crítico sobre el Cervantes de Avellaneda. Hubo un tiempo en que como otros muchos atribuí la continuacion tordesillesca á Fray Luis de Aliaga; pero meditando luego sobre el argumento y contemplando los deleznables apoyos sobre que esa opinion descansaba, hallé prudente combatirla, poniendo las cosas en su verdadero punto, que aun tratàndose de un extremo literario, figúraseme que la moral y la justicia deben ser respetadas, dándose á cada uno aquello que en rigor le corresponda.

Calculo que en lo sucesivo no se cargará el "Quijote anónimo á la cuenta del domínico aragonés, cuadrando á mis sentimientos declarar que al emprender este exámen no me propuse medir mis armas,—siquiera me honrase lo contrario por la calidad de los antagonistas,—con los amigos queridos que hasta ahora sostuvieron ideas opuestas á las que defiendo. Estudiando el tema, tropezé con dificultades que originando pesquisas dieron ocasion à una divergencia de pareceres que habria sido impertinente el ocultar.

No creo que huelgan en este libro los capítulos dedicados al "Barrio de las Musas" y á "la Sepultura de Cervantes." El primero encierra datos curiosos que me agradecerán los cervantistas, mi único mérito, si alguno resulta, es haberlos reunido

y ordenado con el auxilio de amigos mas eruditos y diligentes que yo. El segundo es un pretesto para hablar de las modestas y olvidadas Trinitarias, grandes admiradoras del ingenio de Cervantes, custodios de sus cenizas y por tanto merecedoras del respeto y de las simpatías de cuantos amen y reverencien la memoria del grande hombre. Aunque el digno presidente de la Academia Española, en un precioso libro, ha tratado el asunto con mayor lucimiento, mi capítulo no será inútil por completo, encaminándose á popularizar la historia literaria del convento donde Cervantes halló tumba y antes lenitivo á sus melancolías.

Escrito este volúmen en distintas épocas he repetido algun que otro pensamiento. El benévolo lector sabrá escusar esta flaqueza, hija de olvido involuntario.

Si como en 1862 el público me alienta con su apoyo y la crítica con sus consejos, sacaré á luz oportunamente la segunda parte de estos estudios, inspirados siempre en el propio móvil que rije los presentes. Aparte de mis pesquisas sobre la caballería andante y los poemas caballerescos, debo ventilar otros estremos no menos valiosos, entre ellos, algunos íntimamente unidos á la vida de Cervantes.

Pongo, pues, punto aquí á este proemio, agradeciendo la volúntad con que auxiliaron mis pesquisas los celosos empleados de la Biblioteca Nacional, y mis buenos amigos los señores Rosell, Carderera, Fernandez Guerra, Martin Gamero y Barrera y Ley-

rado, así como el ilustre literato florentino Angelo de Gubernatis, el no menos reputado escritor T. Gar, cuya reciente pérdida lloran las letras italianas, y el distinguido Rector de la Universidad literaria de Zaragoza señor Borao, con los señores Zapater, de aquella misma ciudad, y Gallardo, de Toledo; á todos los cuales debo consejos ó noticias que estimo en lo que valen y significan.

F. M. TUBINO.

Madrid, Marzo. 1872.
BARRIO DE CERVANTES

ERRATAS.

Distante el autor del punto donde se ha impreso este libro, deslizáronse en el texto algunas erratas. Hé aquí las principales:

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
48	30	1612	1621
97	11	inventiva	invectiva
98	9	los	las
109	18	tres	dos
201	5	autocrática	aristocràtica
203	8	discurrir	discutir
204	20	hasta cruzar	cruzar

CERVANTES Y ALIAGA.

I.

LA APARICION DEL FALSO DON QUIJOTE.

Próximo al término de su azarosa y ejemplar existencia, con la salud harto quebrantada por los sufrimientos del cuerpo y las pesadumbres del ánimo, tan sobrado de infortunios y de dolores como menesteroso de las ventajas que ya en las postrimerías de la vida suelen alijerar la pesada carga de los años, Cervantes, coloso de la moderna literatura, superior encarnacion del génio, regocijo, honra y gloria de nuestra querida España, ocupábase en el no aderezado albergue que tierna, compasiva y cristiana amistad le deparase,

en dar cima á la noble empresa que bizarro acometió, proponiéndose historiar las hazañas del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha.

Trazaba con gallarda pluma el capítulo cincuenta y uno de la segunda parte de sus proezas, cuando, expirante el año de 1614, llegaba á manos del egregio escritor la continuacion que un anónimo pretendia dar al parto peregrino de su privilegiado entendimiento. Sorprendióle antes que la arrogancia del encubierto émulo,—atreviéndose á proseguir en la empresa que le estaba reservada,—las agresiones con que en su entender quiso herirle y mortificarle, y atento á rechazarlas, únicamente en aquello que la dignidad pedia, contestólas con singular comedimiento en el prólogo que precede á la segunda y última parte de su obra.

No se quejaba Cervantes tanto de que su rival osara poner la mano sobre lo que él consideró de su propio y esclusivo dominio, cuanto de la injusticia con que procedia, dándole en rostro con sus heridas y sus años. Alonso Fernandez de Avellaneda, que así se disfrazaba su competidor, notábale, con efecto, de viejo y de manco, como si la manquedad del valeroso soldado no hubiera nacido en la mas alta ocasion que vieron los siglos, y como si el entendimiento no se acrecentara y mejorase con los años en vez de disminuir y enflaquecerse. Mostróse Cervantes en la respuesta por estremo discreto, declarando que puesto que

los agravios despiertan la cólera en el pecho humilde, en el suyo habia de padecer escepcion esta regla. ¡Tan grande era el dominio que de sí propio tenia y tan elevada y segura la direccion de sus limpios pensamientos!

La fama que alcanzó la novela cervántica, y la atencion y el interés que en la República literaria despertaron las desventuras de nuestro autor, y cuanto podia ilustrar los inmortales hijos de su talento, esplican el empeño de la crítica, proponiéndose desenmascarar al padre del apócrifo don Quijote, queriendo al identificarle, escrutar los ocultos resortes que hubieron de moverle, cuando con tan poco miramiento penetraba en el campo que le vedaban, sino la propia incompetencia, respetos y razones nunca de los buenos puestos en olvido, ni mirados con desden y menosprecio.

Habíase impreso la obra anónima en casa de Felipe Roberto, habitante en Tarragona, (1) no disfrutándose otros pormenores tocante al tal de Avellaneda, que las leves indicaciones por el mismo ministradas en su libro y las conjeturas expuestas en el suyo por Cervantes. Segun el primero, tomó este por medios para desterrar la perniciosa licion de los vanos libros de caballería, el ofenderle á él, y particularmente á quien tan justamente celebraban las naciones mas extranjeras y la nuestra debia tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innume-

rables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio debia aguardarse. Recordando el texto de algun capítulo de la primera parte del Quijote, descúbrese que Fernandez de Avellaneda, al hablar de una tercera persona, aludia evidentemente á Lope de Vega Carpio, cuyas comedias habian merecido á la péñola cervántica reposadas y no impertinentes advertencias. De todos los dramaturgos contemporáneos, solo al Fénix de los ingenios cuadraban las frases del anónimo; solo á él podian referirse y aplicarse: poeta dramático de estupenda fecundidad, afamado y popular en su tiempo como nadie, blanco de justos y decorosos reproches de parte de Cervantes, concurria en él, además, la circunstancia de ser familiar de la Inquisicion. Mas al defenderle Fernandez de Avellaneda, traspasó los límites de la conveniencia, presentando á su contrario inspirado por la torpe y ruin envidia, lo cual ocasionó que prescindiendo Cervantes de quejas mucho menos que infundadas, declarase sin rebozo, por lo que á Lope se referia, que del tal adoraba el ingenio, admiraba las obras y la ocupacion contínua y virtuosa. Estimóse, pues, averiguado este importante detalle, no así el referente al personaje tordesillesco, cuya identidad aun se halla lejos de sernos conocida.

Fijándose Cervantes en su émulo, dijo en la citada segunda parte del Quijote, que su lenguaje era

aragonés, porque tal vez escribia sin artículos. Nada espuso en el prólogo que pudiera conducirnos á descifrar el enigma, y en nuestro juicio, carece de fundamento cuanto se ha dicho sobre que con Fernandez de Avellaneda se entendia aquello de que no habia de perseguir á ningun sacerdote y mas si tenia por añadidura ser familiar del Santo Oficio. Leido el pasaje sin prevencion, salta desde luego á la vista que se alude al autor de la «Dragontea,» que ya estaba en Madrid de vuelta de Toledo donde habia cantado misa. (2) Torturándose las palabras, asentóse tambien que Cervantes habia señalado claramente la filiacion aragonesa de su contrincante, demostrando así conocerle, si bien por temor ó por otras razones ignoradas, escusó el descubrirle.

Parécenos que la afirmacion es de todo punto insostenible. Juzgando Cervantes al anónimo bajo la relacion literaria, halló digno de reprension su estilo, que llamaba aragonés, porque en algun que otro caso suprimia los artículos; y al espresarse de esta suerte, no afirmaba implícita ni virtualmente que le conocia; contentábase con asentar un juicio hijo de la rápida lectura de algunas páginas del libro que le presentaban, y á él se atenia cuando por boca de uno de los diablos con quienes topó Altisidora, dijo que el Quijote de Tarragona no habia sido compuesto por Cide Hamete, sino por un aragonés que se decia ser natural de Tordesillas.

Quizá nuestro ilustre ingenio se equivocó ima–

ginando que la supresion de los artículos en especiales casos, bastaba para tildar de aragonés el lenguaje donde se descubria semejante circunstancia; tal vez le engañaron las apariencias, pues alguno, (3) apoyándose en la autoridad de Mateo Aleman, ha demostrado que, el escribir de cuando en cuando sin artículos, un literato del primer tercio del siglo XVII, era cosa bastante comun, no solo entre aragoneses, sino entre los mismos castellanos. Y no fueron aisladas individualidades las únicas que introdujeron en la literatura esta práctica, ó si se quiere corruptela; la misma Academia usó el suprimir los artículos para dar mayor nervio y elegancia al lenguaje, prescindiendo al obrar así de las censuras del citado Aleman, del maestro Correa y de varios otros. Del mismo modo que los Arjensolas, hijos de Aragon, escribian tan correctamente como los primeros escritores de Castilla; así más de un castellano pudo, dejándose señorear por las aficiones dominantes, economizar el uso de los artículos, justificando la reprension cervantesca, sin ser por esto aragonés como hasta ahora se habia creido.

Para quien desee esclarecer las causas que pudieron extremar la desventura de Cervantes, no habrá de ser tema de erudicion solamente el que nos hemos propuesto ventilar. Escribióse el libro anónimo en algo influyendo la emulacion y el resentimiento: confiesa su autor que Cervantes le tenia ofendido, de donde no será violento el infe-

rir que el Quijote tordesillesco venia á desfacer, en algun modo, agravios y querellas no extinguidos ni satisfechas. Mas ¿dónde se encuentran estos agravios? preguntará el curioso lector. ¿Cuál es su carácter? ¿Pueden descubrirse en la donosa y multiforme sátira que encierran las aventuras del manchego hidalgo, cuál se señala el vituperio de las comedias de Lope? ¿Esas quejas de que Cervantes hace caso omiso en su segundo prólogo, proceden de un literato, oficio público, clase social ó institucion en alguien vista y personificada? ¿Dieron, por desgracia, motivo para que concertándose hechos de distinta naturaleza, no lograse Cervantes ver colmados sus legítimos deseos, esplicándose tambien por este medio el abandono en que le tuvieron sus contemporáneos, hasta causar estrañeza y asombro en los franceses que en 1615 acudieron á visitarle?

Abrigamos el convencimiento de que el original del Alonso Fernandez de Avellaneda no fué un escritor mediocre y vulgar, que penetrando en el cercado ageno aspiró por toda recompensa á obtener la ganancia que la venta de su trabajo hubiera de procurarle. Ó mucho nos equivocamos ó hay motivo bastante para afirmar que alentaba grandes y dilatadas pretensiones literarias. Enseña la lectura del libro, al que la prosigue y termina con la calma que la imparcialidad exije, que no faltaron á su autor talento, inventiva, letras y doctrina, siquiera carezca de gusto;

y si se piensa que Cervantes en algun pasaje de su novela tuvo presentes sus escritos, hechos ó circunstancias, habráse de conceder que no se trataba de quien carecia de todo renombre, mérito ó importancia. No deja de chocarnos el que mientras Cervantes desea atenuar los cargos que se le hacen en órden á Lope de Vega, guarde un silencio asaz significativo respecto de las querellas de su adversario, aunque en el prólogo de las comedias, asienta frases que no creemos impertinentes del todo, á este particular.

II.

LOS CRITICOS EN BUSCA DEL AUTOR ANÓNIMO.

Sobre ciento catorce años habian trascurrido desde el dia en que el cuerpo de Cervantes, llevado piadosamente en hombros de cuatro hermanos de la Órden Tercera, fué devuelto á la madre tierra de donde procedia. Lanzada España por la pendiente de su ruina, mostrábase olvidada de cuanto podia acrecentar sus glorias y dilatar su cultura. Víctima de una política deplorable, entregada en brazos de favoritos sin patriotismo y de livianas mujeres, sufriendo silenciosa y hasta contenta, el doble yugo del fanatismo y de

la superstición, la cuna de los Padillas y Marianas servia de escabel al despotismo mas exhorbitante y al rebajamiento moral mas vergonzoso, que parecian haber tomado puerto en esta region del mundo para desde ella contrariar el crecimiento de las luces y el desarrollo de los gérmenes y principios que movian á los pueblos de la Europa civilizada. Mirábanse poco menos que perdidas en las nieblas del olvido, las joyas de nuestra envidiada y superior literatura. La férula del inquisidor, el estragado gusto de aquella menguada generacion que admitia como criterio de lo bello las estravagancias y despropósitos de conceptistas y gongorinos, el preponderante imperio de la bibliomanía monástica—que no hemos de designar con otra frase los desabridos frutos de la decadencia intelectual y moral mas deplorable y evidente,—el predominio en las esferas de la gobernacion del extranjero elemento, contrariando cuanto de privativo, castizo y espontáneo habia en nuestro modo de ser histórico, y en nuestras instituciones; la ignorancia y la relajacion que forzosamente acompañan á semejantes crísis, concurrian por veredas distintas á retardar el renacimiento de las letras patrias, lastimosamente hundidas en el fango de la servil imitacion y de la mediocridad.

Torpe é irreverentemente mutilada, con pegotes ingeridos en el texto por la mano poco escrupulosa del especulador, atento á conseguir la ma-

yor venta de su adulterada mercancía, la novela cervántica corria por el mundo asendereada y sin ventura, tan abundante en errores y faltas como necesitada de una voz compasiva, ya que no justiciera, que se alzara condenando los fraudes que á su sombra se estaban cometiendo. Necesario fué que un extranjero ilustre designara al Quijote cuál libro acreedor á figurar en el gabinete de una dama poderosa, para que los españoles cayéramos en la cuenta de que redundaba en descrédito de la honra propia el criminal despego con que mirábamos á uno de los frutos mas singulares del humano entendimiento. Publicóse en Lóndres por los años de 1738 la primera edicion de la originalísima sátira, digna de su mérito y del respeto que pedia la memoria de Cervantes. Hecha á expensas del baron de Carteret, quiso este que apareciera enriquecida con la vida de su autor, y á empeño tan loable debióse que D. Gregorio Mayans y Ciscár escribiera la biografía del preso de la Argamasilla, dando comienzo á investigaciones que, no habiéndose interrumpido desde entonces, han producido preciosos resultados para cuantos se interesan en los progresos de las letras españolas.

Mayans y Ciscár fué el primero que se ocupó del tantas veces nombrado Alonso Fernandez de Avellaneda. Natural y lógico era que describiendo las vicisitudes porque habia pasado la existencia de Cervantes, llegase un término en que se le

presentara en frente la figura de su velado competidor. Ganoso de sacarle de la sombra, asienta que las palabras señor y grande que Cervantes emplea en su prólogo cuando con él se encara, parécenle misteriosas, y sea de esto lo que fuere, está persuadido que el último era muy poderoso, cuando un escritor, soldado animoso y diestro en el manejo de la pluma y de la espada no se atrevia á nombrarle, si ya no es que fuese hombre tan vil y despreciable que ni aun quiso que se supiese su nombre, para que con la misma infamia no lograse su fama. «D. Nicolás Antonio, añade Mayans y Ciscár, juzgó que este autor no tenia génio para continuar tal obra. Esto es poco. No tenia génio, ni ingenio para tan difícil empresa; y tal el del autor aragonés cuya leyenda es indigna de cualquier lector que se tenga por honesto. Escribir, pues, con gracia, pide un natural muy agudo y muy discreto, de que estaba muy ageno el dicho aragonés. Este supo ocultar su nombre; pero no su maledicencia y su codicia. No hagamos caso de este escritorcillo, digno de la férula. Si preguntamos á este hombre qué le movió á decir tan grandes desvergüenzas en todo su prólogo, no hallaremos otra causa sino que él y Lope de Vega fueron reprendidos en la Historia de D. Quijote.»

Hasta aquí nuestro biógrafo. Todo el afecto que á Cervantes profesamos, toda la simpatía que sus desgracias nos inspiran, toda la admiracion

que sus talentos suscitan en nosotros, no son móviles bastante poderosos para que admitamos como buenos estos juicios, mas que de la razon, hijos de la saña y del apasionamiento. Si no existiera el verdadero y auténtico D. Quijote, seria el falso, ante la crítica menos benévola, prenda de gran estima: no es verdad que al proceder de Avellaneda cuadre el calificativo de infame, (aunque es cierto que su leyenda, desde el punto de vista de la moral, se aparta bastante de la de Cervantes,) ni mucho menos que la advertencia ó proemio encierre las licencias que arbitraria y lijeramente se señalan.

Cuanto mayor sea el mérito de la imitacion, mas grande habrá de ser el precio de la obra falsificada, siempre que ésta, encadenando la opinion y enseñoreándose de su rival, consigue desterrarla ó empequeñecerla. Es evidente que Mayans estuvo injusto en sus fallos y que hasta cometió errores de hecho. Quejóse Avellaneda de algo mas que de una simple reprension, diciendo terminantemente que Cervantes sin necesidad le habia ofendido; y en cuanto á lo demás, el ilustrador de la magnífica edicion de Lóndres, redújose á seguir al pié de la letra á Cervantes cuando este llama aragonés á su adversario.

Publicó algunos años despues Fray Pedro Murillo su «Geografía Histórica,» (4) donde hace una compendiosa memoria de los varones mas insignes del mundo en virtud, letras, armas y empleos.

Sale á luz el tomo décimo entre 1752 y 1753, y en él incluye á Miguel de Cervantes, suponiéndole nativo de Sevilla, secretario del duque de Alba y objeto de desprecio por parte del de Lerma, contra quien escribió, tirando á vengarse, el libro de D. Quijote. Cita en seguida el Padre Murillo á Fernandez de Avellaneda, ignorando, al parecer, que este es un disfraz; llámale eclesiástico, sin decir en qué se funda para tal aserto, y despues escribe que Cervantes se quejó de que le habian quitado sus papeles, terminando este tegido de imaginaciones, con la inexactitud de que falleció en 1664.

Decidióse al cabo la Academia Española á imprimir por sí la obra que tanto nombre habia alcanzado ya entre propios y estraños, y con efecto, de 1780 á 1782 hizo de ella dos ediciones, (5) de las cuales una merece especial mencion de parte nuestra. Discurriendo la docta corporacion, ó el académico D. Vicente de los Rios en nombre suyo, sobre quién pudiera ser el émulo de Cervantes, afirmó que fué otro compositor de comedias. Estaba, dice, grandemente sentido aquel poeta de la justa censura que de las suyas habia hecho Cervantes en el Quijote. Sabia la estimacion que le habia granjeado esta obra, cuya segunda parte deseaban todos, y para saciar su ódio, intentó desacreditar de un golpe el ingenio y buen corazon de Cervantes. Su ingenio continuando el Quijote, y su buen corazon publicando que habia ofendido

en él á Lope de Vega, porque su fama le causaba pesadumbre y envidia.

Para darse cuenta cabal de una parte de los asertos académicos, forzoso será traer á la memoria antecedentes en mucho relacionados con nuestro asunto. Dióse á la estampa la primera edicion del Quijote de Fernandez de Avellaneda en Tarragona, año de 1614, la segunda en Madrid en 1615, si el bibliófilo Ebert no se equivoca; la tercera en este mismo punto en 1732, siendo sus editores D. Isidro Perales y D. Blas Nasarre, quienes cuidaron de aderezarla con un encomiástico prefacio de D. Agustin Montiano y Luyando y el juicio no menos favorable que habia aparecido en el «Diario de los Sábios» de París, con motivo de una version libre allí impresa por Lesage, en 1704.

Comenzaba á estenderse una opinion propicia á Fernandez de Avellaneda, y ya Martinez Salafranca habia sido osado á escribir que aquel tuvo razon sobrada para creer que Cervantes no queria ó no podia continuar el Quijote, denunciando así el flamante crítico, el deseo de justificar la aparicion del falso, á la vez que destruia el vicio que encerraba en sus entrañas. (6)

Justo era que propósitos tan censurables hallaran quien, volviendo por la causa de la justicia, acudiera á ponerles los oportunos reparos. Con loable celo corrió la Academia á la defensa del maltratado ingenio; mas nosotros, enalteciendo

como es debido la intencion, no podemos admitir, solo porque procede de labios tan respetables, que Fernandez de Avellaneda fué, como se dice, poeta y escritor de comedias. ¿Dónde se halla la censura que de sus escritos hiciera Cervantes? ¿Quién puede señalarla en las generalidades contenidas en el capítulo XLVIII de la primera parte del Ingenioso Hidalgo?

Antes que á nosotros ocurriéronse iguales dudas á literatos perspicaces, y no por cierto de segunda fila y escasos merecimientos. Sin ir mas lejos, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en sus notas á la edicion del Quijote hecha en 1863 en la Argamasilla, confiesa que no sabe en qué habria ofendido Cervantes á Avellaneda; esto es, cómo habria aquel censurado las obras de este. Nosotros hasta ignoramos si la ofensa fué á la persona en sus acciones, ó en los partos de su inteligencia.

Carecemos de antecedentes para aseverar que Avellaneda fuera poeta dramático, y no se puede sostener sino como hipótesis, que el ultraje correspondia al género literario. Satirizó y reprobó Cervantes doctrinas, cosas, instituciones, tendencias ó personas, y esta es la hora en que cuantos con profundo ahinco persisten en el estudio del escritor insigne, no han llegado á descifrar las significativas é ingeniosas indirectas hábil y discretamente embozadas en la aparente sencillez de la burla quijotesca.

Imprime en 1797 D. Juan Antonio Pellicer su

biografía de Cervantes, (7) ensayo feliz, merecedor de toda alabanza, donde se afirma que Avellaneda no nació en Tordesillas, sino en Aragon. Respecto á lo primero, Perales habia averiguado que en todo el siglo XVI no se bautizó en aquella poblacion ningun Alonso Fernandez de Avellaneda, y aunque no debemos desdeñar esta investigacion, hubiérasenos antojado escusada, recordando que no se trataba de un personaje real, sino de un seudónimo. Sobre lo segundo, Pellicer, como Mayans y Ciscár, atiénese á lo sospechado por Cervantes, si bien añade que el estilo y lenguaje del continuador descubren y hacen manifiesto su orígen, no habiendo sabido evitar ciertos modismos propios del reino de Aragon.

Pellicer no tiene en esto duda; no así en lo que mira á quien sea el incógnito. Aventurando algunas conjeturas, dice que en la librería de la condesa viuda de Fernan-Núñez existia un códice que, entre otros tratados, contenia las sentencias que se intimaron á los poetas que escribieron en dos certámenes celebrados en Zaragoza por los años de 1614 sobre la interpretacion de dos enigmas que por la ciudad se esparcieron. Al fallarse por el jurado acerca del mérito relativo de las composiciones presentadas, intímase á cada autor su sentencia y se le dá un vejámen donde el fiscal aprueba su poesía ó le aplica el merecido castigo.

Hé aquí el que se intima á uno de los poetas del primer certámen:

Á Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

En el segundo se halla esta otra sentencia:

Al blanco de la ganancia
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia se encubre
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de veras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto;
Que tras azotes, es cierto
Se siguen siempre galeras,

Parécele á Pellicer que el poeta castigado en uno y otro caso es Alonso Fernandez de Avellaneda, no obstante que este no figura por su nombre entre los que á las justas concurrieron. Y piensa que en los confusos versos publicados en segundo lugar, se significan con mayor precision todavía las señas del falso D. Quijote, del cual «aun cuando no se hubiese publicado, tendria el fiscal noticia y de la intencion con que se escribia.»

Tambien á nosotros nos parece, que este modo de argumentar es cómodo y hasta ingenioso, mas de todo punto falso y sin lógica. Tiénese casi como cierto que no habia salido á luz el tordesillesco don Quijote; y, sin embargo, se afirma que ya se

hacian alusiones, no solamente al libro, sino á varios de sus episodios, descifrándose y castigándose hasta las intenciones con que se escribiera....! Conformándonos con lo dicho por el mismo Pellicer, puesto que no conocemos el códice que ha utilizado, notamos que entre los poetas de los certámenes no se nombran ni al Avellaneda ni á ningun otro que se persone en el palenque con el antifaz del manchego escudero. Siendo esto así, ¿á quién se refiere el fiscal en sus sentencias? ¿Si Sancho Panza no ha comparecido á lidiar en la justa poética, cómo se esplican los versos antes reproducidos? ¿Dícese que el fiscal castigó al poeta sacando partido del apodo con que se le conocia? Pues dígase á la vez que autoriza para dar como auténtico un hecho tan importante en esta controversia.

Concurren al primer certámen Alfonso Lamberto, Martin Escuer, Pablo Visieda, José Pilares, Maestro Potranca, Juan Navarro, Miguel Soriano, Muniesa, Jerónimo Fernandez y el incógnito Xarava; al segundo el dicho Lamberto, Jaime Portoles, Pedro Huerta y Lozano. ¿Á cuál de estos poetas, en su caso, adjudicaremos el mote inventado por Cervantes? Y concediendo que efectivamente uno de ellos lo llevara contra su voluntad, ¿puédese presumir que el fiscal prescindió del nombre ó seudónimo con que habia entrado en el literario palenque, para aplicarle el apodo que en son de burla le impusiera la morda-

cidad ó la malquerencia? Rechazamos la idea de que el fiscal, cuya competencia estaba reducida á discernir el mérito de los versos presentados, se entrometió á juzgar las intenciones con que el autor pudo escribir otra obra que nada tenia de comun con el certámen, si ya es que no permanecia inédita ó se estaba imprimiendo.

Si Pellicer hubiera ahondado mas en sus pesquizas, de seguro no habria visto en los versos del códice de Fernan-Núñez las señas del falso D. Quijote, sino frases comunes en todos los escritos análogos al que daba fundamento á sus conjeturas. Precisamente en el mismo año de 1614 y en la misma ciudad de Zaragoza se celebran grandes fiestas destinadas á mostrar el regocijo con que los fieles habian visto la beatificacion de la Madre Teresa de Jesús. (8) Como era de rigor, anunciáronse certámenes poéticos, y á los mantenedores se prémió y castigó segun el arbitrio y la conciencia del tribunal al efecto constituido. Anúncianse tambien mascaradas ó disfraces; ofrécense premios á los mas notables, y el lúnes 6 de Octubre tiene lugar la manifestacion ó concurso de estos últimos. D. Francisco de Miravete, alto funcionario de aquel reino, ha imaginado el festejo y proveido á los agasajos.

Preséntanse á disputarlos los estudiantes de la Universidad, que á la una de la tarde concurren á la plaza de los Carmelitas Descalzos para enca-

minarse desde allí en ordenada procesion, al Coso, donde el jurado les espera.

Historiando la fiesta el secretario del tribunal, escribe que en ella se hicieron patentes el ánimo, generosidad, virtud y nobleza de los hijos de la ilustrísima Universidad zaragozana, cuyo fué la mayor parte del triunfo. Venia primero, dice, un hijo del Miravete, bizarramente vestido, y despues seguia «D. Quijote de la Mancha con un traje de burlas, arrogante y pícaro; puntualmente de la manera que en su libro se pinta.» Note el lector esta frase y sigamos trascribiendo el relato que tenemos á la vista. Esta figura, añade el cronista, y otra de Sancho Panza, su criado, que le acompañaba, causaron grande regocijo y entretenimiento, porque á mas de que su vestimenta era en estremo graciosa, lo era tambien la invencion que llevaban. Fingiendo ser cazadores de demonios, los traían enjaulados y como triunfando de ellos, habiéndolos cazado en honor de la fiesta de la Santa Madre y con el favor suyo: y éstos se representaban en dos fieras máscaras, atadas, cuyas cabezas estaban encerradas en sendas jáulas.

Descríbese despues el disfraz de Sancho Panza, y tambien se habla de la risa que causaron los papelillos que con algunos motes daba á los demás, y una informacion (abono de su justicia) que en razon del premio presentaron en unos versos.

Leyendo mas adelante las sentencias ó vejá-

menes aplicados á los escritores que disfrutaron los premios del certámen poético, encontramos que por regla general se les pena con azotes y galeras.

Hé aquí cómo se trata á uno de ellos:

Sentiamos que al momento
Caballero en un jumento
Con sus octavas al cuello,
Un jubon le den con sello
Por castigo y escarmiento.
Y todos sus paniaguados
Por diez años condenados
Sin sueldo vayan al remo.
. . . .

Á otro poeta que ha comparecido bajo el disfraz de licenciado Vidriera, (9) se le castiga así:

El licenciado Vidriera
Que á las musas desafía
Remará en una galera
Y aun á su descortesía
Mayor castigo le espera.
Incurrió en descomunion;
Y antes de la absolucion,
Que humilde ha de procurar,
Se manda disciplinar
Por el cláustro, en procesion.

En otro caso se lee:

Al bachiller sayagués
. . . .
Que dos años despues vogue
. . . .

Refiriéndose el tribunal á Sebastian de la Puyala, dice:

. . . .
Y para siempre, mandamos
Que á las galeras se lleve.»

Resulta, pues, que en Octubre de 1614, cuando estaba para publicarse el libro de Avellaneda, celebráronse unas justas en Zaragoza, á las que concurrieron los estudiantes de la Universidad con los disfraces de D. Quijote y de su escudero. Esto demuestra la popularidad de los tipos, y robustece la opinion de que el castigado poeta de los certámenes citados por Pellicer, fué otro estudiante, oficial ó paseante que se disfrazó con el coleto y la caperuza de Sancho.

Asímismo descúbrese que lo de condenar á azotes y gurapas no era recurso singular en tales litigios. El fiscal de los mencionados certámenes condenó al anónimo Sancho Panza á sufrir cien azotes. No escarmienta el burlado poeta, atento á obtener la ganancia prometida, y el jurado, que ha medido su ignorancia y su terquedad, gradúa la pena sujetándole ahora al remo, que siempre á los azotes se siguieron las galeras. Demuestran estos antecedentes que ni en los primeros ni en los segundos versos publicados por Pellicer, se significan las señas del falso D. Quijote, viniendo por ende al suelo, las otras imaginaciones del ilustrado biógrafo y comentador.

Prosiguiendo en su análisis, entiende que Ave-

llaneda fué poeta cómico, porque mancomuna y envuelve su causa con la de Lope de Vega, y discurre que el Padre Murillo le llama eclesiástico, acaso porque se mostró teólogo y versado en los Santos Padres; y si valiera esta conjetura, dice textualmente, pudiera añadirse, no solo que era eclesiástico, sino religioso, y por ventura de la órden de predicadores. Observa Pellicer en Avellaneda, cierto estudio y aficion á las cosas de esta órden, cierto celo de estender y promover la devocion del Rosario y cierta noticia de las ceremonias y prácticas religiosas; hallándole versado en la Suma de Santo Tomás, mientras atribuye sus espresiones vulgares é indecorosas á la falta del trato de gentes, motivado á permanecer en el retiro del cláustro.

Fuéranos fácil oponer valiosas observaciones á los anteriores asertos; mas hemos de reducirnos á advertir que cuando Pellicer considera á Avellaneda, religioso domínico, hombre de letras, y fuerte en teología, esplicándose la pretendida grosería de su lenguaje por la normal residencia entre los muros de una celda; el fiscal de Zaragoza llama al vejado poeta, segun se vió, estudiante, oficial ó paseante, epítetos que no alcanzamos cómo pueden convenir al supuesto eclesiástico fautor de la mencionada falsificacion. Y aquí es oportuno interrumpir por un instante la parte expositiva de este ensayo para pedir al lector se fije en el estravío insensible, pero efectivo, que vá

sufriendo la crítica, y como, andando el tiempo, lo que para unos fueron simples hipótesis, se truecan para otros en verdades inconcusas y cláusulas averiguadas y terminantes. (10)

Reanuda D. Martin Fernandez de Navarrete estas averiguaciones en la vida de Cervantes, publicada por la Academia Española en 1819; y para tan competente investigador lo dudoso conviértese en clara evidencia, la conjetura en afirmacion incontestable. Pudo Cervantes arrancar la máscara á su contrario y sacarlo á la vergüenza con su cara descubierta; mas su moderacion ú otras consideraciones no se lo permitieron. Mayans juzgó que era hombre poderoso y calificado, bien que vacilante en su concepto, hallaba tambien que pudo Cervantes ocultar cuidadosamente su nombre por ser persona baja y despreciable. Con mayor franqueza y verosimilitud afirmó el Padre Murillo que era eclesiástico, y Pellicer no solo apoyó este juicio, sino que añadió que era religioso de la Órden Tercera. Indícanlo, con efecto, con mucha probabilidad varios sucesos ó accidentes de su D. Quijote; vislumbrándose, igualmente, que el enmascarado Zoilo era compositor de comedias y comprendido en la censura general que de ellos hizo Cervantes; y consta, por otra parte, que concurrió á dos certámenes que se publicaron en Zaragoza hácia el año de 1614, y aunque por las alusiones que se hacen á varios pasajes de su Quijote, se viene en conocimiento

de ellos, todavía no dan suficiente luz para averiguar cuál de los muchos poetas que allí se nombran fuese determinadamente el fingido Avellaneda.

Estractamos lo dicho por Navarrete, y sin comentario hemos de entregarlo al exámen del lector. Recuérdense las palabras de Murillo, Mayans y Pellicer, y saltará á los ojos cómo nuestro académico las altera, amplía y tergiversa, adelantándose á decir, entre otras cosas, que consta la presencia de Avellaneda en las justas zaragozanas, cuando no habia de ello mas que un recelo harto ténue é insostenible.

Piensa Pellicer que con tales antecedentes, y el mas seguro que tiene de la verdadera pátria de Avellaneda, pudiera presumir que la circunspeccion y templanza de Cervantes para con su rival, procedió del apoyo y de la proteccion que éste, como domínico y aragonés, hallaria en el valimiento y autoridad del confesor del Rey, Fray Luis de Aliaga, religioso de la misma órden y natural de Zaragoza. No es estraño que Cervantes, en aquellas circunstancias, hallándose ausente su favorecedor el conde de Lemos, (11) y este rodeado de los Arjensolas, que tambien eran aragoneses y podrian influir mucho en mejorar su situacion, prefiriese reservar el nombre y calidad de su adversario por el decoro que merecian su estado, profesion y conexiones, á descubrirle y correrle en público conforme á los impulsos de su enojo y propia satisfaccion.

Véase con cuanta facilidad se desvanece el mérito que pudiera encerrar el comedimiento de Cervantes; que no fué sensatez, ni cristiana resignacion, ni superioridad moral, sino el temor que le producia la condicion y el poderío de su enemigo ó el móvil egoista de no enagenarse la proteccion que pudieran dispensarle los Arjensolas. Hállase á Cervantes en su segundo prólogo inspirado por superiores sentimientos; el enojo y la ira, si existieron en su pecho, no se han trasmitido á sus escritos; pero Navarrete, adivinando que Avellaneda cuenta con el apoyo de Aliaga, convierte la discrecion y templanza del valeroso soldado en cálculo y pusilanimidad, pues distante su Mecenas, á quien rodean los Arjensolas, no eran circunstancias propicias para desafiar la cólera de su émulo favorecido por alto personaje, alejando tambien de su propia persona los buenos oficios de los escritores aragoneses...!

Medrado quedaría el buen nombre del afamado novelista si esta mal concebida máquina no se arruinara al primer embate del buen sentido. Falsas las premisas, falsas habian de ser las consecuencias. Si Cervantes calló el nombre de Avellaneda, conociéndolo, sus razones le asistirian para ello, si ya no es que lo ignoraba; pero bien puede decirse que ni la cobardía, disfrazada con el recurso de una escesiva prudencia, ni mucho menos un calculado y frio egoismo, influyeron ni mucho ni poco, en tan juiciosa providencia. Ni la fla-

queza de ánimo, ni el vil interés se compadecian fácilmente con la vida del héroe de Lepanto y de las mazmorras arjelinas, con el pasado del varon insigne que, esponiéndose á terribles castigos, conspiraba para devolver la libertad á sus compatriotas y despues azotaba severo á la sociedad contemporánea, persiguiéndola en las preocupaciones y flaquezas mas acatadas y culminantes. Equivócase Navarrete de medio á medio. Cervantes estaba desengañado al escribir su segundo prólogo, de lo que pudiera esperar del único de los Arjensolas que vivia, quien, procurando obtener para sí pingües posiciones, olvidóse del mísero sexajenario que, enfermo, pobre y desdichado, devoraba sus cuitas en mortal y terrible melancolía.

Llegaba á esta altura la controversia cuando descubre Cean Bermudez, (12) en el Archivo de Indias de Sevilla, documentos relativos á Cervantes, y fundándose en coincidencias no despreciables, asegura que el licenciado Juan Blanco de Paz, su cruel enemigo, cuando ambos se hallaban cautivos, fué el personaje á quien con tanto celo se buscaba. Navarrete, al estractar en la edicion de 1819 los papeles de Cean, y Clemencin en 1834, (13) acojieron con mucha reserva esta hipótesis, que dió márgen á otras, aun menos probables, sin que ninguna lograra tanta fortuna como la que anunció D. Adolfo de Castro en 1846 y de la cual nos ocuparemos sin perder momento.

Sacó á luz el erudito gaditano, en la citada fecha su libro intitulado «El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV,» (14) y á vueltas de revelar curiosos pormenores sobre Fray Luis Aliaga, confesor del anterior monarca, decia ser aquel el padre del falso D. Quijote, habiéndole hecho estampar esta noticia la lectura de un papel suyo con el epígrafe de «Venganza de la lengua Castellana,» (15) donde el estilo se conformaba con el usado en su otra produccion. Afirmó Castro que Mayans, Murillo y Pellicer llegaron á saber que Avellaneda fué aragonés y religioso en el Convento de Predicadores de Zaragoza, antojándosele indudable que el mordaz conde de Villamediana estaba en el secreto, cuando vituperando la ambicion de Aliaga, escribió:

Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la llave del arca
Fué de Osuna sangrador;
El cuchillo del dolor
Lleva á Huete atravesado;
Y en tan miserable estado
Que será (segun he oido,)
De Inquisidor inquirido,
De Confesor confesado.

Cuatro años mas tarde dió á la estampa el mismo Castro su «Buscapié,» repitiendo en el prólogo de las dos primeras ediciones el descubrimiento, y declarando que se lo habia comunicado don

J. B. Cavaleri y Pazos, antiguo literato residente en Cádiz á la sazon, y editor de los entremeses de Cervantes. Difundida la noticia, disputóle su propiedad el célebre bibliófilo D. Bartolomé J. Gallardo, y aun despues se dijo por literatos de tanta nota como los señores Fernandez-Guerra y Barrera y Leyrado, que aquella conjetura era moneda corriente de tiempo atrás entre muchos de nuestros cervantistas. De todos modos á Castro pertenecia el mérito de haber sido quien primero la divulgó; mas es lo cierto que reflexionando con mayor detenimiento sobre ella, hubo al postre de declararla sin valor, cuando en el proemio de la cuarta edicion del «Buscapié,» hecha en 1850, despues de nuevas averiguaciones, decídese á sostener que el fingido Avellaneda es Alonso Fernandez, fraile domínico, persona muy devota de la Vírgen del Rosario, escritor ascético y en quien concurrieron cualidades que á aquel se atribuian.

No hubieron de seguirle en su nueva empresa los que con tanto entusiasmo habian acogido su primer aserto. Salía en 1851 de las prensas del acreditado Rivadeneira el tomo décimo octavo de su selecta Biblioteca de Autores Españoles, incluyéndose en él varias producciones de novelistas posteriores á Cervantes, revisadas por D. Cayetano Rosell y enriquecidas con un prólogo ó noticia crítico-literaria de su docta pluma.

Hállase en primer término el «Quijote de Avellaneda,» y con tal ocasion, el señor Rosell ven-

tila el manoseado tema, utilizando lo dicho por Castro, y exhibe nuevas piezas que contribuyen á dar interés al debate. Un memorial de la Biblioteca Nacional, (16) escrito contra Aliaga, confírmale en que el confesor de Felipe III fué aragonés, (17) y le revela la causa por qué tuvo que emplearse en un convento de monjas, y como, segun Rosell, Pellicer habia opinado que Avellaneda, mostrándose tan al corriente de las prácticas religiosas en el episodio de los felices amantes, debió estar en algun establecimiento monástico, imagina que la coincidencia corrobora lo dicho por el historiógrafo gaditano.

Reproduce de paso los versos citados por Pellicer y Castro, y opina que si el Sancho Panza de las justas de Zaragoza es Avellaneda, tambien existe la prueba irrecusable de que con igual dictado era conocido en la córte por los años de 1621, el confesor régio Fray Luis Aliaga. Ante esta hábil argumentacion, la crítica pierde la brújula y se lanza por el despeñadero de lo arbitrario. Caen todos en el error, y se proclama que el enemigo de Cervantes, el autor del Quijote tarraconense, el perseguidor impertérrito de nuestro cuitado ingenio, no es otro que el encumbrado domínico, sobre quien toda una generacion de escritores, sin escluir al que traza estas líneas, (18) declina la responsabilidad de las desgracias que abrumaron al primero, en los últimos años de su existencia. D. Cayetano Alberto de la Barrera, en los nota-

bles artículos que publicó entre 1856 y 1858 en la «Revista de Literatura, Ciencias y Artes» de Sevilla; D. Juan Eugenio Hartzenbusch en la «Revista de España» y en la «Gaceta Literaria,» que veian la luz en Madrid en 1862; D. Aureliano Fernandez Guerra, en su precioso trabajo para ilustrar el Quijote, 1863; (19) y el propio Barrera en las nuevas investigaciones sobre la biografía de Cervantes, incluidas en la edicion monumental de todas sus obras, hecha por Rivadeneira en el mismo año; (20) admiten, amplían, comentan y corroboran las conjeturas de Castro y de Rosell, llegándose á decir que para la crítica moderna el problema habia quedado resuelto desde el punto mismo en que se pronunció el nombre de Aliaga. Veamos si esto es tan exacto como se supone.

III.

BIOGRAFIA APÓCRIFA DE ALIAGA.

Cuéntase que Fray Luis Aliaga, nacido en la parroquia de San Gil de Zaragoza, y hombre de baja estraccion, era motejado desde chicuelo con el apodo de Sancho, aplicándosele en un sentido poco culto y decoroso: que protegido por el Padre Jerónimo Javierre, consiguió, unido ya á la órden de Predicadores con sagrados vínculos, un oficio de monjas; que despues leyó teología en la Universidad de su pátria, y que extrañado de la ciudad por haberse mostrado licencioso en alguna proposicion, buscó de nuevo el amparo de

su bienhechor, generalísimo por aquel entonces de la órden. (21) Añádese que Aliaga vino á Madrid con Javierre en calidad de fámulo decente suyo, y que aquí debió contraer amistad con Lope de Vega, tomando parte en las guerras literarias que mediaban entre este y Cervantes, siendo tal vez confidente del primero y su consejero en las aventuras á que tan inclinado se mostraba.

Publicóse á la sazon, continúan los eruditos, la primera parte del Quijote, donde salió el domínico desfacedor de entuertos mal parado, adjudicando Cervantes al sandio escudero, resúmen perfecto de toda sordidez y egoismo, el apodo con que Aliaga era conocido. Decláranlo así las alusiones contenidas en los versos de Gandalin «que »indirecta é ingeniosamente echa al fraile en ros»tro sus humildes principios, y se le felicita por »ser el único y solo á quien trataba con extraor»dinario mimo y cariñosa familiaridad Lope de »Vega, Ovidio español en lo enamorado y en las »trasformaciones de su vida, señalándole en últi»mo lugar plebeyo aragonés con no declinar el »pronombre personal tú, barbarie aun corriente »entre los rústicos y plebeyos de las cuatro pro»vincias aragonesas.» (22)

Recuérdale el donoso poeta entreverado, la innoble fuga y destierro de Zaragoza, y Cervantes ármale caballero con el seudónimo de Solisdan para que entable conversacion, en apariencia, con D. Quijote y en realidad con Lope de

Vega, y se confiese mal alcahuete suyo y le mortifique publicando los desprecios y desvíos que recibia de cierta dama antojadiza.

Resuelto el domínico á tomar venganza de tanto agravio, dióse á bosquejar, veraneando en Tordesillas en 1605, una tercera salida y quinta parte de las aventuras del andante caballero, distrayéndole de su tarea—si no es que se encontraba alcanzado de tiempo y casi desesperado de darle cima—el logro á deshora de sus mayores deseos, viéndose nada menos que llamado á dirigir la conciencia del duque de Lerma, valido de Felipe III. Confesor despues del monarca y molestado por una intriga que le urdiera el mismo duque por los años de 1612, Aliaga, para divertir sinsabores, desempolvó en el invierno de 1613 su olvidado y no concluido D. Quijote, noticioso de que el verdadero se calzaba de nuevo las espuelas para salir á campaña, y facilitándole por acaso su hermano Isidoro, arzobispo de Valencia, la impresion y publicacion en Tarragona, dió con efecto á la estampa su libro durante el estío de 1614. No fué entonces un secreto de inquisicion para nadie—siguen diciendo los cervantistas—el verdadero nombre del autor; y tres meses despues de publicada la obra, señalábasele con el dedo como lo patentiza la sentencia de las justas literarias de Zaragoza, en cuya ingeniosa lid tomó parte Aliaga, encubriéndose con el seudónimo de Alfonso Lamberto. Desembozáronle los jueces autor del

Quijote tordesillesco, y cuando aborrecido de todos caia del valimiento y era desterrado á Huete —en 23 de Abril de 1621— el conde de Villamediana le echaria en cara sus vicios y malas acciones, y la primera de todas su conducta con Cervantes. Quevedo le juzgó y retrató de mano maestra en varios escritos suyos, y hallándose Aliaga en Zaragoza en 1626, escribió y publicó en Huesca un papel titulado «Venganza de la lengua española,» con la mira de responder á los ataques del satírico poeta.

Mas ¿en qué se fundó Cervantes para ofender á Aliaga, personificándole en Sancho Panza? Concurrió aquel en 1595 á las justas literarias celebradas en Zaragoza por el convento de Santo Domingo con ocasion de la canonizacion de San Jacinto. Obtuvo el segundo premio, y es verosímil que el Padre Aliaga ensayara allí su númen poético y que el desaire sufrido le malquistase con Cervantes, declarándose enemigo del que desde Sevilla acudia á disputarle la gloria á que aspiraba. Supónese tambien que en busca del desquite, concurrió el domínico á las justas de 1614, esplicando estos pormenores el acuerdo de Cervantes de esponerlo en la picota de su farsa y la rabia mal dominada del rencoroso y malévolo religioso, que hubo de perseguirle hasta el borde de la tumba.

Tales son las cláusulas que corren mas acreditadas. Para los unos las conjeturas se convirtieron

en probabilidades evidentes; para los otros en verdades incontrovertibles é incontrovertidas, y en cuanto al fundamento esencial de la doctrina, ó sea el hecho de que Aliaga se granjeó desde pequeño el dictado de Sancho, dícese que á esta hora no admite impugnacion: tampoco se discute la paternidad de la «Venganza de la lengua española» y se tiene como fallo pasado en autoridad de cosa juzgada que Alfonso Lamberto, Alonso Fernandez de Avellaneda y D. Juan Alfonso de Laureles, á cuya cuenta se carga el mencionado folleto, son tres seudónimos y una sola y única persona, Fray Luis Aliaga. Proteo de su época, vistióse los disfraces que cuadraban á las empresas que acometia; en 1614 escoje el que cambiara por otro en el mismo año, para reemplazarlo en 1626 por un tercero; tenazmente empeñado en no ser reconocido por la generacion que le rodea. Concluye la muerte con sus metamórfosis y sobre la tumba que recoje sus restos, coloca el olvido la losa del silencio, sin que nadie sea osado á romperla hasta que felices é inesperadas coincidencias conducen á la crítica á desenterrarle, no porque los propios merecimientos reclamen esta diligencia, sino porque importaba conocerle, una vez admitido que fué el perseguidor sañudo de Cervantes.

Empeñados en esta controversia, queremos someter al inapelable fallo de esa misma opinion que, aunque descarriada ahora, no se ha consti-

tuido en cómplice de la injusticia, los reparos que hemos de poner á las precedentes afirmaciones. Y nada tan distante de nuestro ánimo como dirigir cargos ni deslizar censuras, aun suavizándolas con el decir culto y reposado. Agenos á todo resorte que no sea el limpio y bien encaminado pensamiento de descubrir la verdad, en cuanto á Cervantes atañe y á la razon humana es permitido alcanzar, cumplimos un deber extremando investigaciones proseguidas con la imparcialidad mas severa por criterio y el vehemente deseo del acierto por norte.

Sostenedores de la comun creencia, dominados de las propias y de las agenas imaginaciones, entendimos un dia que se habia rasgado el velo que ocultaba al misterioso personaje; creimos entonces ver correspondidas nuestras esperanzas, y reposando en la acreditada doctrina, quisimos darnos cuenta de los infortunios de nuestro escritor, atribuyéndolos en no poco á la mala voluntad del soberbio y poderoso sacerdote; pero si es cierto que el hombre á quien rijen principios de bondad reconocida, modelados en las leyes de su naturaleza, no puede ni debe voluntariamente ligarse con el error, nosotros, sintiendo la fuerza y la legitimidad de esta máxima, rectificaremos juicios cuya lijereza nos probaron asíduos estudios, y cuyo respeto, una vez patente su falsedad, seria prueba tristísima de menguada entereza y de servil alianza con la parcialidad triunfante, siquiera

su equivocacion fuera tan segura como manifiesta. Si tal propósito puede aspirar al calificativo de honrado, si merecemos loa en vez de castigo, esta obrilla hallará indulgencia en los doctos y discretos, que podrán enmendar nuestras faltas y corregir nuestros estravíos, nunca apartarnos y perseguirnos con su severidad y su dureza. Aun aquellos mismos cuyas ilusiones desvanecemos quizá, al apercibirse de nuestra buena fé y de la rectitud de nuestras miras, harán lugar á la tolerancia que nunca vivió distante de los corazones enteros y de los pechos nobles y generosos.

IV.

BIOGRAFIA AUTÉNTICA DE ALIAGA.

Pide el mejor éxito de nuestra empresa que comencemos por bosquejar la biografía del dominico zaragozano, con sujecion á documentos no contradichos por otros que puedan disputarles la primacía. (23)

Nació Luis Aliaga en Zaragoza, de antigua é hidalga estirpe, por los años de 1565. Oriunda su familia de noble cepa arraigada en Teruel y su comarca, gozaba de merecido renombre, que cobrara con sus bizarrías cuando las guerras de la reconquista. Cosecharon los antecesores de

Aliaga no pocos laureles en el dicho Teruel, en Villavieja y Angrisuela, peleando denodados junto á los caudillos que pugnaban por ensanchar las fronteras del solar aragonés, harto reducidas y amenazadas por la furia de los mahometanos. Gracias á sus méritos, subió Juan Aliaga al elevado puesto de secretario de Pedro IV, y sus descendientes, cultivando las virtudes que le adornaran y dilatando las cualidades propias de su raza, grangeáronse cargos, honores y recompensas tan preciados en la paz como difíciles y no comunes en la guerra. (24) Así un poeta, al celebrarse en 1619 el nombramiento de Inquisidor general con que el Rey habia favorecido á Aliaga, pudo escribir estos versos: (25)

Prosigue los trofeos inmortales
De sus Aliagas (no alabados harto)
Que gloria y honra á estos reinos fueron.

Ingresaba Aliaga á los diez y siete años de edad en la órden de Predicadores, vistiendo su hábito en el convento de Santo Domingo del mismo Zaragoza, y como el acto de la profesion suponia forzosamente un espacio anterior de prueba ó noviciado, no es despropósito asentar que de la infancia pasó al monasterio, donde con la anticipacion debida se preparó al acto decisivo de toda su vida. Prosiguió sus comenzados estudios en el mismo establecimiento, atrayéndose la simpatía del Padre Jerónimo Javierre, varon de mucha doctrina y prendas singulares, quien decidido á

protejerle, dióle en 1599 un oficio de monjas. (26) Hallámosle en 1600 leyendo teología en el propio convento; graduóse doctor en 1602, y en el siguiente obtuvo la cátedra de Santo Tomás en la célebre universidad cesaraugustana. Ocupó Aliaga tan señalado puesto «con eminencia y satisfaccion grande,» desempeñando su cometido con provecho de sus oyentes y general aplauso. (27) Calificábasele de discípulo amantísimo y notablemente aprovechado del Padre Javierre, cuya discrecion, perspicacia y superiores talentos se elogiaban sin tasa, y como confirmacion del afecto con que este le distinguia, citan varios autores el hecho de que habiendo tomado posesion la órden en 1604 del nuevo convento de San Ildefonso que erigia la piedad del mercader Alonso Villalpando, Javierre, general de los domínicos á la sazon, eligiólo para regirlo, nombrándolo su prior.

Continuaba Aliaga al frente de su cátedra cuando elevado Javierre en 1606 al rango de confesor del monarca, debió aquel seguirle á la córte, explicándose así como poco despues le vemos dirigiendo la conciencia del poderoso valido duque de Lerma. Confiriósele en Enero de 1607 el cargo de Provincial de Tierra Santa, nombrósele tambien visitador de la provincia de Portugal, y habiendo finado Javierre en 2 de Setiembre de 1608, en ocasion que residia en Valladolid, Aliaga acompañó su cadáver á la Córte, á donde llegó el 10 de Octubre siguiente, segun escribe el

cronista Luis Cabrera de Córdoba. (28) Entónces, apreciando el rey la confianza y el alto concepto en que Javierre le habia tenido, nómbrale su confesor, entrando á desempeñar su nuevo y delicado ministerio en Diciembre del propio año.

A partir de aquella fecha, la preponderancia de Aliaga iba á dilatarse sin encontrar barreras que fueran bastante fuertes para detenerla. Apoderado de la voluntad del soberano, que solo en el nombre reinaba, llevó la corriente de los públicos negocios por el cauce de su arbitrio y su capricho. Reflexionando Felipe III, descubrió que la órden de Santo Domingo cifraba desde los tiempos mismos del inolvidable Torquemada los mayores triunfos de la Santa Inquisicion, y aconsejándole la piedad premiase los eminentes servicios prestados al altar y al trono, instituyó dos plazas perpétuas en los Consejos supremos del Tribunal de la Fé de Castilla y Portugal, ordenando que habian de ser desempeñadas precisamente por frailes domínicos. Siendo el fin de este acuerdo favorecer á Aliaga, eligiósele para el primero de los nuevos destinos. Formó parte asímismo de los Consejos de Hacienda y de Estado y en lo sucesivo, dióse tales trazas, que no hubo negocio de mayor ó menor cuantía en que el soberano debiera intervenir, que no pasara antes por su exámen, dándole la solucion que estimaba mas prudente. Laborioso y activo, trabajaba incansable en el despacho de las numerosas consultas que le ha-

cian los altos cuerpos del Estado, y se conservan varios códices (29) repletos de un cabo al otro, de comunicaciones suyas autógrafas, en que aquellas se evacuaban. Estudiándolas se vé que por espacio de muchos años fué Aliaga quien de hecho reinó en España. Lo mismo se le pedia parecer sobre el nombramiento de un capellan ó de un obispo, que sobre una providencia peculiar á la milicia; tanto sobre si se debia conceder ó no una gracia, como si procedia la demanda de un particular ó de un ayuntamiento: el confesor, para decirlo de una vez, entendia en todo y de todo; administracion, hacienda, jurisprudencia, política, derecho internacional, diplomacia, teología, todo comparecia en último término ante su tribunal, en todo era apto y competente. No exajeró por cierto, el poeta que en 1619 escribió encomiándole: (30)

.....así el amor incita
Del gran Filipo y de la córte toda,
Que ya colgada de sus lábios pende.

Ocioso fuera negarlo; Aliaga fué el Mentor reconocido y acatado del augusto príncipe que dejaba á otros el gobierno de la monarquía, mientras él asistía á la brama de los toros en el Pardo ó á la caza de palomas torcaces en la Ventosilla; el oráculo de aquella córte ignorante, supersticiosa y corrompida que acudia en tropel á ver perdigar un inocente niño en la Plaza Mayor y que se asombraba de que hubiera llegado á Sevi-

lla la flota de América sin que el fisco expoliase la fortuna de los particulares. (31)

Acrecentóse el poderío del fraile zaragozano con los años sin que fueran parte á amenguarlo las asechanzas de rivales astutos y poderosos. Tocó su valimiento en las nubes, pudiendo un dia derribar á su mismo protector el duque de Lerma, quien era reemplazado por un hijo suyo, el duque de Uceda, estrechamente unido al domínico. Felipe III, que no sabia como recompensar su celo y sus buenos oficios, llamóle á sentarse en la silla arzobispal de Toledo, honra que renunció Aliaga, deseando que se premiase con ella al infante D. Fernando. Tanta modestia reclamaba su galardon, y el rey obligóle entonces á que aceptase la pingüe dignidad de Archimandrita de Mesina. Debia el favorecido trasladarse á Sicilia, mas contraviniéndose las leyes establecidas y saltándose sobre la conveniencia de aquella provincia, con olvido manifiesto de toda justicia, continuó Aliaga en Madrid no sin recojer las crecidas rentas de la codiciada prebenda. (32)

Aun pensó el rey que podia acumular mayores beneficios sobre las espaldas del humildísimo y menesteroso confesor. Nómbrale en consecuencia prior de San Andrés de Plaza, y agrega á los conocidos otros oficios no menos honrosos que lucrativos. Aliaga se resigna á todo y su favorecedor, persona de estrecha conciencia, por lo visto, le otorga la última prueba de agradecimiento, co-

locándole en 1618 á la cabeza de la Inquisicion de las Españas. De este modo puso en sus manos el cetro que regia no solamente la vida esterior de los súbditos de tan dilatados dominios, sino que inquiria y penaba los actos mas íntimos de la conciencia.

Celebró Zaragoza, sin distincion de clases y con extraordinarios regocijos, el encumbramiento del vástago nacido y criado en las orillas de su caudaloso rio, y en Madrid hubo embajadas, visitas y festines con ocasion de tanta bienandanza. (33) Aliaga, que habia segundado los designios del fanatismo tocante á la persecucion y estrañamiento de los moriscos que en España quedaron al amparo de sagrados pactos y solemnes promesas; Aliaga, responsable en mucho de las desgracias que agobiaban á la monarquía, recibia ahora como premio el poder mas escesivo de edad tan calamitosa.

Enfrenada la envidia, muda la murmuracion, abatidos los émulos por pertinaces y recios que fueran, no halló el confesor quien le detuviera en sus locas y desapoderadas ambiciones. La realeza, el clero, la clase noble, la burguesia, las órdenes monásticas, los hombres de negocios y hasta la gente militar, humilláronse ante aquella cogulla que no tenia otras armas para imponer su yugo que no fueran la religion y el confesonario.

Pero todo tiene su término en el mundo. Regresó Felipe III de la jornada de Portugal,—que

Aliaga aconsejara ó permitiera,—luchando entre las ansias de la muerte y sus remordimientos. Pudo llegar á Madrid, donde al borde ya de la tumba, confesóse apenado y triste de haber seguido durante trece años los consejos del dominico. (34) Renunció á que este le asistiera en el último trance, y llamando á sí al Padre Florencia, varon ejemplar, falleció en sus brazos el 31 de Marzo de 1621.

No bien se hubieron cerrado los ojos del monarca, cuando apoderándose el bando de Olivares de las riendas del gobierno, comprendió el confesor que su estrella se eclipsaba para siempre. Con este convencimiento abandonó la cámara mortuoria, y un cronista contemporáneo refiere que se le vió bajar en una silla de manos sin que nadie le acompañase, ni aun le mirase con buena cara. Otro añade que nadie le hizo reverencia ni cortesía. (35)

Pocas horas despues, en virtud de órden suprema, tuvo que desalojar la casa en que vivia, gozando del privilegio conocido por la Regalía del Aposento, anunciándosele de paso que cesaba en la direccion de la real conciencia. Desatáronse en su desdoro, conocida su desgracia, las lenguas de los cortesanos y del vulgo; llovieron sátiras en verso y prosa contra su persona, echáronsele en cara sus vicios y sus torpezas, y cumplíanse solo seis dias desde la muerte de Felipe III, cuando su sucesor recibia un papel sobre lo que habia de ha-

cerse antes de establecer estilo nuevo de gobierno; y allí, hablándose de Aliaga con los peores modos, decíase que lo mas urjente era apartarle de donde pudiera ejercer influjo ó presion sobre la marcha de los públicos negocios. (36)

Tal debia ser la persuacion de los consejeros del nuevo rey cuando este dirigió al ex-confesor una cédula con fecha 22 del citado Abril (37) previniéndole que en el término de dos dias se presentara á recibir órdenes de su superior en la ciudad de Huete. Cumplió Aliaga este mandato, abandonando la corte el 28; quitárosenle los oficios que desempeñaba, viajó sin compañero, solo con dos criados, y en llegando á su destino, confinósele en un cenobio que en paraje desierto poseia la órden de Predicadores. (38)

Ni aun con esto se calmaron sus enemigos. Menudeaban los anónimos en su daño y en unos versos atribuidos á Villamediana designábasele con el apodo de Sancho Panza, acusándosele de ser uno de los cómplices de Osuna. (39) Mediante cierta denuncia abrióse contra él y su hermano Isidoro, arzobispo de Valencia, un procedimiento criminal, achacándoseles haber divulgado papeles que cedian en menoscabo de aquel reino. Y la Inquisicion sujetóle á su tribunal como reo de luteranismo y materialismo. Salió bien del primer proceso y el segundo quedó en sumario á su muerte. (40)

Sospéchase que en Marzo de 1612 residia en

Barajas de Melo; en Julio de 1623 en Hortaleza, y se sabe que de aquí se le sacó para Talavera, ordenándosele que no se moviera sin permiso de la Córte. Á mediados de 1626 se le descubre otra vez en Huete, trasládase luego á Zaragoza, donde viejo, enfermo y de todos olvidado, enciérrase á principios del mismo otoño en su celda, que abandonaria cadáver el 3 de Diciembre siguiente. Hizo su hermano que le labraran en Génova costoso mausoleo: sepultósele en medio del coro de la Iglesia de su convento, tras el retablo, y en el pedestal de este se escribió un largo epitafio que referia los méritos, servicios y preeminencias del finado, concordándose con las leyendas que en el mismo tenor honraban sus retratos.

V.

¿ES ALIAGA AUTOR DEL FALSO QUIJOTE?

Referida con tanta presteza, y solo en lo pertinente á nuestro plan, la vida del fraile zaragozano, entremos en el debate que la crítica suscita al proclamarle autor del falso D. Quijote. Para adelantarse á declaracion tan concluyente, apóyanse los literatos en cuatro fundamentos principales: que Aliaga fué conocido desde pequeño con el mote de Sancho, el cual se le aplicó tanto en el certámen de 1614 como en las sátiras de Villamediana: que concurrió, en efecto, á las justas de Zaragoza, desembozándole los jueces autor del

consabido libro, y descubriendo sus malévolas intenciones: que escribió en 1626 la «Venganza de la lengua española,» siendo este libro en un todo semejante en el estilo al tantas veces mencionado; y cuarto, que el Alfonso Lamberto, de Zaragoza, el Alonso Fernandez de Avellaneda, de Tordesillas, y el D. Juan Alonso Laureles, de Huesca, autor ostensible de la «Venganza,» son tres seudónimos y una sola persona real, Fray Luis Aliaga, mozo de travesura, aventurero osado, fraile astuto, aragonés liso y castellano revuelto, que abrigando de antiguo oculta malquerencia al soldado de Lepanto, le persiguió airado, envenenando los últimos dias de su vida.

Si con argumentos incontestables demostramos que algunas de estas cláusulas no se pueden sostener con fortuna, y si oponemos á las otras reparos tan eficaces que á poco mas queden destruidas, habremos satisfecho nuestros intentos, y evitado á los que prosigan estas investigaciones graves é inútiles tropiezos. No entendemos haber agotado la materia ni fallado el pleito sin ulterior recurso. Antes pusimos especial esmero en la búsqueda de cuantos documentos podian ilustrarnos, hoy calculamos haber adquirido derecho para rechazar cuanto no se presenta bien probado ó descansando en argumentos que permiten la contradiccion: es decir, que nos disponemos á negar las afirmaciones de la crítica contemporánea siempre que no cita las fuentes donde recogió los testimo-

nios de sus asertos. Tratándose de la especulacion pura, este proceder no seria el admitido; ventilándose temas sujetos á la esperiencia y la observacion, podria bastarnos el concepto y la autoridad que nos mereciera nuestro contrario; en achaques de erudicion ni basta el raciocinio, por patente que sea la habilidad que entrañe, ni tiene fuerza por sí el juicio, por mas favorable que se le suponga, que hayamos formado de nuestro adversario: la crítica, inflexible en materia de erudicion, quiere no solo razones, sino hechos y documentos fehacientes que la guien, iluminen y satisfagan.

Hasta ahora no se sabe en qué se fundaron los que dijeron que Aliaga fué motejado desde niño con el apodo de Sancho; tampoco se ha dado razon alguna en abono de esta afirmacion, y como es muy reciente, bien podemos prescindir de ella, relegándola al campo de las conjeturas insostenibles.

Imaginó Cervantes que el lenguaje de Avellaneda era aragonés porque tal vez escribia sin artículos, sin considerar que á la sazon incurrian en el mismo defecto los castellanos. Trascurre poco mas de medio siglo, y Mayans y Ciscár dice que el encubierto pudo ser un personaje y un ente baladí, dando ya como indudable que fué aragonés. Avanza mas el Padre Murillo, llamando á Avellaneda eclesiástico, y da á entender que se apoderó de los papeles de Cervantes, de quien solo escribe desatinos. Cree D. Vicente Rios que fué composi-

tor de comedias y poeta, y adivinando el agravio que le exacervara, dice que Cervantes censuró sus obras. Para Pellicer fué uno de los vates que se personaron en el certámen poético celebrado en Zaragoza en 1614, y sin señalar cuál sea, adelántase á suponer que Avellaneda era eclesiástico, religioso y por ventura de la órden de Predicadores, atribuyendo sus espresiones indecorosas al prolongado encierro en el cláustro. Veintidos años mas tarde Navarrete imprime casi como axiomas lo que para sus predecesores críticos fueron meras sospechas; ahora el enmascarado Aristarco es persona encumbrada á quien no se atrevió á azotar Cervantes, y consta que asistió á las justas zaragozanas.

Habíase pronunciado el nombre de Aliaga, y Cavaleri y Pazos, por un lado, y D. Bartolomé J. Gallardo por el otro, con mas buen deseo que crítica, hallan el enigma resuelto. Hasta entonces todo se reducia á sospechas y recelos, en adelante seria impertinente la duda. Amontónanse las pruebas desde que Castro propala su descubrimiento y no ha reclamado escasa diligencia el conato de aclarar el embrollo para ver lo que habia de exacto y lo que era preciso desechar como arbitrario en el argumento que nos ocupa.

Digámoslo ya sin rodeos. Ni uno solo de los estremos que comprenden los anteriores párrafos está probado. Concédase por respeto á Cervantes que Avellaneda fué aragonés; mas niéguese todo

lo demás. Se ignora el puesto que en la escala social ocupaba el anónimo, si bien puede afirmarse que su libro no es despreciable ni mucho menos. No aparece que vistiera hábito, ni que gastara corona, ni que fuera poeta dramaturgo y miembro de la órden de Predicadores. Las alusiones á la devocion del Rosario, el creérsele fuerte en las sagradas letras son razones muy recusables. Adolfo de Castro ha citado el nombre de un domínico, devoto de la Vírgen reverenciada bajo aquella advocacion, que escribió mas de un tratado para estender su culto; y sin embargo, las demás señas no conciertan con las que en el anónimo se suponen. Y si esto puede ser mas ó menos discutible, lo que no consiente nuevo recurso es la sentencia del buen sentido sobre lo del certámen de Zaragoza, segun hemos de demostrar.

Admítase, en buen hora, que Fray Luis Aliaga, sobre cuyos hombros pesaba en el momento en que tenian lugar las justas, la máquina abrumadora de los varios cargos—todos importantísimos—con que el rey le habia distinguido, era poeta; convéngase en que hasta él llegó la noticia del insignificante acontecimiento; que tuvo tiempo, gusto y ocasion, abrumado como estaba con la variedad de los negocios que solicitaban su ánimo, para dedicarse á disputar un premio sin valor; entretenimiento mas propio de gente ociosa y escritorzuelos incipientes, que de una eminencia asaz distraida en el violento arrebato de la vida

cortesana: dando todo esto por exacto. ¿Concíbese que el fiscal de los juegos se atreviera á desembozarle, cuando le imponia la pena que su torpeza reclamaba? ¿Se esplica que en Zaragoza, envanecida de contarle entre sus hijos predilectos, se tolerase tamaña inconveniencia? Arbitro Aliaga de los destinos de las Españas, poderoso personaje á quien rendian párias hasta los mas soberbios, adalid que en palaciana contienda vencia al optimate que le disputaba el imperio de la política, ¿habia de inspirar tan escaso temor al juez de unas fiestas literarias, que este osara lastimarle en el punto donde la herida habia de serle mas dolorosa? Y si por un capricho inesplicable Aliaga tomó el incomprensible partido de escribir versos para un concurso que ni aun mereció la distincion de que su crónica se imprimiera, lo cual significa que no se le otorgó importancia alguna; si disfrazándose con un seudónimo cualquiera entróse por el palenque donde luchaban plumas sin reputacion ni mérito, ¿es creible que el fiscal prescindiera del mote con que se presentaba y fuera á buscar, despues de identificar su persona, aquel con que la maledicencia le perseguia? Todo esto es perfectamente absurdo. El fiscal no podia referirse á Aliaga, el fiscal castigaba á un Sancho estudiante, oficial ó paseante, á un poetastro presuntuoso y atrevido, que con aquel rebozo comparecia una y otra vez en la liza de donde habia de salir corrido, mal trecho y asendereado.

Dudó Pellicer que el Quijote tordesillesco estuviera impreso al tiempo en que se verificaba la pugna poética. Y con ingenuidad candorosa espresa que aun cuando no se hubiese publicado, tendria el fiscal noticia de él y de la intencion con que se escribia. La afirmacion es famosa y peregrina. Aliaga, autor dramático, para tomar desquite de los agravios que en 1605 le infirió Cervantes, escribe un libro que se imprime sigilosamente nueve años despues, en Tarragona. Celébranse unos certámenes en Zaragoza y el fiscal no solo está al tanto de lo que ocurre, sino que ha penetrado el secreto que la obra encierra, adivinando sus intenciones mas recónditas. Decídese por el partido de Cervantes, y puesto que la ocasion es calva, no menosprecia la que el azar le depara y maltrata á Aliaga haciendo alusiones á su obra que debió comunicársele cuando aun estaba en los cartapacios.

Ya lo dijo el señor Fernandez Guerra, demostrando grandísima imparcialidad: «Lo importante, lo delicado, lo grave del cargo, (refiérese al de confesor del rey) la ambicion de Aliaga, la mano que muy luego tomó en los negocios, parecen fuertes razones para concertar la opinion de que puede ser suya la segunda parte anónima del Quijote.» El distinguido crítico tenia razon. Consideradas las circunstancias que rodeaban al domínico, no es probable que tuviera humor ni aun holgura para entregarse á devaneos literarios, que á

ser ciertos le hubieran de seguro criticado Quevedo al intentar retratarle con todas sus puntas y collares, Villamediana cuando mordaz le perseguia en sus sátiras; sus encubiertos enemigos con los mencionados papeles, letrillas y sermones con que durante muchos meses le sacaron á la vergüenza.

Inútil fuera devanarnos los sesos con el afan de embrollar lo que está claro. No se conoce documento alguno contemporáneo de Aliaga ni posterior á su vida, que conduzca á creerle compositor de comedias ó poeta, ni aun siquiera literato, en el sentido propio de la palabra. Para llegar á lo contrario hicimos las mas vivas diligencias y hé aquí lo que arrojan nuestras pesquisas.

Escribe el doctor Martin Carrillo en 1615 su «Historia de San Valerio,» dedicada á Fray Luis Aliaga, á quien encomia sin tasa en la dedicatoria, sin hacer referencia á su cualidad de escritor.

Publica en Zaragoza con la data de 1616 el Padre Fray Diego Murillo su «Fundacion de la Capilla del Pilar.» Elogia por estremo á Javierre, entre otras razones, por haber tenido por discípulo á Aliaga, de quien habla enumerando sus crecimientos y no dice nada que contradiga nuestro juicio.

Luis Diez de Aux imprime en 1619 un volúmen de 304 páginas consagradas á compendiar las fiestas que Zaragoza ha ordenado como testimonio del júbilo con que vé á Aliaga nombrado Inquisi-

dor general. Contiene la obra minuciosos detalles de las justas celebradas por los dos cabildos, la Universidad, los gremios y los particulares. En el certámen literario se marcan los puntos sobre que han de versar las composiciones. Mas de una se dirije á describir y enaltecer los méritos y prendas de Aliaga. Empuñan los poetas ya la cítara suave, ya la armoniosa trompa; cantan sus talentos, su fé, su celo religioso, sus honores, sus timbres, sus servicios; hacen repetidas alusiones á su vida, á su comportamiento, á sus estudios, y ni una leve indicacion, ni una sola palabra por casualidad deslizada entre tantos versos, que pueda autorizarnos á afirmar que cabalgó sobre las álas de Pegaso ó que rindió culto á las bellas letras.

Recojió el activo cronista don Juan Francisco Andrés de Ustarroz en los comienzos del siglo XVII los materiales necesarios para su «Biblioteca de escritores aragoneses.» Facilita sus apuntes á don Nicolás Antonio, cuando este trabajaba la suya, y ni en los unos ni en la otra se lee el apellido Aliaga. Verdad es que tampoco se encuentra en el «Aganipe de los cisnes aragoneses» del mismo Andrés de Ustarroz, si bien la fecha que lleva el manuscrito que conocemos de esta produccion es de 1603. (41)

Continúa el doctor don Vicencio Blasco de Lanuza, (42) penitenciario de la Catedral de Zaragoza y calificador del Santo Oficio, los anales de Zurita desde 1556 á 1618. En el capítulo cuadra-

jésimo tercero, tomo II, impreso en 1622, aparecen las biografías de los hermanos Aliaga. Entra en detalles para encomiarlos, ensalza su ciencia, gobierno, providencia, religion y virtud, y ni palabra sobre sus aficiones literarias.

Acontece lo propio con Ballester, Arcediano de la Iglesia metropolitana de Valencia, que dió á la estampa (43) en 1672 su «Identidad de la imágen del convento de San Salvador de aquella ciudad con la idéntica de Berito.» Habla del sepulcro que el arzobispo Isidoro hizo labrar para su hermano; pudo añadir que este fué celebrado por sus escritos, no lo hizo. Mas al lado de este testimonio, que es de poca monta, existe uno poderosísimo: en la obra publicada en París en 1721 con este título: «Scriptores Ordinis Prædicatorum, Recensiti, etc.» por Quetif y Echard, (44) se comprenden todos los escritores domínicos, y no se encuentran entre éllos á los Aliagas.

En el «Manual de los dominicanos, informe de los blasones mas gloriosos de la Religion de Predicadores,» por el maestro señor Tomás Madalena, de la misma órden, impreso en 1746, hay un capítulo con ámplias noticias de nuestro domínico. Dícese en él cuanto es imaginable á fin de estremar su alabanza, y nada se espresa sobre sus escritos poéticos ó literarios. Cierto es que el mismo Madalena, en su «Allegatio histórica scriptorum ordinis predicatorum» 1738, citada por Latassa, asienta que escribió:

I. Varios opúsculos sobre asuntos graves de la monarquía española y de su general Inquisicion.

II. Una docta alegacion ó memoria de los sucesos de su siglo, que se imprimió y guardaba en el archivo de su convento.

III. Diferentes cartas que instruyen en diversos útiles asuntos.

Antójasenos que Madalena se referia antes que á otra cosa á informes, memorias ó consultas manuscritas propias de los cargos que ejerció Aliaga, lo que no significa que fuera literato en la aceptacion rigurosa de la palabra. Que Aliaga escribió de asuntos de Estado, no es dudoso. En la Biblioteca Nacional guárdase—antes lo dijimos,—un voluminoso infolio que comprende enteramente comunicaciones de su puño y letra, y los herederos del señor Cavanilles, se nos dice, poseen tres que no contienen otra cosa. Repetimos que Madalena en su «Manual» no afirma que Aliaga fuera literato, tampoco lo espresa don Inocencio Camon, que en 1768 escribió sus memorias literarias y se ocupó de Aliaga en el concepto de catedrático de la Universidad de Zaragoza. Cita Camon á Madalena y á Fraylla (Lucidario, etc.,) y á pesar de lo dicho por el primero en el «Allegatio» no se le ocurre hablar de Fray Luis como autor, lo cual parece que corrobora lo antes espuesto sobre el modo como debe entenderse la aseveracion de Madalena.

Al consagrar Quevedo un párrafo de los «Anales de quince dias» al retrato de Aliaga, ¿cuánto no habria gozado sacando á relucir sus flaquezas? ¿cuánto—si públicamente se sabia que habia escrito el Quijote anónimo—no le hubiera complacido azotarle con su implacable sátira? Y no obstante, Quevedo guarda silencio, como lo guardan Villamediana, Góngora y los autores de los memoriales que contra el domínico se escribieron y pusieron en manos de Felipe IV.

Solo Latassa (45) lo incluye entre los escritores aragoneses en su Biblioteca publicada en 1799, mas el motivo es patente. Refiérese á lo manifestado por Madalena, diciendo que segun éste, Aliaga escribió los dichos papeles. Latassa estaba interesado en aumentar el catálogo de las glorias literarias de su país; como Madalena, quiso que Aliaga—notabilidad de primera categoría en vida—figurase en la lista de los autores dominicanos, honrando de este modo la órden á que ambos pertenecian. Por eso le consideró escritor lo mismo que al arzobispo de Valencia don Isidoro, su hermano, fundándose en que habia escrito algunas cartas latinas. Pudo Aliaga redactar y escribir muchos papeles sobre negocios diferentes, no libros para la estampa; pudo tener muchas letras, esto es, mucha erudicion y doctrina, no ser poeta dramaturgo, novelista ó literato.

Y ahora bien, ¿es el falso D. Quijote producto de una pluma no avezada á triunfar de las difi-

cultades de la composicion? ¿Podrá sostenerse que no hay en su estilo facilidad, arte, esperiencia y hasta atildamiento? Respondan por nosotros autoridades tan competentes como Montiano y Luyando, Hartzenbusch, Fernandez Guerra, La Barrera, Rossell y otros que estiman la obra como de mucho mérito; respondan cuantos han gozado su lectura tan sabrosa como entretenida.

Publicóse que Aliaga vino á Madrid en 1603 echado de Zaragoza y que aquí contrajo amistad con Lope de Vega. Quevedo afirma en parte lo primero, lo segundo no ha pasado de una sospecha que quedará desvanecida cuando se sepa que el escritor satírico, llevado de la ojeriza que profesaba á Aliaga, ó inducido en error por algun informante apasionado, se equivocó. Consta que en 1603 (46) Aliaga leia teología en la Universidad de Zaragoza con universal aplauso y que allí continuaba en 1604, en cuyo año se le premió, nombrándosele prior del convento de San Ildefonso. De 1601 á 1604 Lope de Vega tuvo su habitual residencia en Sevilla, aunque hizo un viaje á Toledo. (47) Además fantasean los que hablan de la amistad íntima que existió entre el dominico y el Fénix de los ingenios. En la coleccion de cartas del último que se conserva en el archivo de la casa de Altamira, léense dos ó tres donde se cita incidentalmente Aliaga con ostensible indiferencia, demostrando que no vivian estrecha y

cariñosamente unidos por acendrada aficion y simpatía. (48)

Como prueba concluyente se adujo que Aliaga habia escrito y publicado en 1626 la «Venganza de la lengua española.» Comparado este folleto con el tordesillesco D. Quijote, resultaban vaciados en el mismo molde, luego tras Fernandez de Avellaneda estuvo el fraile zaragozano. Por desgracia este aserto es tan deleznable como todos los otros. La «Venganza de la lengua española,» segun todas las apariencias, no brotó del caletre de Aliaga por una razon tan sencilla que escusa la réplica. Fué motivada la «Venganza» por el «Cuento de cuentos;» y si algo significan los datos positivos que la bibliografía ha recogido, puede sostenerse que este no vió la luz por primera vez hasta 1629, tres años despues de muerto el ex-confesor. Las ediciones mas antiguas de la obra de Quevedo son posteriores al año 1628, nadie ha visto, ni hablado de alguna anterior, si se esceptúa la sospecha apuntada recientemente por algun colector ilustre que se limitó á hacerse eco de la noticia que le trasmitiera otro celoso bibliógrafo. Lo propio acontece, nótese bien, con la «Venganza;» es decir, que su edicion mas antigua se remonta á 1629, sin que se señale ninguna anterior, ni conste que esta no sea la primera. (49.)

Conocidos estos hechos parecen escusados los comentarios. Declaremos, pues, que á esta fecha

se ignora quien fuera el anónimo aragonés ó castellano que escribió la novela contrahecha; que la crítica no ha pasado del punto en que se encontraba hace ciento treinta años; que nada se ha adelantado y que el asunto del «Quijote» apócrifo no se debe confundir con el particular relativo á los infortunios de Cervantes. Forzoso es distinguir entre sí estos dos argumentos, cesando de confundirlos y asociarlos: una cosa es el problema literario y otra la desventura de nuestro autor. ¿Tuvo Aliaga en ella alguna parte? Hé aquí un tema muy diverso del que hemos ventilado y que reclama toda nuestra atencion. Habremos de discutirlo oportunamente; ahora solo procede que digamos algunas palabras mas sobre el falso «D. Quijote,» movidos por el deseo de enderezar el rumbo de la crítica que en nuestro modo de ver tira á perderse y descarriarse.

VI.

¿CON QUÉ FIN SE ESCRIBIÓ EL «QUIJOTE» APÓCRIFO?

Corre acreditada la doctrina de que el anónimo tordesillesco se propuso, sobre defenderse á sí propio y defender á Lope de Vega de agravios que Cervantes les habia inferido, quitar á este la ganancia que podria obtener publicando la segunda parte de su famosa historia, segun que habia anunciado en el prólogo puesto á sus comedias. Añádese que, aparte de esto, el falso Quijote tiraba á herir y dañar á Cervantes, siendo la manifestacion patente del ódio y de la saña con que su encubierto enemigo le perseguia. Imbuidos en

esta creencia literatos nacionales y extranjeros fulminaron los rayos de sus anatemas contra el no desembozado anónimo, acosando su memoria con severísimos juicios, mientras se daba por cierta la doctrina de que entre la desventura de nuestro ingenio y la aparicion del referido libro hubo de existir íntima y deplorable correlacion.

Dominados los críticos por la idea de que tras Fernandez de Avellaneda se ocultaba Aliaga; persuadidos de que este trató á Cervantes con mal disfrazado encono, vieron en el prólogo del Quijote de Tarragona una indigna diatriba, una série de proposiciones insultantes asestadas contra el fecundo escritor; y el libro entero se les antojó cual máquina de guerra propia para labrar su descrédito, mostrando al mundo que era fácil continuar las aventuras del manchego hidalgo, sin incidir en los errores por aquel cometidos, ni emplear los medios reprobados á que en parte recurriera.

Si de un incidente de mera curiosidad se tratase, por cierto que no fuera prudente atribuirle gran importancia, mas calculándose que encubre la clave de los infortunios y desabrimientos de que Cervantes se condolía, bueno será que fijemos clara y desapasionadamente lo que en el prólogo puede señalarse con los rasgos de la verosimilitud y hasta con los indicios de la autenticidad.

Comienza el autor anónimo diciendo que como

casi es comedia toda la historia de D. Quijote, no puede ni debe ir sin prólogo y así sale al principio de aquella segunda parte de sus hazañas el que él le pone, menos cacareado y agresor de sus lectores que el que á su primera parte puso Miguel de Cervantes y mas humilde que el que segundó en sus novelas mas satíricas que ejemplares.

Desde luego aparece que en esta proposicion se censuran dos escritos de Cervantes; el prólogo del Quijote de 1604 y el de sus novelas publicadas en 1613. Busquemos lo que en ellos pudo mortificar á su contrincante, dándole pié para sus quejas.

Entraña el primero, no la explicacion llana y sencilla del móvil que impulsara á Cervantes á escribir y sacar á luz su obra, sino una donosa é intencionada invectiva contra costumbres, prácticas y usos literarios de su época. Sobre combatir el sistema de aderezar las producciones con la innumerabilidad y catálogo de sonetos, epígramas y elogios puestos en sus comienzos, con acotaciones en los márgenes y anotaciones en el fin, llenándolas de sentencias de Aristóteles y Platon y de toda la caterva de filósofos que admiran á los leyentes; reprueba Cervantes el que se dé lista de los autores consultados, poniéndolos al principio por abecedario, comenzando en Aristóteles y acabando en Jenofonte y en Zóilo y Zeuxis, así como el que se empleen textos ó latines en los prólogos y advertencias.

Alcanzaba esta leccion á muchos, pero puede conjeturarse que iba dirigida particularmente contra Lope de Vega, ó que por lo menos, si no era el blanco de Cervantes reprender al Fénix de los ingenios, habíase fijado en sus obras para corroborar y justificar sus fallos. Casi no se debe dudar de lo uno ni de lo otro despues de los trabajos dados á luz con la mira de probar que Cervantes zahirió suavemente en la forma, con mucha ironía y severidad en el fondo, al mónstruo de naturaleza que se habia alzado con la cómica monarquía.

Publica Lope de Vega en 1598 su «Arcadia,» haciéndola preceder de trece composiciones panejíricas. Aparece la «Dragontea» en el mismo año con varias; el «Isidro» imprímese en 1599 con diez, ingiriendo el autor en el prólogo hasta quince sentencias latinas, una italiana y otra portuguesa, mientras sus márgenes se ven erizadas de textos y citas en latin casi todas, y al final va la tabla de autores y obras que se citan, comprendiéndose en ella los nombres de Aristóteles, San Basilio y Ciceron. Enriquecen la «Hermosura de Anjélica» diez y ocho poesías laudatorias y al «Peregrino en su pátria» doce. No será, pues, descamino afirmar que Cervantes tuvo presentes estos ejemplos, y si de ello quedase duda habrian de desvanecerla las observaciones que someteremos al juicio del lector benévolo.

Dice Cervantes que su libro ha de carecer de

sonetos al principio, á lo menos de aquellos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Entre las composiciones encomiásticas de las obras de Lope hállanse varias de títulos y damas.

Aconséjale el amigo que en su prólogo introduce Cervantes, que si quiere darse aires de erudito en cosmografía, haga de modo que en su obra se nombre el rio Tajo y veríase luego con cierta famosa anotacion. La que cita está tomada de la «Arcadia» de Lope. Cervantes parodia sus frases y de camino se mofa de su pedantismo.

Continúa el consejero con que Cervantes ha topado diciéndole que, si bien se mira, su libro no necesita de tales anotaciones, pues todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron. La alusion es manifiesta.

Sentado esto, pasemos al prólogo de las novelas. Quéjase el autor de que no le fué tan bien con el que puso al «Quijote» que le quedase gana de segundar con otro. Dice en seguida que si lo escribe es por causa de un amigo de los muchos que en el discurso de su vida se habia grangeado antes con su condicion que con su ingenio, el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarle y esculpirle en la primera hoja del libro, utilizando el retrato que le hiciera el famoso don Juan de Jáuregui. Despues añade que ha sido el

primero que ha novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras y aquellas son propias suyas, ni imitadas ni hurtadas. Resulta de esta esposicion que el prólogo quijotesco ocasionó á Cervantes desazones y desabrimientos. Hacíase retratar Lope de Vega en las portadas de sus libros con gran ostentacion de motes y timbres nobiliarios. Su «Arcadia» era una imitacion, donde tomó á Sannazaro por modelo, siguiéndole servilmente, trocando sus pastores, como dice el señor Rossell, en cortesanos y las escenas campestres en teatro de la mas pulcra y discreta civilizacion. En ambos casos, si Cervantes no alude finamente á su contemporáneo, en verdad que las apariencias son engañadoras.

Dados estos antecedentes, imaginamos que Avellaneda se queja del prólogo del «Quijote» sin duda por las agresiones que en él se estampan contra Lope de Vega. Trata con rigor al de las «Novelas,» tildándolo de soberbio por la mofa que hace de la costumbre de retratarse los autores al frente de sus libros, cuanto por la aseveracion de ser el primero que novelaba en castellano, puesto que los demás se limitaban á traducir ó imitar á los extranjeros. Debió Lope comprender la indirecta, cuando en la dedicatoria de «Las Fortunas de Diana» manifestó que esta por lo menos sabia él que no la habia oido ni era traducida de otra lengua.

Hasta ahora no se descubre en estos escritos mas que la inquina que divide á Cervantes de Lope de Vega, asunto de fecha atrasada en nuestro sentir. Posible es que, residiendo ambos ingenios en Sevilla, diera el primero á conocer su «Quijote» leyendo el original en la tertulia del célebre artista Francisco Pacheco. Quizá Lope de Vega combatióle con acritud; y que esto es probable lo abona el que, con fecha 4 de Agosto de 1604, residiendo en Toledo el facilísimo poeta, escribió lo siguiente: «De poetas no digo: buen siglo es este. Muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan nécio que alabe á D. Quijote... No mas por no imitar á Garcilaso en aquella figura «correctionis» cuando dijo:

A sátira me voy mi paso á paso;

cosa para mí mas odiosa que mis librillos á Almendariz y mis comedias á Cervantes.» Aun no se habia impreso el «Quijote,» luego Lope de Vega conocia el borrador. Cervantes, por su parte, debió mortificar grandemente el amor propio de Lope atacando sus comedias y jactándose de haber sido quien «se atrevió antes que nadie á reducirlas á tres jornadas de cinco que tenian; mostrando, ó por mejor decir, siendo el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes.»

Narrando la historia de una parte de su vida de poeta, dijo Cervantes en 1615 que en el tiempo á que se referia compuso hasta veinte ó treinta comedias, que todas se recitaron y corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barahundas; que tuvo otras cosas en que ocuparse, dejó la pluma y las comedias y entró luego el mónstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes, llenando el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas y tantas que pasaban de diez mil los pliegos que tenia escritos.» Si se confrontan estas líneas con lo espuesto por el mismo Cervantes en el capítulo XLVIII de la primera parte del «Quijote» sobre las malas composiciones dramáticas, que por aquel entonces se representaban, aludiendo visiblemente á las de Lope, y además se trae á mientes un terceto del «Viaje al Parnaso» disparado contra las «comedias endiabladas» y otro donde se llama ilustre musa la de Julian de Almendariz, enemigo y censor de Lope de Vega, habrá de sospecharse que las anteriores encomiásticas palabras han de tomarse, mas que como un elogio sincero, cual embozada y discreta ironía.

Fué zaherido Lope por los doctos como autor dramático, hasta el punto de verse en la necesidad de escribir un papel donde bajo el epígrafe de «Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo,» trabajó por vindicarse. Figuraria Cervantes entre

sus contradictores, y cuando Lope tuvo que confesar que escribia

...por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto,

es manifiesto que la sátira quijotesca iba enderezada particularmente contra él. Como un nuevo testimonio de que las comedias fueron el orígen de los disgustos que entre ambos mediaron recuérdese que en el dicho «Arte» dijo Lope que

El capitan Virués, insigne ingenio
Puso en tres actos la comedia, que antes
Andaba en cuatro, como piés de niño
Que eran entonces niñas las comedias,

y que Cervantes reclamó para sí la primacía de esta reforma, intentada mucho antes por Francisco de Avendaño.

Es corriente que nuestros dos ingenios se sentian dominados por el mútuo deseo de emularse, si bien parece como que Lope de Vega es el que busca modo de introducirse en el campo donde Cervantes domina. Publicó este en 1584 su novela pastoril en prosa y verso intitulada «Galatea;» Lope da á la estampa en 1598 su «Arcádia,» otra produccion del mismo género. Cervantes en el capítulo VI de la primera parte del «Quijote» quejóse de que se negase á la suya misericordia, y en el mismo vitupera la epidemia reinante de escribir poemas pastoriles, con lo cual debió herir á

Lope, á quien no incluye entre los poetas famosos de la época, recordando con loa las «Lágrimas de Angélica» de Luis Barahona de Soto, mientras no tiene ni una sola frase para la «Hermosura de Angélica» publicada por su rival en 1602.

Hasta en los versos que preceden á la primera parte del «Quijote» figúrasenos encontrar mas de un concepto encaminado á mortificarle. Por ejemplo, Cervantes escribe:

No indiscretos hieroglí
Estampes en el escú;
Que cuando es todo figú,
Con ruines puntos te enví.

Lope de Vega era por estremo aficionado á blasones, empresas y anagramas. Al frente de su «Peregrino» hállase un escudo de diez y nueve torres con varias leyendas. Además, en una carta del mismo Lope, sin fecha, dirigida á su Mecenas el duque de Sesa, se lee lo siguiente: «Hoy me trajo el pintor dos hieroglíficos, el uno es un árbol donde están colgadas las armas de la Casa de Córdoba, y en su pié un cisne sobre unas aguas, la letra es una tarjeta que dice: «Requies et umbra,» porque yo la hallé debajo de la proteccion de V. E. La otra es un pajarillo que se acoge á un águila huyendo de otros muchos que le vienen siguiendo: está una tarjeta con las armas de Córdoba y otra enfrente con esta letra: «Sub tuum presidium.» Como se vé, Lope era aficionado á

estos achaques y no desistia de ellos á pesar de las sátiras de Góngora y de Cervantes.

En otra décima dice el último:

> Pues al cielo no le plú
> Que salieses tan ladí
> Como el negro Juan Latí
> Hablar latines rehu

Sabido es que no hay obra de Lope donde no abunden, vengan ó no á cuento, las citas latinas; diríase además que habia dado en la monomanía de creerse un segundo Juan Latino. Escribiendo á su favorecedor una carta sin fecha, estampa estas líneas: «Es dibujo de Mayo, hoy en su bendita víspera, está bueno para copiarse á la letra, porque honre el techo de este pobre aposento y le enriquezca del valor de tales agüelos y padres á cuya sombra vivo, como Juan Latino en la del duque que Dios tiene.» En otra, dirigiéndose al mismo Mecenas, se proclama «esclavo suyo toda la vida como lo fué Juan Latino de su tio de V. E. aunque no sepa tanto.» En una tercera escribe: «Si á V. E. le dan gusto cartas latinas lea esas dos minutas: busco otras.» Mas adelante: «V. E. vuelve por su hacienda, ya sabe que yo soy su Juan Latino, que la casa de Sesa no puede estar sin algun esclavo notable.» Aun insiste en otra carta manifestando que le basta el título de criado y esclavo suyo (del duque) de quien lo será toda su vida, como lo fué Juan Latino de su padre, aunque no sepa tanto,» y en otra dirigida á un

tercero dice, «soy otro Juan Latino del duque de Sesa.»

Dejando á un lado este asunto, que trataremos con la debida estension, volvamos al prólogo del falso D. Quijote.

Manifiesta Avellaneda que prosigue la novelesca historia con la autoridad con que Cervantes la comenzó y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegara «(y digo mano, escribe el anónimo, pues confiesa de sí que tiene sola una y hablando tanto de todos hemos de decir de él que como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene mas lengua que manos.) Quéjese de mi trabajo, por la ganancia que le quito de su segunda parte, aunque no podrá por lo menos dejar de confesar que tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa licion de los libros de caballerías, si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales ofender á mí y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones mas estrangeras, y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.»

Afirma Avellaneda que ha tomado por medio entremesar la novela con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie, ni de hacer ostentacion de sinónimos voluntarios, si

bien supiera hacer lo segundo y mal lo primero; «que Cervantes era ya viejo como el Castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan y por ello es tan falto de amigos que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, habria de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien mormura y plegue á Dios aun deje ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado.» Habla por último Avellaneda de la envidia, tilda la primera parte del Quijote de quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados y anuncia que su humor es opuesto al de Cervantes.

Quizá Avellaneda no citó con segunda intencion lo de la manquedad, mas Cervantes lo echó á mala parte, pues por lo visto sentia no que se recordara una circunstancia que era pública y le honraba, sino la ocasion y el lugar en que se hacia este recuerdo. Opina Germond de Lavigne que Avellaneda no hizo mas que aludir á cierto verso de un romance antiguo, donde se lee:

... á rienda suelta
Fuyeron los menguados,
Donde mostraron tener
«Lengua asaz y pocas manos,»

no siendo su intento zaherir á Cervantes en una cosa que no habia de qué.

Entendemos nosotros que las ofensas hechas al incógnito no consisten en la personificacion del escudero, sino en algunas acciones ó palabras que á este se atribuyen. Avellaneda conserva el tipo, diciendo que con sus simplicidades entremesará la novela, cuidando de no ofender á nadie; declaracion que bien á las claras confirma nuestro juicio.

Huirá el anónimo de no hacer ostentacion de sinónimos voluntarios. ¿Qué se quiere decir con esto? Nosotros traducimos la frase al revés de como hasta ahora se ha esplicado. Calcúlase que se reprueba el haber Cervantes puesto á terceras personas motes ó apodos gratuitos. Empeñada la crítica en que Sancho es Aliaga, fatígase en hallar comprobantes á sus asertos, razon porque suele dar uno en el clavo y ciento en la herradura. Dice la gramática lo contrario de la crítica: cuando Aliaga escribe: «hacer ostentacion,» refiérese á Cervantes, que ha hecho alarde y gala de voces sinónimas, empleándolas á su talante, guisa y albedrío. Si se significara otra cosa, si se hubiera querido espresar que Cervantes habia aplicado á otros con frecuencia motes caprichosos, de cierto que otra tambien habria sido la construccion de la frase. La palabra sinónimos no es equivalente de apodo ó sobrenombre y el incógnito no hallaria reprobable, en el sentido que se supone, lo

ejecutado por Cervantes cuando se siente competente para emularlo en esto.

Llama Avellaneda á Cervantes descontentadizo y murmurador y espera que, habiéndose acogido á sagrado y á la Iglesia, esto es, entrado en la Orden Tercera, modificará su mal humor, cesando en hablar mal del prójimo y especialmente de Lope de Vega.

Escribió Cervantes la dedicatoria y el prólogo de sus comedias conociendo el de Avellaneda, y allí discretamente ataca á Lope, diciendo tras lo ya referido, que sus comedias «si llevan algo de razonable es no ir manoseadas ni haber salido al teatro, merced á los farsantes que de puro discretos no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, aunque tal vez se engañan.» Anuncia de paso que D. Quijote queda calzadas las espuelas, creyendo llegará ante el conde de Lemos, porque en Tarragona le habian asendereado y malparado, aunque por sí ó por nó, lleva informacion hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto, que quiso ser él, y no acertó á serlo. Refiriendo al final como habia vuelto á la profesion de autor dramático, asegura que no halló cómico que le pidiese sus obras, y como á la sazon hubo de decirle un librero que él se las compraria si un autor de título no le hubiera dicho que de su prosa se podia esperar mucho, pero que del verso nada: refiere asímismo como al cabo se las vendió, y pi-

de al lector que en topando á aquel su maldiciente Zoilo le diga que se enmiende, que él no ofende á nadie y advierta que no tienen sus comedias necedades patentes y descubiertas, siendo el verso el mismo que ellas piden.

Esplican tales pormenores, si no nos equivocamos, la guerra que se hacian Lope y Cervantes, y es de notar que este, si bien desea sincerarse en cuanto á lo de que mira con envidia al primero, declara que no «le agravia la publicacion anónima, que ya sabe lo que son tentaciones del demonio y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros como fama. Nótese, por último, que en el testamento de D. Quijote se pide encarecidamente perdon al anónimo de la ocasion que sin pensarlo se le dió de haber escrito tantos y tan grandes disparates, fingiéndose que el hidalgo partia de ésta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Resumiendo: Para nosotros el encubierto escritor se propuso ante todo probar que podia escribir un libro de la índole del cervantesco, con tanto gracejo, aticismo é inventiva, del mismo género y con iguales tendencias literarias, huyendo, no obstante, de zaherir ni molestar á nadie con los despropósitos escuderiles ni menos ostentar una copia indigesta y arbitraria de sinónimos, por mas que se sintiera capaz para hacer lo segundo

con primor, pero no lo primero. Estos fueron los propósitos con que hubo de escribirse la obra. En su introduccion trató el ofendido de desquitarse, en parte, de los agravios que recibiera,—y que continúan para nosotros misteriosamente velados—saliendo tambien á la defensa de Lope, de quien Cervantes murmuraba, esperando siempre que este, reconciliado ya con la Iglesia, se apartara del camino de la maledicencia donde le suponia perdido.

No puede el bastardo D. Quijote, como le llama Aribau, representar en la desventura de Cervantes el papel que se ha supuesto. Hijo de la emulacion aguijada por el resentimiento, pretendió cercenar una parte de la gloria de que nuestro ingenio disfrutaba, quedando, por supuesto, burlado este empeño.

Mas ni el afan de la venganza le inspiró, ni únicamente la codicia del lucro es el móvil que le dá vida. Revela el autor grandes pretensiones literarias y se muestra asaz erudito en letras divinas y humanas. La fábula está proseguida con gracia; pero carece del fondo filosófico, de la leccion moral, discreta y provechosa, de los alcances y de la trascendencia, si la frase es permitida, con que el divino Cervantes aseguró la perpétua oportunidad del maravilloso enjendro de su razon y de su fantasía. Es el «Quijote» de Avellaneda una novela entretenida: el «Quijote» de Cervantes, simulacro eterno de la humanidad en

todas las zonas, en todos los tiempos y en todas las gradaciones y esferas de la vida. Distrae el primero haciendo reir, el segundo lleva la melancolía al ánimo y pone lágrimas en los ojos. Si el uno es un majadero, el otro es la voluntad humana luchando impertérrita por la posesion de lo ideal, es la cifra de la mas sublime abnegacion, tropezando á cada paso con los obstáculos del realismo y de las sociales conveniencias.

Un juez mas alto que todos los criterios individuales, el del tiempo, ha fallado esta ruidosa contienda. Pensó Avellaneda que su libro seria un obstáculo á la prosperidad del de Cervantes. ¡Qué engaño! Vivió casi desapercibida la obra anónima; la de Cervantes imprimióse en Madrid en 1615, en 1616 en Valencia y en Bruselas; en 1617 en Barcelona y Lisboa, y unida despues á la primera parte fué reimpresa antes de terminar el siglo XVII hasta ocho veces. No se ha conocido libro que obtenga un éxito semejante, ni se ha visto nunca triunfo literario tan sólido, tan acatado y tan legítimo.

Bien pudo el olvidado autor morir tranquilo y satisfecho cuando de su novela escribia una pluma competente, viviendo él, «que era digna de su »grande ingenio, honra y lustre de nuestra na»cion y admiracion y envidia de las estrañas.»

VII.

ÉXITO DEL «QUIJOTE.»—LOS ÉMULOS.—LA DESVENTURA DE CERVANTES.

Juan de la Cuesta, tipógrafo madrileño, sacó á luz en 1605 la primera parte de las aventuras de D. Quijote, hallándose á la sazon en Valladolid, donde la córte residia, su autor Miguel de Cervantes Saavedra. Recibióse la obra con aplauso, vendiéronse sus ejemplares en pocos dias, y su crédito hubo de dilatarse con tan no conocida rapidez, que en el mismo año y por el propio impresor se dió á la estampa de nuevo, mientras se reimprimia simultáneamente en Valencia, Lisboa, Pamplona y Barcelona. No registraban los anales

bibliográficos un acontecimiento semejante, llegando el caso de que pocos años despues un criterio, mucho menos que entusiasta de Cervantes, dijera sin empacho que en plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas, no se hablaba de otra cosa que no fuera del héroe manchego cuyo fama llenaba el mundo.

Pero si es cierto que el Quijote verdadero se habia granjeado tanto renombre en tan corto plazo; si es evidente que la figura del andante caballero se trocaba de tipo puramente literario en personaje popular de todos conocido; si es, por último, incontestable que dentro y fuera de España se prodigaron singulares alabanzas al ingenio que lo engendró en la oficina de su privilegiado entendimiento, fuerza es reconocer tambien que literatos de reconocida autoridad declaráronse muy luego sus enemigos y detractores. Aun se conservaba inédito, y ya Lope de Vega, en una carta—resúmen de sus juicios—afirmó que no habia poeta tan necio que lo alabara. Salia al público en 1605, segun dijimos al principio y en el mismo año Góngora escribia un soneto, donde vituperando las fiestas reales de Valladolid con ocasion del natalicio del heredero de Felipe III, dejaba ver la malquerencia con que miraba á Cervantes y á su obra. Aun residia nuestro ingenio en la córte, y no habia terminado el dicho año, cuando hubo de recibir por el correo otro soneto, malo, desmayado, sin garbo ni agu-

deza alguna, diciendo mal del Quijote. Villegas, discípulo del menor de los Arjensolas, escribia por su parte lo siguiente:

Irás del Elicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes
Donde no le valdrá ser quijotista.

Atribúyese á Lope de Vega otra composicion que revela claramente la inquina con que miraba á su rival. Parece que no bien se hubo publicado la «Arcadia,» en cuya portada puso el Fénix de los ingenios un escudo de armas con multitud de torres, cuando Góngora hizo circular anónimo este soneto:

Por vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres de tu escudo;
Porque aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres
. . . .
No le dejeis en el Blason almena
Vuelva á su oficio, y el Rocin alado,
En el teatro sáquenle los reznos;
No fabrique mas torres sobre arena;
Si no es que ya segunda vez casado
Nos convierta las torres en torreznos.

Encerraban estos últimos versos una cruelísima alusion. Habia contraido matrimonio Lope de Vega, en segundas nupcias, con Juana Guardio, hija de un vecino de Madrid, tratante en carnes. Zaheríanse, pues, en la anterior poesía no solo sus humos aristocráticos, sino que tambien con la palabra torreznos hacíase referencia al orígen

de su mujer, sacándola por tal manera á la vergüenza.

No conoció Lope por el pronto la pluma que habia trazado aquella sátira; pero la enemistad que de Cervantes le separaba hubo de aconsejarle, y el haber hecho este alguna alusion á sus pretensiones nobiliarias en los versos de Urganda, llevóle á imaginar que él era quien tan mordazmente le perseguia. Hé aquí los versos que escribió en su desagravio:

Yo no sé de la, de lí, ni lé,
Ni sé si eres Cervantes co, ni cu;
Solo digo que es Lope Apolo, y tu
Frison de su carroza y puerco en pu:
Para que no escribieses órden fué
Del cielo, que mancases en Corfu:
Hablaste buey, pero digiste mu:
O mala quijotada que te dé!
Honra á Lope, potrilla, ó guay de tí!
Que es sol, y si se enoja lloverá.
Y ese tú D. Quijote baladí
De c... en c... por el mundo irá
Vendiendo especias y azafran romí,
Y al fin en muladares parará.

Puede esplicar el sexto verso el efecto que un dia causó en Cervantes lo que Avellaneda dijo acerca de su manquedad.

Esta indigna proposicion de Lope, que despechado tiraba á herir á Cervantes donde el golpe hubiera de causarle mas dolor, influyó de seguro para que este echara á mala parte las palabras

del incógnito de Tordesillas, creyendo descubrir la intencion con que le daba en rostro con su manquedad.

Tambien atacaba Suarez de Figueroa en el «Pasajero» á la inmortal epopeya, pareciéndole abultado y hueco el título de Ingenioso hidalgo y lo propio hacian el Padre Félix Hortensio Paravicino, Vicente Espinel y los demás literatos de la trinca de Lope.

Tenemos por indudable que la novela sentó mal á los hombres de letras, que halló no poca repugnancia en ciertas clases de la sociedad y en determinadas notabilidades. Desde luego acogiéronla un tanto foscos y severos los que pasaban y se tenian por doctos. Juan Gallo de Andrada, secretario de cámara del Rey y persona influyente, en las advertencias que puso al catálogo de los autores que se nombran en los «Proverbios morales,» del Maestro Bartolomé Jimenez Paton,—impresos en Baeza en 1615,—defiende la costumbre de colocar semejantes catálogos en los libros, y de camino llama momo y murmurador á Cervantes, ó lo que es lo mismo, maldiciente y mofante.

Un sacerdote cordobés, Valladares de Valdelomar, escribió en 1617 las aventuras del «Caballero Venturoso,» novela religiosa encaminada á desterrar la lectura de las pastoriles, caballerescas y picarescas: dirige contra todas fuertes vituperios sin perdonar al «Quijote,» compuesto, segun su

sentir, de ridículas y disparatadas fugas, «que mayor la deja en los ánimos de los que leen con el perdimiento de tiempo.» (50)

Hasta el mismo Lope, en la dedicatoria de la comedia intitulada «El Desconfiado,» hubo de zaherir á Cervantes defendiendo los libros de Caballerías y diciendo que los que de ellos se reian no llegaron á entenderlos, pues se atuvieron á la esterior superficie cuando en los corazones se hallaban las partes de la filosofía, es á saber: natural, racional y moral. Descansaba Cervantes en el olvido de su sepulcro y Lope, si por un lado parecia alabarle, por el otro continuaba en herir su reputacion. En su comedia «Amar sin saber á quien» se lee este verso:

Don Quijote de la Mancha
(Perdone Dios á Cervantes)
Fué de los extravagantes
Que la coronica ensancha.

Crecia, á pesar de estas críticas y de otras que pasamos por alto, la fama del libro, y las figuras del asendereado hidalgo y de su sandio escudero pasaban al dominio de la muchedumbre. Segun nuestro amigo Asensio, de Sevilla, el señor Gallangos gozó en la biblioteca del Museo Británico un códice, donde, refiriéndose á sucesos de Valladolid ocurridos en 1605, dice su autor Baltasar Diaz: «Estando en este paso, me veo llamar para que fuese á ver la mas notable figura que se podia imaginar. Fué el caso que pasando un Don

Quijote, vestido de verde, mais desmajelado é alto de corpo, vió unas mugeres al pié de un álamo, etc.» Algunos años mas adelante el buen caballero habíase trasformado en un tipo cuyo carácter se alcanzaba al vulgo. Amo y escudero figuran en una mascarada que se celebró en Zaragoza en 1614; en 1618 verifícanse en Utrera unas fiestas con loor de la Concepcion de la Vírgen; tambien hubo máscaras, presentándose Don Quijote y Sancho acompañados de los elementos, planetas y pecado original. Traia Sancho una letrilla que decia:

Por vida de Sancho Panza
Que el original pecado
Hoy ha de quedar colgado
Y hemos de tomar venganza.

Por aquella misma época circuló un papel bajo este título: «Invectiva contra el Conde Duque de Olivares bajo la persona de Don Quijote de la Mancha,» reprendiendo las intenciones del primero con el levantamiento de Portugal. No hemos podido haberlo á pesar de hallarse registrado entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional con la letra H y el número 97. Hemos visto en cambio, entre los varios que aparecieron, muerto Felipe III, con el propósito de satirizar á favoritos y ministros, alguno donde se hace referencia á la produccion del insigne literato. Cobraba fama el libro dentro y fuera de la Península; mas no redundaba esta gloria en beneficio de su autor, cuyas des-

venturas, lejos de disminuir, mirábanse en creciente aumento. ¿Tiene esto esplicacion satisfactoria? A pesar de las rivalidades que hubo de despertar, no podia ponerse en duda el éxito sorprendente de la obra quijotesca: reproducíanse sus ediciones, corrian los ejemplares de mano en mano encadenando la envidia y desmentíase el desdeñoso vituperio de los aristarcos. ¿Qué razon, causas ó accidentes hubieron de atravesarse para que tanto en lo útil como en lo moral, no recogiera Cervantes los frutos que racionalmente pensando debia producirle el feliz parto de su noble inteligencia?

No es reciente la opinion que atribuye al «Quijote» un sentido oculto que hasta ahora nadie ha descubierto. Años hace que la conjetura apareció en el campo de las letras, sosteniéndola algunos con habilidad é ingenio, y en nuestros dias un diligente erudito inglés la ha renovado tras minucioso exámen de gran copia de diplomas españoles, ingleses y venecianos; pero haya ó no una doctrina esotérica en el «Quijote,» lo que su sentido literal declara es que Cervantes, imaginándolo, y escribiéndolo, se propuso poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Caballería, fin que aun en vida vió colmado, segun espresa al final de su segunda parte.

Aun siendo esto así, la novela cervántica, como engendro privilegiado de su talento, no habia

de quedar encerrada en los reducidos límites de una crítica literaria.

Combatiendo Cervantes la mal organizada máquina de las caballerescas leyendas, censuraba implícitamente no solo los usos y costumbres donde aquellas encajaban, sino el gusto y la aficion de los que recibian solaz y contentamiento de su lectura considerando el género honesto, provechoso, meritorio y saludable á la república. Para quilatar el alcance verdadero de la sabrosa sátira, bueno es fijarse en que la literatura caballeresca, antes que engendro arbitrario y fantástico de imaginaciones acaloradas y perdidas en los antojos del mal gusto, era consecuencia legítima de doctrinas, creencias y hábitos en gran respeto tenidos, respondiendo á hechos numerosos de la vida real. Servian los poemas del que llamaríamos ciclo greco-asiático-español, el espíritu propio de aquellos siglos y á los cuadros dibujados por la fantasía correspondian los hechos hazañosos cometidos por personas calificadas y no pocas veces de autoridad y renombre. Ni acontecia con los libros de gesta lo que con las novelas pastoriles; inundaban estas la literatura sin copiar ni influir mayormente en la existencia histórica de las muchedumbres; nadie se decidia á vivir en lo intrincado de las selvas entre sátiros, driadas, pastores, zagalas y geniecillos: ni las Galateas y Amariles, Damones y Belardos existian en otra parte que no fuera en la imaginacion de los poetas; y sus obras

parécenos indudable, tenian eco en las costumbres, fomentando los galanteos é intrigas amorosas, ablandando los caractéres, relajando la severa disciplina de la moral; pero no modelaban sus argumentos en sucesos copiados de la realidad como acontecia con los poemas á que nos referimos. Aun corrian el mundo desfaciendo entuertos y amparando doncellas briosos hidalgos de robusto empuje; aun habia quien no imaginaba mas alta ocupacion que las empresas de la andante caballería. Notábase á la sazon en la Europa culta, como una recrudescencia del espíritu batallador y pendenciero de los siglos medios. (51)

Asociando el Renacimiento ideas diferentes, barajando el recio sentimiento de la personalidad, tan potente en los pueblos del Norte, con las ideas fantásticas y de aventura de la raza semítica, recibidas por medio de la restauracion greco-latina, trasformaba el feudalismo como clase, llevándolo á columbrar un ideal que no correspondia á sus antecedentes, carácter y tendencias. En su cuna, considerado con el criterio de la moderna ciencia antropológica, el feudalismo era la afirmacion rotunda de la humana dignidad, del concepto individualista, en pugna con la idea que daba por base á la sociedad y por sancion á todo derecho la omnipotencia del Estado. Salido de las selvas de la Germania era consecuente con la filiacion etnográfica de los pueblos donde hubo de manifestar-

se. Orígen los arias del mayor número de naciones europeas, habian demostrado en lo antiguo el respeto mas profundo á la autonomía humana, fijándola como fuente de toda filosofía.

Todo es individual en la cultura aria, desde la religion hasta el arte, desde la moral hasta el derecho; el concepto abstracto sociedad, no se conoce; el indivíduo se basta á sí mismo; la autoridad es personal, la dan los años, la esperiencia, la sabiduría, nunca es delegada ni trasmitida; el sacerdocio como clase no existe; cada familia tiene su religion privada; no hay templos; cada casa tiene su altar, y su templo es el hogar doméstico, siendo el padre el sacerdote, la mujer la sacerdotisa, la prole los ministros.

Consérvanse en los pueblos del Norte estas tradiciones con mayor fuerza que en los demás pueblos de Europa. Ni las influencias climatológicas, ni los cruzamientos de unas familias con otras, ni el progreso de la cultura, ni el trascurso mismo de los tiempos, con sus profundas mudanzas, son bastante eficaces á arrancarles los sentimientos y las ideas que heredaron de sus primitivos genitores. Dados estos antecedentes, compréndese cómo el espíritu germánico y el feudalismo, su derivacion, no aspiran á lo universal ni á lo absoluto: estendia el germano su mirada hasta su familia, hasta su tribu, hasta su burgada ó su nacion; pero ahí la detenia, no imaginando un ideal donde cupieran todos los hombres. Así se esplica la histo-

ria entera del feudalismo durante la Edad media, con sus grandes errores, sus caidas y sus injusticias. Desdeña el hombre del Norte el concepto de igualdad, cuyo valor no alcanza; mas siente en toda su energía la necesidad de ser libre, y la libertad de aquella edad de hierro se la facilita el castillo, la espada, la guilda, la confraternidad, el gremio, la ciudadanía ó los fueros privilegiados. Trata el noble de potencia á potencia á sus iguales, con ellos pelea, pacta treguas y establece concordias; asóciase el burgués á sus conciudadanos y obliga al obispo, al abad, al gran elector, al duque ó al príncipe á otorgarle franquicias y confirmarle monopolios: hállase grandemente dividida la soberanía; está en proporcion directa de la propia pujanza; á mayor fortaleza mayores prerogativas; no imperan los legistas; sino los guerreros.

Al crecer el Renacimiento, latinos y germanos sienten su influencia; á la idea autonómica sobrepónese la social, se ensanchan los horizontes y el derecho individualista trócase en derecho humano y cosmopolita. Nacerá un nuevo ideal que, acogido por el andante caballero habrá de trasformarlo en una idea abstracta del bien, de la justicia y del amor. Barájanse con estas nociones los pensamientos mas extraños y desbarros mas patentes, las exajeraciones mas ridículas y perniciosas. Necesario era combatir doctrinas y hechos tan peligrosos, dividiendo lo transitorio y pueril de lo constante y razonable; oportuno rechazar la

institucion caballeresca en cuanto se armaba de la fuerza y tiraba á perderse en el laberinto del ridículo. Comprendió Cervantes que la manía caballeresca estaba infiltrada en la sociedad contemporánea y que en ella, pervertida, no habia de servir mas que al error, al vicio y á las estravagancias. Si el hidalgo aventurero respondia al generoso conato de amparar la virtud y la flaqueza, si se figuraba desfacer con sus leyes todo entuerto y reivindicar todo menoscabado derecho, tambien amaba con frenesí las aventuras temerarias, los combates injustificados, las controversias mas impertinentes, perjudicando en mucho á la paz pública y á las buenas costumbres. Llegaba la impertinencia caballeresca al extremo de obligar á todo transeunte, si se consideraba bien nacido, á dar de cuchilladas al incógnito contra quien pedia favor la tapada dama, y hubo de repetirse el caso, como afirma una escritora competente, de que el marido midiera su acero con un advenedizo, mientras facilitaba que la adúltera cónyuje concurriese á la amorosa cita donde le esperaba su galan. Dió la caballería tal giro á los sentimientos amorosos que, convirtiéndolos en ocasion de vergonzosas liviandades, inficionaron con su corrupcion lo mas puro del hogar doméstico y de la familia. Trasunto de este estado lastimoso son las comedias llamadas de capa y espada, donde los tipos dominantes consisten en la doncella incauta y seducida, y el libertino audaz á quien sirven

dueñas sin decoro y buscones miserables. Cuando la pieza no narra la desventura del engañado esposo, pinta al hermano asesinado por el amante de la hermana; cuando no describe la desesperacion del padre que vió manchadas sus venerables canas con un rapto, saca á relucir todas las malas artes de que se valen mujeres sin pudor, sin corazon y sin vergüenza.

Debia la caballeresca mania cambiar de rumbo para contribuir al progreso humano; abandonar el espadin y la lanza para empuñar la pluma y hacer uso de la palabra. Sería en lo sucesivo su palenque, no la cerrada y sangrienta liza, sino el libro, el periódico, la cátedra y la tribuna. Descubierta la imprenta y estendido su imperio por Europa, las relaciones de los hombres entre sí y de los pueblos unos con otros, sufrian una crísis precursora de su inevitable trasformacion. Iniciada esta al escribir Cervantes su libro, produciria sus primeras consecuencias con el drama titánico de 1793. Adelantóse Cervantes á sus contemporáneos, resumió en sí, dándole cuerpo y unidad, los gérmenes similares que en la atmósfera moral de su tiempo se despertaban lentamente desde los comienzos del siglo xv y contribuyó de una manera indirecta, aunque cierta, á la revolucion social que contemplaron nuestros padres.

Cervantes humanizaba la caballería andantesca como humanizaba la literatura, concurriendo á fundar los verdaderos cimientos del romanticismo

y de la crítica filosófica; al arte por el arte, universalmente acatado, oponia el arte por la enseñanza y la ejemplaridad. Todas sus producciones lo demuestran. Llamó á las novelas ejemplares, declarando así su intento reformista; dijo que habia sido el primero en representar las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes; su Licenciado Vidriera es una síntesis; el coloquio de los perros, una intencionada inventiva; Rinconete y Cortadillo, admirable boceto dirigido á vituperar finamente las llagas sociales. Toda la novela socialista contemporánea, «Martin el Espósito,» «Misterios de París,» «Los Miserables,» etcétera, está como en gérmen en las novelas picarescas de Cervantes.

Combatia nuestro autor el fondo de la literatura en auje y atacaba tambien la forma; correspondia lo primero al dominio de la filosofía, lo segundo al del arte. Fondo y forma son cosas estrechas é íntimamente relacionadas, modos que se compenetran y que no pueden caminar divididos sin ruina del conjunto. Vituperaba Cervantes el espíritu que regia los libros de gesta, y criticaba el método y el estilo de esos mismos libros, sus arreos y aderezo, su ridiculez y flaquezas; y si en cuanto á lo uno se muestra profundo conocedor de la naturaleza humana, vislumbrando sus eternas leyes, tocante á lo otro justifica un gusto exquisito, una sensibilidad privilegiada, un talento de nobilísima

naturaleza. Fué su crítica universal; alcanzaba á todos y á todo, lo mismo al grande y al poderoso que al humilde y necesitado; tanto á la institucion en prepotencia, como al sándio proceder de la gente rústica y egoista. Caen bajo la jurisdiccion de su férula todas las esferas humanas, todas las relaciones que unen á los hombres. Ocúpase aquí de las que median entre súbditos y gobernantes; allí de los del padre con el hijo; en otra parte de las que acercan al amo y al criado, ó de las que mantienen el concierto entre los ciudadanos.

Fija la posicion de cada uno con admirable acierto; jamás lucha contra el sentido comun; su profundidad llega hasta donde alcanza su génio que es inmenso, y tiene la difícil facilidad de lo sencillo y lo sublime. Dijo las cosas mas grandes, sin apercibirse de su magnitud, expresándose con una lisura, un desenfado, una espontaneidad que encantan, admiran y suspenden. Séanos lícito citar en nuestro apoyo un solo ejemplo elejido al acaso: sus palabras escritas dirán mas que nuestros comentarios. Habla D. Quijote y Cervantes pone en su boca estos pensamientos: «La libertad es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres,» y como corolario añade muy

luego: «... las obligaciones de las recompensas, de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campo al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!»

Ahora bien: ¿cuándo sacaba á luz Cervantes su obra; en qué ocasion hacía alarde de tanta cultura, independencia de alma y enérgica voluntad? En el momento histórico en que la altivez de España caminaba con pasos de gigante hácia su total ruina; cuando una turba de gentes sin conciencia ni freno se enseñoreaba de las regiones del gobierno, arrastrando por el lodo de la abyeccion mas vergonzoza el santo nombre de la pátria; en ocasion de que la literatura solia servir los mas reprobados fines, mientras se levantaban el mal gusto, la hinchazon y el artificio, tirando los escritores no á elevar la condicion de los públicos, sino á lucrar halagando los errores y preocupaciones del vulgo. Dominaba arriba la arbitrariedad, la sordidez, la concupiscencia; abajo el fanatismo y la ignorancia. Habian llegado las concusiones á su límite posible; reinaban por el rey osados favoritos que tiranizaban á los pueblos, esquilmándolos torpe y autocráticamente.

Dándose la mano la hipocresía y la superstición, regian á su antojo una grey que creia en brujas, embaidores y sortilegios, asistiendo con gusto á las quemas de herejes y poseidos y toleran-

do, sin atreverse á ponerles término, las liviandades de la Madre Agueda y de las monjas de San Plácido.

¿No será lícito, recordados estos antecedentes, suponer que la publicacion del «Quijote» debió malquistar á su autor con determinadas personas y clases enteras de la sociedad?

Parece evidente. Desde luego la falange literaria que se veia puesta en ridículo alzó la voz clamando contra el inesperado castigo que con mano suave, aunque con grandísima energía é independencia, se aplicaba á sus faltas y desbarros. Escritores ascéticos, novelistas, dramaturgos, poetastros, toda la turba multa que acometia el Parnaso, revolviéndose contra Cervantes, censúralo acerbamente, viéndose cual mas, cual menos, comprendido en las censuras de la sabrosa sátira. Si la obra en su total organismo era una protesta elocuente contra el mal gusto dominante, las reticencias del prólogo, las indirectas del escrutinio de la quijotesca biblioteca, los otros reparos esparcidos por la obra, encerraban juicios concretos que mortificaban y herian á los innumerables detractores del buen gusto y de las letras.

Tambien debió en la esfera de los doctos levantarse recia tempestad, debió llamarse á Cervantes crítico indigesto, pedantesco dómine, estremado analista, amigo de novedades, mofador y descontentadizo. Ya vimos que Gallo de Andrada le calificó de momo, y Fernandez de Avellaneda

hubo de anatematizar su envidia, su ruindad y su cólera. Un autor titulado censura sus comedias y dice que nada puede esperarse de sus versos; cree Lope de Vega que la Providencia ordenó mancase en Corfú para que no escribiese desatinos, añadiendo que su «Quijote» iria á parar á los estercoleros: Villegas le detesta; Paravicino, Suarez de Figueroa, Valdelomar, Espinel, con otros, murmuran de él, le odian ó le desdeñan. Para algunos, Cervantes hubo de presentarse como un escritor apasionado, indigno del aprecio de los hombres formales y de las personas timoratas. No se dirigia su libro á halagar sentimientos vulgares, ni pasiones en predominio; no podia decirse de él lo que solia escribirse del fácil y acomodaticio Lope de Vega, de quien un manuscrito de la época afirma que «sus escritos le hicieron estimado de todos, hasta de la Santidad del señor Urbano VIII, que mereció le escribiese y honrase con el hábito de San Juan y título de Doctor en sagrada teología.» (52)

Cervantes era la antítesis de Lope. Pontífice este de la triunfante Iglesia, juzga y condena á su émulo sin ulterior recurso. Quiere Lope disimular su inquina; pero esta se revela en todos los actos de su vida que tienen por blanco á Cervantes. Distínguele aparentemente en alguna ocasion; empero en el fondo de su alma le aborrece: no perdona los justos reproches del Quijote; obligado se ha visto á confesar su exactitud en el «Arte nue-

vo de hacer comedias,» mas esta injuria es de aquellas que afectando á lo mas delicado del amor propio vivirá tanto como su corazon aliente. Arrastrando una vida licenciosa, indigna de sus talentos y de su sagrado carácter, cubriendo sus liviandades y flaquezas con el socorrido manto de la religion y de la mas falsa hipocresía, adulando al poder, rindiendo párias al vicio, cuando se disfraza con falsos oropeles y habita encumbradas regiones; Lope de Vega, cortesano de los cortesanos, corruptor de las costumbres, ministro de la ignorancia, amigo interesado del estólido vulgo, inficiona la literatura dramática, cuando pudo sublimarla á no conocidas alturas. Durante luengos años conservó el cetro de la monarquía cómica: su censor murió pobre y desvalido, cuando su rival tocaba á los cuernos de la luna: siguió este avasallando la escena, adulando á las muchedumbres, viviendo asociado á la turba pecadora que poblaba los corrales, mas llegaria el dia de la justicia, y un tribunal superior, el Consejo de Castilla, declararia que debia prohibirse la representacion de las comedias de Lope, «que tanto daño habian causado á las costumbres.» Y tenia razon el severo senado: los amoríos, pendencias, raptos, violaciones, galanteos y asesinatos, eran tan frecuentes en aquella sociedad que constituian buena parte de las cuotidianas efemérides. De un lado un lujo escesivo de mentida piedad; del otro el cinismo mas vergonzoso en lo que mira á

los deberes impuestos por la honra y el decoro. ¡Hasta se alardeaba por los hombres casados de mantener relaciones amorosas con una ó mas concubinas; hasta se llegó á conceptuar por las damas de mas alto copete, como insulto, el comedimiento y la decencia de parte de los hombres que las visitaban!

Dijo el Padre Hurtado de Mendoza que Lope habia causado con sus comedias muchos pecados; defendióle Perez de Montalvan recordando que perteneció á la Congregacion del Olivar, que era trinitario, que acudió al servicio de los hospitales, que iba los sábados á Atocha, teniendo oratorio en su propia casa, y trasladándose al cabo á Toledo, de donde regresó sacerdote. Calló Montalvan que su defendido trajo una vida mucho menos que ejemplar; una vida impropia de quien pretende ajustar su conducta á los preceptos religiosos, y que, aun con el carácter sagrado, continuó en sus estravíos, barajando sacrílegamente lo humano y lo divino. (53)

Vivia Cervantes no lejos de Lope, ofreciendo el contraste mas desfavorable para el último. Poco ó nada ha cambiado el corazon humano desde entonces, y si juzgamos por lo que ocurre hoy en casos análogos, podemos deducir que Cervantes debió hallar en Lope y en su bando un fuerte obstáculo al logro de sus deseos; y si sus desventuras no fueron mayores, si llegó á recibir proteccion del conde de Lemos y del arzobispo de Tole-

do, debióse, en nuestro juicio, al proceder honrado, á la vida ejemplar, á la morigeracion de costumbres, á la cristiana resignacion con que realzó los méritos que habian de inmortalizar en lo futuro su preclaro nombre. Desengañado y sin esperanza de que su suerte mejore, fíjase en Madrid entre 1608 y 1609; entrégase al trabajo con juvenil ardor, dá á luz primero una nueva edicion de la primera parte del «Quijote,» ingresa luego en la Congregacion del Olivar, donde entre otros figuran Carducho, Esquilache, el duque de Lerma y el mismo Felipe III, y en octubre del último año citado, pierde á su hermana Andrea, viuda del general Alvarez Mendaño, con la cual habitaba.

Nombrado su protector el conde de Lemos en 1610 virey de Nápoles, piensa Cervantes equivocadamente que le llevaria en su séquito; con él van los Argensolas, quienes á pesar de haber recibido el encargo de buscar personas á propósito que acompañen al virey, no incluyen á Cervantes en el número de los elejidos, aun despues de haberle ofrecido lo contrario. Presentó en 1612 sus «Novelas» á la censura, publicándose en 1613; siguiéndolas el «Viaje al Parnaso» y la «Adjunta,» dos quejidos desgarradores que se escapaban del contristado pecho. Llevan las comedias la data de 1615, y por último sale á luz la segunda parte del «Quijote,» escribiendo pocos dias antes de su muerte la dedicatoria del «Persilés» que quedó inédita.

Debió ser por extremo aflictiva la situacion de Cervantes en sus postrimerías. Indicios de ello tenemos sobrados. Viviendo doña Andrea ayudaba á satisfacer sus necesidades con el producto de su labor, como antes le ayudara con su dote á salir del cautiverio.

Habitaron durante este período una modestísima casa situada en la calle de la Magdalena, en las cocheras de la casa del duque de Pastrana; trasládase, muerta doña Andrea, á la plaza de Matute, espaldas del Loreto; vuelve otra vez á la calle de la Magdalena; habita corto tiempo en la del Leon, pasa desde aquí á la del duque de Alba, le deshaucia el escribano Zamacola, pues por lo visto el inquilino no abonaba la renta; en 1614 le hallamos en la de las Huertas, desde donde pasa á refugiarse con su esposa y morir en el rincon que benévolo y caritativo le ofrece en la calle de Francos el ejemplar sacerdote Martinez Marsilla.

Tan frecuentes mudanzas indican, en nuestro concepto, la falta de haberes. Martinez Torres escribió: «Halléme obligado á decir que Cervantes era viejo, soldado, hidalgo y pobre:» y refiriéndose á los caballeros franceses con quienes conversaba, añade: «á que uno me respondió estas formales palabras. Pues á tal hombre ¿no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público? Otro dijo, si necesidad le ha obligado á escribir, plegue á Dios nunca tenga abundancia,

para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Fijémonos no en lo literal de este diálogo, sino en lo que presupone. Halléme obligado, dice Martinez Torres, indicando que sentia empacho al comunicar á unos extranjeros el estado aflictivo del valeroso español. ¡Obligábale la necesidad á escribir! Esto es, trabajaba á destajo para recabar el cuotidiano sustento! Nadie le socorria, nadie hacia justicia, recompensándole, á los servicios prestados como soldado, á sus escritos como literato. Sospéchase, no sin fundamento, que los socorros procedentes del bolsillo del arzobispo toledano debieron ser tan exigüos que no merezcan recordarse, y en cuanto al protectorado del de Lemos, antójasenos que Cervantes hubo de manifestar su agradecimiento antes que con sincera espresion con fina y delicada ironía. Quéjase en el «Viaje al Parnaso» del olvido en que le tienen los Arjensolas, y aludiendo visiblemente á estos y á Lemos, escribe:

Que no sé quien me dice y quien me exhorta
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en tan hondo desatino
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Llévеme Dios si entro en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron:

Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

Confiesa aquí paladinamente su pobreza y el olvido en que le tienen; y mas adelante estrema la pintura de su estrechez. Viéndole Mercurio tan desarrapado y menesteroso, esclama:

¡Oh Adam de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es este amigo
Que así muestras discursos ignorantes?
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
Señor, voy al Parnaso, y, como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.

Aun insiste en el propio tema en otro pasaje. Comparece ante Apolo, espone sus méritos, quéjase de su suerte y el Dios le contesta:

..... si quieres salir de tu querella
Alegre, y no confuso, y consolado
Dobla tu capa y siéntate sobre ella;
Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido que alcanzado.

Y Cervantes añade:

Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.
El dijo: Aunque sea así gusto el verte:
La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.

VIII.

ALIAGA Y CERVANTES.—RESÚMEN.

Conjeturan doctos escritores que á parte de las críticas que sin violencia se descubren en el «Quijote» contra personas y cosas, comprende tambien la obra una fina sátira del libro y de la sociedad contemporánea: llegan otros á señalar el blanco á donde se dirijen los tiros, y con tal motivo establecen ingeniosas hipótesis, cálculos mas ó menos razonables y hasta proposiciones exentas de toda verosimilitud. Apuntamos antes algo pertinente á esta materia, y aunque no entra en nuestro plan discutirla por ahora, cúmplenos ase-

verar que si Cervantes no se propuso, de camino que arruinaba la literatura caballeresca, poner en ridículo á determinadas eminencias é instituciones, por lo menos, tuvo presentes sus desbarros al componer la fingida historia. Llévanos esta creencia á pensar que no fueron únicamente literatos y poetas los que á Cervantes desdeñaron ó persiguieron, sino personas de alta gerarquía en el órden social y político.

Ocúrrese muy luego el nombre de Aliaga. Desde 1609 grangeóse el confesor aragonés el valimiento de altos personajes de la córte. Arbitro, una vez derrocado su patrono el de Lerma, de los destinos de España, nadie habia que con él pudiera equipararse en influencia. Reinaba el monarca, pero no gobernaba. Aliaga, su lugarteniente, absorbia el conocimiento y la resolucion de toda suerte de negocios, y mientras el Rey pasaba tres tercios del año ausente de Madrid, ya en el Pardo y el Escorial, ora en Lerma, la Ventosilla, Búrgos ó Aranjuez, el modesto domínico regia á su talante el vasto territorio de los dominios españoles. Cuando Felipe III no cazaba conejos, ocupábase en correr venados; cuando le cansaba la montería, asistia á la brama de toros; cuando no tiraba palomas torcaces, visitaba á la monja milagrera de Carrion que se arrobaba tres veces bajo el placer que le producia que S. M. la visitara en su celda..... (54)

Mientras reinó en las palaciegas estancias Ler-

ma, nuestro manco vió desatendidas sus quejas, no embargante el inútil protectorado del de Lemos. Encumbrado Aliaga al poder, siguió como estaba, pobre y reducido á la mayor miseria. Ni era posible que el infatuado valido mirara á Cervantes con buenos ojos. Ignoramos que tuviera amistad estrecha con Lope de Vega, pero convertido este en el poeta obligado de las jornadas reales, natural era que Aliaga participara de la admiracion que el vate producia en la generalidad de los cortesanos. Pasaban por mano de Aliaga cuantas mercedes se otorgaban en nombre de la corona; pedíanlas los grandes interesándose por los menesterosos, y Aliaga aconsejaba á la régia conciencia la oportunidad de la gracia, ó se oponia resueltamente á que se concediera. No consta que Lemos implorara la proteccion del monarca en favor de Cervantes; no se sabe que apoyara sus justas solicitudes, y si otra cosa sucedió no hubo de salir airoso en su empresa. Quizá Aliaga no halló conveniente satisfacerlas; tal vez miró con saña y malquerencia al desdichado poeta; si bien no hay fundamento bastante para presentarle manchado con tan fea injusticia.

Conocida la perversidad de Aliaga, la torpeza de su conducta, la sordidez de su vida, no será mucho suponer que la lectura de las sátiras quijotescas, en cuanto á la moral se referian, habian de irritarle, cogiéndole de medio á medio. No era Cervantes adulador, amigo de hacer antesalas, ni

menos servil abogado de malas causas. Lejos de toda supersticion y fanatismo, rendia culto sincero á la callada virtud y á la modestia, y sin hacer gala de impiedad tampoco mostrábase en sus escritos mojigato ni gazmoño. Resplandece en todos ellos la moral mas pura, aunque huye de la amalgama indigna de religion y sensualismo que suelen encerrar casi todas las producciones literarias de su tiempo. Sin ser un «espíritu fuerte» aparece bastantemente despreocupado, ponderadas las circunstancias que le rodearon y la índole de los tiempos en que escribia.

Nótase en el «Quijote» cierta severidad, cierta predisposicion contraria á la gente de sotana, y esto á pesar de que uno de los personages con mayor esmero retratado es el del cura. Harto significativa es para nosotros esta eleccion, porque el cura personifica el verdadero sacerdote; liberal, ilustrado y justo que con fina sátira truena contra las preocupaciones, vicios ó ignorancia de los hombres de su clase. Aliaga era el reverso de la medalla. Habia puesto Lerma la monarquía al borde del abismo, empujábala Aliaga á los dominios de la barbárie. Fué el prepotente domínico uno de los que con mas ardor contribuyeron á estremar en España el predominio de la ignorancia y del fanatismo. Fúcares y frailes gobernaban á su arbitrio, esquilmándola los unos con las operaciones fiscales, hundiéndola los otros en las nieblas de la intolerancia y del error. Aliaga, vicioso, in–

moral, concusionario, déspota, petulante, se hubiera ruborizado á tener decoro, leyendo las páginas del «Quijote,» donde se enaltecia la virtud, la honradez, la vida sencilla y digna, rechazándose todo artificio y toda farsa. Burlóse Cervantes de la astrología, censuró las patrañas del médico Torralva, como se mofaba de cuanto mantenia las preocupaciones del pueblo. Fué Aliaga supersticioso por estremo y aficionado á prodigios, horóscopos y acertijos, llevando á su domicilio embaidores insolentes que con sus sortilegios causaban graves daños en las familias. Astro de aquel cielo, compartia con los otros la responsabilidad tremenda de la vergonzosa comedia. Todo era adulacion y servilismo. Adulaba Lope al de Sesa, prestándose á servirle en los mas indignos oficios; á los farsantes y comediantas, contribuyendo á desmoralizarlos; al vulgo dejando de censurar su gusto estragado, no ofreciéndole altas enseñanzas que le apartaran del camino del vicio. Adulaba Jáuregui al Rey cuya ineptitud é imbecilidad pedian por lo menos el silencio, diciéndole:

Pues tú, que agora juntas, Marte ibero,
Al mundo antiguo su segunda parte.....

Adulaba tambien con el soneto que escribió al túmulo levantado en Sevilla con ocasion de las exequias de la reina Margarita; mientras Cervantes no tuvo una palabra para Felipe III, y cuando murió mofóse del catafalco que en el mismo Sevilla se le erigiera.

Adulaban los Arjensolas al archiduque Alberto, y al mismo Felipe III, y á favor de tales manejos, conseguian ver colmadas sus esperanzas. Enemigo Cervantes de todo lo que no fuera verdadero, seguia distinto rumbo, pudiendo aplicársele los versos que escribia Bartolomé Cairaso de Figueroa:

> Pobreza es mayorazgo de los buenos
> Muerte de melancólica tristeza,
> Posada de la paz y su sosiego.
> Así es de mas valor y mas estima,
> . . . .
> Un pobre virtuoso y abatido
> Que un rico sublimado si es vicioso.

Cervantes no estaba de acuerdo con su tiempo. Con indiferencia estóica escuchaba el atropellado rumor de los saraos que se sucedian en las aristocráticas mansiones del Prado, y sin darse á partido veia pasar ante sí á los personajes mas ilustres de la córte, revueltos en los trances de los torneos y en las peripecias de las dispendiosas cabalgatas. Escándalos palaciegos, amoríos criminales, dilapidaciones que arruinaban, duelos que ningun motivo honesto sancionó, todo el cúmulo de entuertos que tegia la urdimbre de las crónicas contemporáneas, hallaba su reprobacion mas ó menos esplícita en el «Quijote.» Azotábase en sus páginas el orgullo de los grandes, cuando se ensalzaba á los pequeños; hacíase mofa de la riqueza, cuando no la sancionaba la virtud; dábase en

rostro á los soberbios con la dicha de los humildes; poníase en ridículo el mal comprendido honor, fijando el concepto del que ningun hombre debia mirar indiferente, y el desgobierno y la intolerancia eran fuertemente combatidos.

Y cuando hay beneficios, pensiones y dádivas hasta para los menos dignos, cuando se despilfarran gruesas sumas en ridículas empresas, Cervantes no encuentra puerta alguna para salir de su miseria. Olvídanse sus servicios, menospréciase sus méritos, y él que llevará el nombre español á todos los confines en alas de su génio, gime desvalido, mientras se dilapidan las rentas, se acumulan los oficios y se encumbra la ruindad y el crímen. ¿Influyó Aliaga en tanta desventura? Podrá sospecharse, pero no afirmarlo ni aun hipotéticamente. Cierto es que entre la familia domínica y Cervantes mediaban antiguos agravios; mas no seremos nosotros los que, sin tener conciencia de ello, presentemos al afortunado aragonés como rudo perseguidor de nuestro literato. Que Aliaga fué cómplice con los demás poderosos de su tiempo de tanto infortunio; que le toca su no pequeña parte de responsabilidad en esta desgracia, cosa es que no necesita razonarse con nuevos argumentos. Juzguémosle no por lo que hizo, que nos es desconocido, sino por lo que dejó de practicar.

Representaba Aliaga el poder, lo pasado, y la descomposicion creciente de la sociedad española.

Personificaba Cervantes la protesta del buen sentido y lo porvenir. Este era todo abnegacion y patriotismo, buen gusto y cultura; aquel egoismo estólido, aspereza irritante, ignorancia y vulgaridad. ¡Ni con un solo relieve de su bien abastecida mesa quiso satisfacer el hambre de Cervantes; ni con una sola muestra de generosidad alegró, por acaso, sus melancolías! No fueron los grandes y los encumbrados amigos verdaderos del manco! Reclutaba los suyos entre los hombres realmente bondadosos. Martinez Marina, dignísimo sacerdote, le abre sus brazos cuando ya la despedazada y raida ropilla debe cubrir imperfectamente el demacrado cuerpo; comparte con él, permítasenos afirmarlo, su frugal alimento y fortalece su resignacion con advertencias discretas. Tiene valor el maestro Valdivieso para llamarle, ante la faz de los cortesanos, honra y lustre de la nacion, admiracion y envidia de los extraños; elógiale el licenciado Marquez Torres sin hallar límite á sus encomios, y las humildes Trinitarias concédenle un pedazo de tierra donde descansaran sus preciosos restos! ¿Qué hacen en tanto los grandes, los autores de título, los poetas palaciegos, los cortesanos en preponderancia? Si esceptuamos á Lemos y al arzobispo D. Bernardino de Sandoval y Rojas, que compraron demasiado barata la alta honra de aparecer cual Mecenas del mas alto ingenio que contemplaron los siglos, la turba entera de dichosos olvidóse del necesitado

dejándole morir de necesidad! Mas vale así. Cervantes habia dicho: «¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!» Comió Cervantes su pan con el sudor de su frente, nada tuvo que agradecer á los que disponian de los tesoros públicos y de los puestos oficiales, nada, hablando sin empacho, á la magnificencia de sus contemporáneos. Hiciéronle justicia las muchedumbres, admiróle el mundo, y la posteridad le adora. Repítese su nombre con respetuoso entusiasmo en todos los extremos del globo que ilumina la antorcha de la civilizacion, y no hay quien no simpatice, de conocerla, con esa pobreza que es el mas honroso timbre de una vida austera y siempre bien encaminada.

Y para que todo sea grande relativamente á su persona, hasta es grande é impenetrable el misterio que cubre el orígen de sus desventuras y el secreto que oculta el nombre de su émulo tordesillesco. No consiguió romperlo nuestra diligencia; pero colmó nuestro anhelo ver por tierra y sin crédito la doctrina que, condenando injustamente á Aliaga, presentábale como enemigo convicto y confeso de Cervantes y padre encubierto del libro tarraconense.

EL

BARRIO DE LAS MUSAS

ó

DE CERVANTES.

I.

EL BARRIO DE LAS MUSAS Ó DE CERVANTES.

Durante los revueltos tiempos de la Edad media, cuando limitaban el perímetro de la que al cabo habia de ser asiento y normal residencia de los reyes de España, los cubos y contrafuertes de las puertas del Sol y de Guadalajara extendíase desde el último de estos ingresos, con direccion á la iglesia de Atocha y cruzando ramblas, breñas y aguas cenagosas, un descuidado y tortuoso sendero que, encerrado en doble hilera de añosos y copudos álamos, guiaba desde la Villa á los fieles que en determinas épocas del año concurrian, ora

á rezar en el venerado santuario, ya á solazarse en los huertos y ventorrillos esparcidos por sus contornos. Solia detenerse el romero en las ermitas que el fervor religioso construyera á lo largo del camino, apartándose diligente de algun que otro tugurio, albergue propio de gente picaresca y maleante, que el lucro y la necesidad detenian entre aquellos matorrales y vericuetos.

Acrecentábase en el entretanto el vecindario de Madrid, gracias á la predileccion con que los monarcas de Castilla solian mirar á la antigua ciudad de los carpetanos, y al comediar la décima sexta centuria, habiéndose trasladado á su alcázar el tétrico y autocrático Felipe II, fueron comprendidos en el casco de la villa los barrios ó arrabales de San Martin, San Ginés y Santa Cruz. Rompióse entonces el muro que desde la mencionada puerta del Sol, y tocando en la que ahora llamamos plaza de Matute, enlazaba el nuevo recinto con los torreones de la puerta de Moros, abierta en el primitivo, quedando así practicable el portillo de Vallecas, cerca del cual, Anton Martin, benefactor ilustre de aquellas edades, habia erigido su célebre enfermería.

Aun no ha concluido el siglo XVI, cuando ya el caserío muéstrase creciendo de un modo considerable entre el mencionado portillo y la nombrada basílica. Circunscrita la calle de Atocha al trayecto que media desde la Plaza Mayor al hospital de Anton Martin, salva los almenados muros, y

ostentando edificios consagrados al culto y á la beneficencia, dilátase hasta las márgenes del arroyo que llena el cáuce de un áspero barranco. Desaparecen los viñedos que con sus verdes pámpanos cubrian alturas y sinuosidades, descuaja el alarife la cepa del arraigado olivar, y ejecutándose desmontes y terraplenes, surgen de aquel descampado mansiones aristocráticas y tranquilos cenobios, humildes casas y privilegiadas iglesias, asilos y hospederías, jardines y teatros que siembran en todas direcciones la vida, la animacion y el movimiento.

Si tomando por base la plazuela del Angel y las calles de San Sebastian y del Príncipe, concentramos nuestra atencion en el caserío que avanza hácia el Retiro, teniendo como límites las calles del Prado y de Atocha, encontraremos una burgada que encierra preciosos recuerdos para el erudito, el artista y el literato. Combinándose las naturales consecuencias de la organizacion social, entonces en auge, con los escesivos privilegios de que gozaran monjas y cenobitas, no se permitia á la gente llana elevar sus casas de modo que desde sus ventanas pudieran inquirir lo que en los sagrados recintos ocurria. Otros, que no se hallaban en este caso, mediante la distancia que separaba sus moradas de los conventos, renunciaban á construirlas de mas de un piso, proponiéndose con tal recurso librarse de la incómoda gabela registrada en los anales financieros de la

época con el nombre de regalía del aposento. Y si á esto se agrega que la administracion municipal se miraba reducida á cobrar sisas y sacar impuestos; si se tiene presente que la policía urbana era desconocida, que no habia ni alumbrado, ni limpieza pública, ni higiene popular, ni nada de lo que al presente constituye la economía íntima de las poblaciones bien regidas; no se extrañará que el barrio llamado de las Huertas, con sus vías y costanillas adyacentes, presentara un aspecto, sobre ingrato, miserable y repugnante.

Largas y monótonas cercas, abarcando espaciosos jardines de cuya hermosura disfrutaban solo sus afortunados poseedores; casas á la malicia y á la flamenca con sus pesados y redundantes aleros, algun que otro retablo alumbrado durante la noche por la tibia luz de empañado farolillo; iglesias, hospitales y monasterios sin atractivo arquitectónico en sus estrambóticas ó vulgarísimas fachadas; inmundos estercoleros; encharcados parajes y tascas donde en nefando consorcio Baco y Vénus recibian fácil y vergonzoso culto; hé aquí en resúmen, la peculiar fisonomía del cuartel que, andando el tiempo, denominaríase, y con razon, recinto privilegiado de las musas. Simulacro abreviado de la sociedad en sus tipos predominantes, habitábanlo desde el humilde buhonero y el hampon escapado de galeras, hasta el opulento magnate cuya existencia consumian galanteos y francachelas; desde el golilla y el algua-

cil de casa y córte, hasta el pretencioso é hinchado doctor rivalidado en Alcalá ó en Salamanca; desde la casta vírgen que ocultaba en el cláustro su juventud y su hermosura, hasta la zurcidora de voluntades y la moza de picos pardos; desde el lego que consagró su vida á la caridad, y el padre redentorista, y el cuadrillero del Santo Oficio; y el soldado mercenario, y el noble y esclarecido poeta; hasta el sábio insigne y desdichado, el indómito aventurero, el autor de entremeses y la reputada y aplaudida comedianta.

No lejos de la mancebía donde á compas con las risotadas de la sándia meretriz se escuchaba la vihuela del coplero, entonaban sus místicos cánticos las simpáticas Trinitarias, y á los gritos que el dolor arrancaba á los enfermos del Hospital general, respondia la insultante algazara de las zambras, justas y festines con que egregios optimates obsequiaban, livianos y descreidos, á sus damas y señores. Estudiado el barrio de las Huertas en determinado momento de su historia, hubiérase dicho que cifraba las múltiples gradaciones de la voltaria fortuna. Alzábase en uno de sus estremos el asilo de los Desamparados; extendíase en otro, ocupando inmensa superficie, la huerta y el palacio del duque de Lerma; y para que el contraste fuera mas patente y la comparacion mas exacta, próximo al afortunado Lope de Vega, con su cohorte de aduladores y su corona de encumbrados Mecenas, gemia pobre, mísero, enfermo y

sin ventura, el coloso de la literatura moderna, el divino creador del «Quijote,» el nunca bien ponderado soldado de Lepanto.

II.

Arrancando de los comienzos del siglo XVII, las caprichosas decisiones del destino traen á morar en el barrio de las Huertas, ó en las vías á él mas inmediatas, ya á los discípulos de Apeles y Timantes, ora á los adeptos de Melpómene y Talía. Abrense en las calles del Lobo y del Príncipe los primeros corrales ó teatros, y en ellos representan comedias y farsas las celebridades del histrionismo mas en boga, á la sazon, en España. Tienen sus alojamientos las gentes de la carátula en las calles que el cuartel comprende, y dentro de sus límites háÌlase tambien el nombrado Mentidero de los representantes.

De regreso Miguel de Cervantes por los años de 1608 á 1609, de su expedicion á Andalucía, se le encuentra habitando con su hermana doña Andrea, viuda del general Alvaro de Mendaño, en la casa número 21 de la calle de la Magdalena. Trasládase en el mismo año á la plaza de Matute, ocu-

pando una de las viviendas situadas á espaldas de Loreto, quizá donde hoy se hallan las oficinas de «La Ilustracion de Madrid.» En octubre siguiente podemos verle de nuevo en la calle de la Magdalena, número 25; pero definitivamente se domicilió en el barrio de las Huertas, hácia el que se mostraba inclinado por extremo. Diríase que algo querido, precioso y singular para su cariño, guardaba este extremo de la villa; parecia como que una fuerza superior á su voluntad le obligaba á no apartarse gran trecho de sus inmediaciones. Si las señales y las presunciones mas vehementes no nos engañan, tan estraño encariñamiento está plenamente justificado. Debió tener el Adam de los poetas, en las celdas de las monjas Trinitarias, la prenda querida de su corazon, á su hija Isabel. ¡Tambien dentro de los muros del silencioso retiro donde esta se consagrara á la oracion y á la penitencia, se cabaria la modesta é ignorada sepultura del grande hombre!

En junio de 1610 vivian Cervantes y su esposa en una casa de la calle del Leon, frente á Castillo, panadero de la córte. Cuatro años despues, en 1614, concluia su «Viaje al Parnaso» en la calle de las Huertas, frontero á las casas donde solia vivir el príncipe de Marruecos, y dos mas tarde,

> Puesto ya el pié en el estribo,
> Con las ansias de la muerte,

hallámosle en la morada del clérigo D. Francisco Martinez, calle de Francos, esquina á la del Leon,

donde habia de exhalar el último aliento. En aquel refugio que bizarramente le deparó la fraternal amistad y los lazos que como miembro de la Orden Tercera le unian con el dignísimo sacerdote, trinitario como él, vió Cervantes extinguirse para él la luz del dia, en reducida estrechez confinado, puesto á prueba de enojos y desabrimientos, sin otros consuelos que los de la caridad bien entendida y el amor de su ejemplar y cariñosa cónyuge.

Las livianas mujeres que habitaban los contornos, los soldados que en reprobados coloquios incitábanlas al pecado, los galanes que, atraidos por el cebo de las comediantas, frecuentaban el suburbio, obligando á los magistrados á medidas extremas atentos á impedir los escándalos y desmanes que solian cometerse, pudieron contemplar el 23 de abril de 1616 la traslacion del ya yerto cadáver al panteon de las Trinitarias. Vistiendo el grosero hábito propio de la hermandad, acariciado el noble y concertado semblante, que la regla descubria á la contemplacion lastimosa de los devotos, por las perfumadas esencias que de las inmediatas y espesas arboledas brotaban abundantes; limpia, tersa y despejada la serena frente, velando los plegados párpados la apagada llama de los ojos, recogidas las manos, sin esfuerzo, sobre el pecho; sin cortejo, ni mundana pompa, era Cervantes conducido al eterno descanso, sobre los hombros de cuatro hermanos terceros, en rús-

tico ataud. ¡Qué doloroso espectáculo! Lope de Vega, mimado y favorecido por la suerte; Lope de Vega, el cantor de las fiestas palaciegas, el ídolo de las muchedumbres, que ponia su vena al servicio de reprobados sentimientos, vivia á dos pasos de la casa del desdichado escritor. El Fénix de los ingenios sintió que se aproximaba el término natural de sus dias, rodeado de no comunes anchuras y satisfacciones. Egregios próceres sentábanse á su hogar; un ameno y espacioso huerto dábale ocasion, cultivándolo, para desechar melancolías; y cuando, agotada la existencia, reclamó la tierra los fúnebres despojos, Madrid entero acompañólos á la huesa, dando por tal manera indicios de un duelo que solo el tiempo mitigaria. ¡Inescrutables misterios del destino! Cervantes fallece en la indigencia; Camoens y Guillen de Castro rinden el ánimo en la sala de un hospital; Milton espira pidiendo limosna, y sin embargo, detrás de sus harapos brilla refulgente la aurora de la inmortalidad.

Entre Lope de Vega y Cervantes, fijó Quevedo su domicilio. Vémosle empadronado en la calle del Niño, que recta conduce á la tumba del segundo. ¡A cuántas consideraciones no lleva esta triple aproximacion! De un lado el fecundo poeta, que acomodándose á las exigencias de su época, emplea sus talentos en fomentar los gérmenes que la vician y arruinan; del otro dos poderosos genios que por caminos divergentes dánse la mano

cuando se trata de censurar excesos y señalar torpezas: Lope de Vega, corruptor y corrompido, no columbra el ideal de la vida circunscribiéndose al estrecho círculo de la vulgaridad en predominio; Quevedo, con satánica complacencia, descubre la podredumbre que corroe la fingida alegría de los dichosos; Cervantes, con intuiciones que asombran, señala el triple derrotero de la virtud, de la justicia y del buen sentido á las generaciones que habrán de sucederle.

III.

En torno de estos génios agrúpanse legiones de artistas y literatos que hásta en nuestros mismos dias son á la manera de voluntarios guardadores de los preciosos recuerdos que el barrio encierra. Sin atenernos á una cronología rigurosa, recordaremos que en la plazuela de San Juan nació el preciado autor del «Sí de las niñas,» D. Leandro Fernandez de Moratin, y en la parroquia de San Sebastian, sepultura de Lope de Vega, recibió las aguas del bautismo el no menos estimable D. Ramon de la Cruz. Distrito preferido de los cultivadores de las bellas letras, fué asiento en el si-

glo xvii de la Academia Selvaje, que en su casa, calle de Atocha, fundó D. Francisco de Selva, hermano del duque de Pastrana. Allí exhibió Cervantes algunos de los hijos de su entendimiento, Lope de Vega dió lectura á unos versos, sirviéndose de los anteojos de su rival, y allí tambien concurrian, segun Soto de Rojas, los mayores ingenios de España.

Acercábase á su fin el siglo xviii, cuando en la fonda de San Sebastian, próxima al cementerio del mismo título, establecian los restauradores de los fueros del buen decir, Iriarte, Cadalso, Melendez, Conti y Bernascone, otra academia: refiriéndose á ella, decadente y prostituida en manos de Nifo y de Comella, el ingenioso Moratin, crea la sátira dramática envuelta en la fábula del «Café,» y halla medio de echar los fundamentos de la crítica literaria moderna, sacándola de las pobrísimas veredas á donde la llevara el artificio de cultos y gerundianos. Émula la actual centuria de sus predecesoras, inauguró en la calle de San Agustin, casa de Abrantes, allá por los años de 1835, el Ateneo de Madrid, centro reconocido hoy de todo el movimiento intelectual de España, y en el palacio de Villahermosa residió la sociedad del antiguo Liceo artístico y literario, campo fecundo donde apuntó la regeneracion de nuestra decadente literatura. Pero hay más; celebráronse en la calle del Prado las reuniones literarias que presidia Luis Sartorius; en la misma tuvo las su-

yas Roca de Togores, diligente investigador de la sepultura de Cervantes; recibia Fernandez Guerra célebres escritores en la casa donde murió su padre, tambien literato distinguido, calle del Leon número 8, y Cruzada Villamil congregó la tertulia que tanto nombre le daria en la que ahora denominan de Lope de Vega. Atraidos no se sabe por qué incentivo ó fuerza misteriosa é inexplicable, han vivido ó viven en las cercanías de las Trinitarias, el historiador de Cuenca Juan Pablo Martir y Rizzo; Mira de Améscua; Zorrilla, que escribió su «Eco del torrente» en la plazuela de Matute, habitando la propia casa que Gonzalez Brabo; Andrés Borrego, que tuvo la redaccion del «Correo Nacional» en el Nuevo Rezado; mientras acariciaba sus sueños de gloria el futuro conde de San Luis en uno de sus sotabancos, tal vez el mismo donde ha residido nuestro queridísimo amigo Vicente Barrantes; Romero Larrañaga, morador por largos años de la plazuela de Jesús; Narciso Serra, vecino de la calle de San Agustin; Patricio de la Escosura, de la del Amor de Dios; Gabriel García Tasara, Pacheco, Manuel Moreno Lopez, Eduardo Asquerino, de la del Baño, no tan apartada del barrio que nos ocupa; Breton de los Herreros, domiciliado en la del Príncipe; Corradi en la de Cantarranas; Valladares, Rosell, Carderera, Luis Guerra, en el trayecto desde las casas de Santa Catalina al Prado; su hermano Aureliano, ya citado, en la de la Mag-

dalena; Gil de Zárate, en la misma casa que perteneció á Quevedo, y en otros puntos, cuya designacion fuera enojosa, Ventura de la Vega, Leopoldo Augusto de Cueto, Eulogio Florentino Sanz, Pedro Antonio de Alarcon, Luis Rivera, Alejandro Llorente, Eguílaz, Manuel del Palacio, Julian Romea, Eugenio Moreno Lopez, Cueto y Herrera, Tamayo, Blasco, Escriche, Javier de Ramirez, los infortunados hermanos Bécquer, José María Diaz, Agustin Pascual, Fernandez de Sotomayor (el anticuario,) Ynza, Gasset, Eduardo de Mariátegui, Manuel de Assas, Isidoro Fernandez Florez, Pedro Mata y Cárlos Frontaura.

A los literatos y publicistas siguieron los artistas: Francisco Rómulo Cincinato, Eugenio Caxes, Vicente Carducho, Manuel Pereira y Bartolomé Contreras, pintores y escultores aventajados, aquí residieron, y en órden á los tiempos actuales, para no ser difusos, solo recordaremos que Mendoza vive en la calle del Baño, Pescador en la de San Juan, Dióscoro Puebla en la de Atocha, Antonio Gisbert, en el Museo, residiendo antes en la calle de las Huertas, en la propia casa donde ahora se escriben estos renglones y los Balacas en la de San Agustin, Sierra, el grabador, en la de San Juan, Fernandez Acevedo, en la Costanilla de los Descalzos, Jover y Ortego en la dicha de las Huertas.

Farsantes y comediantas eligiéronlo con preferencia á todo otro punto. Habitábanlo en los si-

glos XVII y XVIII Miguel Godinez; la célebre Josefa Vaca; la María de Córdoba, conocida con el pseudónimo de Amarilis; Juan Rana, el imponderable gracioso; Juan Mudarra; Francisco Tribiño; el divino Miguel Sanchez; Isabel Ana; Agustin Rojas; Alonso Olmedo; Mariano Querol; la Riquelme; la Tirana; la bella Ladvenant y la no menos famosa María Calderon, madre de don Juan José de Austria, todos servidores de la carátula; Sanchez de Vargas, Andrés de Vega, Juan Morales Medrano y Damian Arias, autores de comedias ó entremesistas. Al principio de nuestro siglo vivia Rita Luna en la calle de San Juan; Isidoro Maiquez habitó en la de las Huertas, saliendo para el destierro donde debia morir, del número 10 de la de Santa Catalina; Pedro Lopez, Pizarroso y Arjona, aparecen en la calle del Lobo; Valero, en la de Atocha; Bárbara Lamadrid, en la del Leon; Mate, en la plazuela del Angel; Latorre, en donde hoy habita Gregorio Cruzada; Guzman, Romea, Capo, Cármen Fenoquio, Mario, Oltra, Calvet, Rochel, Benetti, Paca Tutor, Cármen Carrasco y Joaquina Baus, en las de San Juan, Huertas, Amor de Dios, Leon, Santa María ó Relatores.

Hasta la política miróle con afecto, y si un dia tuvo en esta parte su residencia el secretario don Luis Velazquez, tambien el palacio del duque de Lerma fué teatro de las intrigas y maquinaciones que, comenzando en el reinado de Felipe III, ha-

bian de dar en tierra con el prestigio de la realeza años adelante. Nuestros padres han visto morir en la calle de Cantarranas, número 45 nuevo, al preclaro Agustin Argüelles, á Martin de los Heros y á Ramon Gil de la Cuadra, compañeros inseparables del elocuente orador y virtuoso patriota. Nosotros contemplamos á San Luis ocupando la casa que fué del marqués de Ovieco en la calle de San Agustin, á Gonzalez Brabo huyendo al extranjero desde la de Lope de Vega; á Corradi encerrándose como en una Tebáida en el comedio de la propia vía; á Emilio Castelar reemplazando al último ministro de la Gobernacion borbónico, en el cuarto que este abandonara.

Cuando la mayor privanza del duque de Lerma, el paseo á la moda estendíase entre el Ingenio del agua, frontero al hospital de Atocha, y la trasera de la huerta del magnate, desembocando en el prado viejo de San Gerónimo. Registran las crónicas de aquellos dias mas de una aventura escandalosa acaecida entre damas y galanes bajo sus corpulentos árboles, y fué el sitio palenque obligado de amoríos y pendencias, hasta que hubo de sustituirle el salon construido frente á los jardines de Lerma, Maceda, Alcañices y Monterey. Mientras la córte de España llamóse córte del Buen-Retiro, porque sus bosques y praderas eran la residencia habitual de la que á su talante regia el conde duque de Olivares, el barrio de las Huertas añadió á sus acostumbrados moradores

buen número de empleados en las oficinas de Palacio y no pocos soldados de la guardia palatina.

Contribuyó esta circunstancia en mucha parte á acrecentar el número de las sacerdotizas de Príapo, que en él colocaban sus altares, llegándose al estremo de que una previsora autoridad—segun asienta pluma competente—intentara vincular en este distrito los templos del degradante culto, obligando á sus impúdicas adoratrices á habitarlo. ¡Singular coincidencia, esclama el escritor que nos suministra la noticia, la aproximacion instintiva hácia los hospitales de los favoritos de las musas y de las sacrificadoras de Vénus Citerea!

IV.

Cuando durante las altas horas de la noche el autor de este esbozo cruza por enfrente del templo que en su sentir guarda el precioso tesoro de los cervánticos despojos; siguiendo antigua costumbre, consagra melancólico y ternísimo recuerdo á la memoria del muerto; y la soledad de la desierta calle, el silencio que en ella reina, la tibia luz esparcida por el espacio que lucha en

vano con las sombras, el aspecto mismo, anticuado y estraño de algunas viviendas, y hasta el tañido de la esquila que marca á la trinitaria el trascurso de la vigilia; háblanle con el lenguaje mudo, pero elocuente y poderoso de la fantasía, del vate que con su aliento llena el privilegiado recinto.

Amarga pena le contrista entonces, que el simulacro del manco preséntasele triste y amarillo, con la ropilla por el uso destruida, con el cuerpo gallardo, que ahora deformó la hidropesía, con las barbas blancas y macilentas, la color quebrada y el mirar turbio y vacilante. Mientras cerca de su albergue, los codiciosos Fúcares atesoran cuantiosas riquezas, secando las fuentes de la Hacienda nacional; y allá abajo, detrás de las tapias del Jesús, Lerma, para obsequiar á los reyes, que no se desdeñan de habitar bajo los techos de su palacio, consume tesoros, á poca costa reunidos, en ostentosos festines, sin que ni uno siquiera de los relieves de su mesa venga á regocijar al valeroso soldado de Lepanto y de las Terceras; mientras producciones agenas de invencion y frutos literarios sin enseñanza ni mérito intrínseco, encumbran á sus autores hasta la cúspide de la mayor fortuna, Cervantes, discreto y prudente al lado de los soberbios y petulantes; agudo y festivo sin atropellar las leyes del decoro y de las usuales conveniencias; morigerado, sufrido, y autor del libro mas popular de

cuantos se han impreso, devora las mortales ansias de sus acerbas postrimerías.

Mas si nuestro héroe no siguió á la córte en sus frecuentes y dispendiosas giras; si sus comedias fueron rechazadas por los representantes á la voluntad de otros dramaturgos encadenados; si los grandes no le enviaban sus carrozas para trasladarle á la casa de sus mancebas, dejándole ¡oh mengua! morir casi de hambre y de estrechez; si un escribano le lanzaba de la calle del Duque de Alba, faltándole recursos para abonar los alquileres caidos, en cambio Cervantes recibia en el no aderezado albergue que le deparó la compasiva amistad, la visita de los hidalgos franceses que, atraidos por su fama, acudian á saludarle entre atónitos é indignados «de que á tal hombre no le tuviese España muy rico y sustentado del Erario público;» y podia escribir aquellos inmortales versos, que dicen:

«La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa,»

y dar ocasion para que una mano justiciera esculpiese sobre su mezquina tumba este grandioso epitafio:

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino.

En fin, hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta
De que pudo, á la partida
De esta á la eterna vida
Ir la cara descubierta.

Por eso al echar una postrera mirada sobre la iglesia de las Trinitarias, convertida para él en reverenciado mausoleo, cree firmemente que hay algo mas sólido y encumbrado que los bienes y dádivas de la riqueza y del poderío, piensa que existe otra superior region á la del fausto y la soberbia, aquella sublime esfera donde solo alienta el génio á quien acompañan la modestia inseparable del mérito verdadero, el no amenguado deseo del bien y la callada virtud, que no por caminar silenciosa y sin séquito por la tierra, deja de ser oida y estimada por cuantos quieren servirla y acrecentarla.

Al discurrir sobre el barrio de las Huertas, con propiedad llamado de las Musas y en realidad de Cervantes, no nos fué dado prescindir de este coloso; ni era permitido tomar otro rumbo cuando su gloria y su renombre están escritos en sus principales calles con rasgos imperecederos.

EL SENTIDO OCULTO

DEL

QUIJOTE.

I.

EL SENTIDO OCULTO DEL QUIJOTE.

Escribió Edmundo Gayton en la mitad del siglo XVII un comentario de la Historia del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mançha; incluyólo el tipógrafo Guillermo Hunt en un libro que imprimiera en Lóndres en 1654, y, grato es descubrir que desde entonces no ha cesado la bibliografía de registrar con intérvalos mas ó menos reducidos la aparicion de nuevos trabajos, hijos del propio móvil; aunque no siempre inspirados por idéntico sistema, ni regidos por un criterio semejante.

Inglaterra, que parece destinada á valorar la primera el mérito de nuestras eminencias artísticas y literarias, siendo de ello bizarro testimonio el ahinco con que sus críticos estudiaron la novela cervantesca, dilatando la fama de su insigne autor; y los trabajos y publicaciones de que fueron objeto Lope de Vega, Góngora, Murillo, Velazquez y otros insignes vates y pintores españoles; tambien sirvió de cuna al segundo comendador del Quijote. Jarvís, linajudo caballero, dió á la estampa en 1742 una traduccion de la sabrosa novela, ilustrándola con notas y un muy erudito ensayo sobre la literatura caballeresca, abriendo por tal manera, el camino que en lo sucesivo habrian de seguir investigadores más profundos y críticos más diligentes.

Pasaron luengos años sin que la madre pátria se apercibiera á cumplir los deberes que su dignidad y su propio interés y fama le imponian en órden á su olvidado hijo, hasta que en 1780 publicó la Academia Española el Análisis del Quijote, de su sócio Rios, escrito con mejor deseo y laudables conatos que crítica sazonada y superior discernimiento.

Habia Gayton tomado pretexto de las aventuras quijotescas para satirizar á sus contemporáneos y perseguir al catolicismo ó al menos á su representacion histórica; empeñóse Jarvís en atribuir á Cervantes las ideas morales y religiosas que él mismo profesara, y Rios mostró la esce-

siva pretension de señalar tantas semejanzas entre el «Quijote» y la «Iliada», cuantas entendió que eran precisas para incluir al primero en el número de las epopeyas. Echábase de menos un comento que esplicase los pasages oscuros, las alusiones embozadas, las citas literarias contenidas en el libro inmortal; y, coincidencia peregrina, tambien bajo las nieblas del Támesis nació el literato que habia de satisfacer en la medida de sus fuerzas esta necesidad positivamente sentida por los ya numerosos adoradores del ingénio cervantesco.

Bowle, que así se llamaba nuestro crítico, acometió la no fácil empresa, preparándose de antemano para su desempeño con el estudio de la lengua española y de los libros de caballería, llevando aquella á feliz término, cuando en 1781 publicaba su edicion del «Quijote» con anotaciones que pidieron catorce años de constantes y bien dirigidas pesquisas.

No se habia mostrado rebelde la crítica francesa á rendir párias al mérito de nuestro noble y desventurado autor. Florian, traductor del mas conocido de los hijos de su entendimiento, sacó á luz en 1783 un juicio sintético de todos ellos, apuntando observaciones antes no tocadas é iniciando provechosos debates.

Siguieron otros allende y aquende el Pirineo su ejemplo; Garces y Capmany, entre ellos, juzgan el «Quijote» bajo la relacion de la gramática y

de la elocuencia; y en 1797 aparecen los comentarios de Pellicer que marcan una nueva y meritísima evolucion de la crítica en cuanto toma por blanco los escritos de Cervantes.

No desdeña Pellicer los trabajos de sus predecesores, antes bien los utiliza mejorando por extremo el comento con fino criterio y erudicion discreta. Abarcan sus notas la esplicacion de las alusiones puramente literarias de la obra, las citas históricas y cuanto pueda contribuir á ilustrar los pasages oscuros del texto, ó los que sin serlo, piden las mas conducentes aclaraciones.

Comenzaba á la sazon á extenderse con algun crédito la idea de que el «Quijote» encerraba sentido oculto, susurrándose que Cervantes habia escrito un librejo intitulado el «Buscapié», donde se declaraba cual fuera el enigma. Negó Pellicer la existencia del folleto y la de toda doctrina esotérica, concluyendo que el «Quijote» era una produccion muy semejante al «Asno de Oro» de Lucio Apuleyo á quien Cervantes quiso seguir y tomar por modelo.

No fueron parte los graves acaecimientos con que se abrió la actual centuria para apartar á eruditos y críticos del no interrumpido estudio de las bellezas que entrañaba la leyenda quijotesca: hasta hubo detractores de la obra mas grande de la moderna literatura, llegando por una ley invencible del órden moral, á exajerarse el elogio, mientras se extremaba el desabrimiento.—Den-

tro y fuera de España, los literatos mas afamados creyéronse en el caso de emitir su juicio sobre el «Quijote,» pareciendo rivalizar los de más crédito y doctrina en recomendarlo y enaltecerlo.

Imprimiéronse en 1833 los comentarios de Clemencin inspirados ostensiblemente por un elevado espíritu de imparcialidad y de severa justicia. Aun les superan en mérito los que casi á la vez publicaba en Barcelona el docto Bastús, quien perfeccionó el análisis literario acaudalándolo con gran copia de noticias, siempre curiosas y nunca agenas á las conveniencias ni al interés de la produccion comentada.

Muestra esta somera reseña que la crítica ha seguido dos distintas direcciones relativamente á nuestro autor. De una parte los que ateniéndose al texto de la obra, entendiéndola y apreciándola como Cervantes quiso que se entendiera y apreciase, abrazaron el laudable propósito de quilatar sus bellezas orgánicas; ya determinándolas perspicua y discretamente, ora realzándolas por medio de las esplicaciones mas oportunas. De la otra, los críticos para quienes el comento era ocasion de hacer alarde de las propias ideas, cargándolas arbitrariamente á la cuenta del original.

Gayton y Bowle, en union con Defoe, pertenecen á la última clase. Imitáronles en el sistema con mayor ó menor acierto desde Puigblanc y Salvá hasta Creuse de Lesser y Viardot, empeñándose todos, cual mas, cual menos, en atribuir

á Cervantes miras é intenciones estrañas sin que para ello les asistiera el mas flaco fundamento. Si el uno hace al Adam de sus poetas antagonista de la Iglesia Romana y de la política de su tiempo, otro afirma que lejos de intentar la ruina de los libros de gesta, acometió el empeño de escribir otro que los escediese en merecimientos. Sospecha este que las alusiones á personages encumbrados están hábilmente veladas tras la máscara mas discreta; piensa aquel de que Cervantes hubo de luchar mañero contra el Tribunal de la Fé que le perseguia iracundo, siendo este la causa secreta de sus desventuras; y todos mantienen la realidad de un sentido oculto, tormento y pesadilla de cierto linage de escritores.

En nuestros mismos dias vióse reproducida con nuevos desarrollos la deleznable doctrina, que hubo de presentarse con grande ostentacion, sin que, á pesar de todo su aparato, consiguiera sorprender á los que por sus antecedentes estaban en aptitud de juzgarla con la severidad que pedian sus pretensiones escesivas y los riesgos de que venia acompañada. Vestidas á la moderna ideas, sobre antiguas, faltas de crédito y de sustancia, exhibiéronse en el estadío literario aspirando á un éxito que hubo de trocarse en el mas merecido descalabro. Quísose sostener que el «Quijote» habia sido hasta entonces un secreto cerrado para doctos y muchedumbres; que lejos de proponerse su autor derribar la desvencijada

máquina de los caballerescos libros, habia deseado restaurarla escribiendo uno mas primoroso; y se atribuyó el interés creciente y general de la produccion, no á la circunstancia de alcanzar su eficacia á todos los tiempos y á todas las zonas donde el hombre se encuentra en condiciones que le consientan apreciarla, sino á que entrañaba las represalias que Cervantes tomó en el simulacro alegórico, de alguno de sus émulos ó perseguidores: sobreponiéndose sin embargo el buen sentido á interpretacion tan arbitraria, hubo de volverle la espalda, interrumpiendo en parte con su desden el curso de tan peregrinas elucubraciones.

Reconózcase, no obstante, que así como las sombras sirven para esclarecer las partes luminosas del cuadro, así la reprobada doctrina trajo en pos de sí, como sequela inevitable, trabajos decididamente dirigidos á extremar las glorias de Cervantes, si es que su fama consentia mayores crecimientos. Entendemos que ninguna tentativa crítica, por absurda que se la suponga, puede perjudicar al mérito intrínseco de la obra sobre que se ejerce, si este es verdadero; antes calculamos que esos conatos, hijos del afan de singularizarse, mas que de otra cosa, son cual poderosos incentivos que, moviendo la agena voluntad, llevan al campo de la controversia mantenedores robustos que conquistan para la buena causa nuevas y hermosas recompensas.

Nada tan apropiado para convertir la inercia

en actividad, promoviendo el interés y el entusiasmo, como la contradiccion: es la existencia una lucha perdurable donde batallan principios y fuerzas antagónicos, y no se cumplen sus leyes sino teniendo constantemente embrazado el escudo y desnuda la espada: lucha de los átomos, lucha y contraste de las fuerzas, lucha de los organismos y de las voluntades, lucha en las profundidades de la sombra y en los ámbitos diáfanos de la luz, de las afinidades químicas y de las energias que llenan lo inmenso; lucha de los desquilibrados resortes que constituyen lo mas íntimo de nuestra naturaleza, de los caractéres y de los sistemas, de la poesía y de la prosa; hé aquí la vida; sus eternos polos, la norma que rige fatalmente lo real y lo imaginario.

Avanzaron los que señalaban una doctrina esotérica en el fondo de la novela cervántica, hasta aducir en su apoyo razones mas ó menos especiosas y brillantes: dándose la mano con los que calificaban al «Quijote» de sátira política, afirmaron la necesidad de un sentido oculto, concreto y personalísimo que esplicara las anfibilojias, las alusiones, reticencias y frases de doble sentido señaladas en el texto. Vinieron al suelo al primer embate, segun queda dicho, los llamados comentarios filosóficos; mas, tocante al segundo estremo, esto es, si el «Quijote» se escribió ó no con la mira de flagelar personages y vicios particulares de su época; incrédulos y apasionados sus-

pendieron su juicio al anunciarse el hallazgo de documentos fehacientes que colmaban las esperanzas de los unos y ponian término á las dudas de los otros.

Si el «Buscapié» que sacó á luz un erudito insigne no habia alcanzado prósperos dias, si los anagramas descubiertos por otros investigadores gozaron solo de pasagera y efímera existencia, la noticia de que en los archivos venecianos se guardaban piezas diplomáticas que ponian á los ojos de todos lo que hasta entónces fué misterio, produjo insólita curiosidad entre los verdaderos cervantistas.

Díjose; que, en los «Papeles de Estado» (State-papers) que publica periódicamente el gobierno inglés, habia incluido uno de esos agentes en el extranjero los apetecidos despachos, donde Simon Contarini, embajador de la Señoria en Madrid en los comienzos del siglo XVII, haciéndose eco de la mas popular creencia, afirmaba que el «Quijote» era una invectiva contra ciertas eminencias contemporáneas.

Tan rotunda afirmacion no podía pasar desapercibida para quien, antiguos compromisos, obligaban á mirar con interés estos achaques: fuera ó no cierto el descubrimiento, en nada podia afectar á la valía del libro; propusiérase Cervantes escribir una miserable y embozada censura sin elevadas miras, ó favorecer á la humanidad con un hijo de su peregrino ingénio, fruto siempre lo-

zano y sabroso de su fantasía y de su sensibilidad; es lo cierto que las aventuras del «paladin manchego» eran ya patrimonio de todos los pueblos cultos que disfrutaban las bellezas artísticas de la concepcion y comprendian sus sublimes alcances y perfecciones.

Empero convenia á nuestros planes averiguar si realmente Contarini habia sido padre del aserto que con tanta insistencia se le atribuia, y para conseguirlo buscamos en los «Papeles de Estado» los anunciados documentos, que no hubimos de gozar, quizá por torpeza, si ya no es que su publicacion se redujo á los límites del anuncio. Más todavía; asáltanos hoy la sospecha de que si existen los tales diplomas no han de conformarse con la idea que tocante á su importancia se forjaron los cervantistas, fundando esta aseveracion, un tanto atrevida, en los hechos que muy luego hemos de someter al público exámen.

Aseverándose que el persistente investigador de los archivos de Venecia, Mr. Rawdon Brown, era quien, asistido de próspera fortuna habia realizado el hallazgo, deseamos interrogarle cortesmente sobre su significacion y analizar los documentos por medio de persona idónea y nunca recusable, y animados de este propósito hubimos de utilizar los servicios de nuestro distinguido amigo el sábio director de la «Revista Europea» de Florencia, señor Angelo de Gubernatis, quien se mostró solícito en complacernos.

En 17 de enero de 1871 recibimos de Gubernatis una carta que comprende el párrafo siguiente:

«Ho tardato fino ad ora á rispondere all'amabilíssima sua, nel desiderio di poterle comunicare qual'che cosa di sodisfacente, á proposito della demanda, ch'elle mi faceva circa la possibilitá di aver notizie á Venezia sulla relazione del Contarini. Per provarle che me ne sono subito occupato con piacere, eccole la risposta che mi trasmette da Venezia l' illustre s'torico Tommaso Gar direttore dill' archivio generale. Se io riceveró col tempo de lui altre notizie che le possano interessare mi daró premura di comunicarglieli.»

Hé aquí la interesante carta del respetable historiador Tomás Gar:

(Un sello con las armas reales de Saboya) R. Archivio Generale di Venezia. Venezia 16 gennaio 1871. Chiaro Signor Professore. Le rícerche fatte finora in questo archivio intorno al Cervantes e al suo romanzo famoso non riuscirono ad alcun risultato. Nella «Relazioni del Contarini» (pubblicata dai signori Barozzi e Berchet in appendice alla Raccolta, delle Relazioni d' ambasciatori Veneti, procurata dall' Alberi) non vi é cenno o allusione di sorta al poeta spagnuolo e all' opera sua, che dalla maggior parte dei critici si crede una satira politica della corte di Spagna e di qualche gran personaggio de' suoi tempi.

Un dotto inglese, qui dimorante da circa 40 anni rivolse la sua curiosita anche a cotesto tema,

e da carte diplomatiche venete, spagnuole ed inglesi trasse l' ordito di parechi criterii per dimostrare la ragionevolezza della congettura che sotto la maschera di Don Quixote si nascondesse il duca di Osuna e sotto quella della Dorotea del Toboso una gran dama sua druda, e che a quest' ultima si alluda nella «Suplica» anonima al Ré di Spagna contro il mal governo dell' Ossuna in Napoli, publicata dal Cantú negli «Schiarimenti al libro XVI della sua storia universale e riprodotta dal Mutinelli (penultimo mio predecessore, ancora vivente in Padova) nella sua «Storia arcana ed anedottica d' Italia racontata dai Veneti ambasciatori; Venezia, 1858, Vol. III. paj. 237 e seguenti. Me rincresce, carissimo signor professore di non essere in grado di offrirle in tale materia qualche cosa di piu sicuro é concreto per servire alla letteraria curiositá del di Lei amico spagnuolo. Non cessero tuttavia da ulteriori indagini dentro e fuori di questo archivio e procureró di ricavare qualque maggior construtto in proposito dall' erudito inglese signor Rawdon Brown e da altri. Mi creda ora e sempre suo affezionatissimo. T. Gar.»

Distaba la anterior respuesta de satisfacerme, por lo que dirigiéndome directamente al señor Gar, supliquéle con todo encarecimiento se sirviera contestar una serie de preguntas cuyo contenido podrá deducirse, leyéndose la carta que debí á su cortesía y que textualmente copio:

(Un sello con las armas reales de Saboya) R.

Archivio Generale di Venezia. Venezia 12 aprile 1871. Illustrissimo Signore. Ho tardato fin oggi a rispondere alla pregiata lettera della S. V. I. per poter dire con fondamento di avere esaurito ogni mezzo dipendente dalla mia posizione e dal mio buon volere, allo scopo di sodisfare il di Lei scientifico desiderio.

Per quanto diligenti fossero li ricerche fatte eseguire in questo ed in altri archivi d' Italia circa ad opinioni, criterii, giudizii, od anche semplici accenni all' opera classica di Cervantes, non mi e riuscito finora di raccogliere nulla che importi di essere a Lei riferito, cosi a sostegno del senso piano e letterario, come del senso allegorico di quell' inmortale lavoro.

Non migliore fortuna ebbero le mie insistenti premure di conoscere a quali ragioni e documenti si appoggia la congettura del senso allegorico—politico attribuito all' autore del Don Quijote dall' erudito inglese Rawdon Brown, gentiluomo assai versato nella storia in genere, e particolarmente in quella de Venezia contribuendo con molto criterio alla compilazione della grande raccolta delle carte diplomatiche, concernenti í rapporti politici e commerciali della Republiqua Veneta coll' Inghilterra, sotto el titolo di «State Papers and manuscripts rélating to english affairs existing in the archives and collections of Venise and in the other Libraries of Northern Italy.» Malgrado alla nostra vecchia conoscenza, per eccessiva modestia o

per dilicata scrupolositá, il signor Brown non si arrese alle mie preghiere di comunicarmi il resultato delle sue investigazioni sul capo lavoro di Cervantes. Per muoverlo a ció potrebbe forse giovare la mediazione dell' illustre Layard, attuale ambasciatore britannico presso la Córte di Spagna, suo amicissimo.

La relazione o denunzia, che sotto il titolo di «Supplica» fu presentata da un anonimo al Ré di Spagna contro il duca di Ossuna viceré di Napoli, e da Pietro Contarini ambasciator veneto trasmes sa al Senato da Madrid con dispaccio 6 Luglio 1619, in copia esatta venne pubblicata dal Cantú nel Vol. v. della sua «Storia universale, fra gli «Schiarimenti al Libro xvi e riprodottaa dal Mutinelli, nel iii° volume della sua «Storia arcana e anedottica d' Italia» Venezia, 1858.

Perció mi retenni dal farla transcrivere dalla filza deí dispacci originali del Contarini, quantunque la copia auténtica offra varianti considerevoli, supponendo che esistano nella Biblioteca Reale di Madrid le sudette due opere. Del resto per quante indagini si siano fatte nei dispacci del Contarini e di altri ambasciatori Venete in Ispagna, prima e dopo di luí, non si rinvenne alcun cenno o parola o allusione all' opera di Cervantes.

Desidero che l'ottima mia disposizione a servirla etc. devotissimo. Tommaso Gar.»

Dos afirmaciones principales se desprenden del texto reproducido: primera; que en los despachos

del Contarini, que se conocen, no existe pasage alguno que autorice la sospecha del sentido alegórico que el «Quijote» oculta: segunda; que Mr. Rawdon Brown, por modestia, escrupulosidad ó por cualquiera otra causa, reservó hasta ahora las razones en que se funda para hacer las congeturas que se suponen, siendo lógico el pensar que los papeles consabidos no han visto hasta ahora la luz del dia, pues si así no fuese, el señor Gar los habria citado en su preciosa epístola.

Queríamos extremar nuestras investigaciones, aprovechando para proseguirlas la oferta y los conocimientos del reputado bibliófilo, y nos disponiamos á escribirle de nuevo cuando los periódicos italianos trajeron la triste nueva de su fallecimiento. (55)

Nos basta despues de todo lo hecho hasta ahora para persuadirnos de que cuanto se dijo sobre el particular es pura fantasía, falta de todo razonable fundamento. Mientras Mr. Rawdon Brown no comparezca ante el tribunal de la crítica con las pruebas de sus asertos, cuyo carácter y calidad, dicho sea de pasada, no conocemos, ni tal vez conozca nadie con exactitud, los que proseguimos con fé estos estudios, seguiremos afirmando que la donosa novela no és mas que un libro de honesto pasatiempo colocado en sitio preeminente en el aprecio universal, gracias á las singularísimas dotes que le avaloran. No comunicó Contarini á Venecia las noticias de que se le quie-



re hacer responsable y si sucedió lo contrario, nuestras dudas pueden trocarse en convencimiento solo de publicarse los diplomas donde constan los informes originales.

Sensible es que en el círculo de los cervantístas nos haya correspondido el ingrato papel de destruir ilusiones, y dar en tierra con asertos generalmente admitidos, y fuera de toda controversia ulterior, segun algunos. Ya demostramos que no hay razon bastante para decir que fray Luis Aliaga sea el verdadero autor del anónimo «Don Quijote»; cuadra ahora á nuestra crítica severa contradecir rotundamente la existencia del sentido oculto, señalado en el auténtico; tanto en el concepto ultimamente expresado, como en el que se refiere á una doctrina esotérica determinada, mas propia del escritor de ciencias políticas ó filosóficas que del literato.

II.

Ni es nuevo que opinemos de esta suerte: faltónos hasta el presente ocasion de emitir nuestro parecer sobre la conjetura del erudito Mr. Rawdon Browon, mas en lo que atañe á los misteriosos intentos guardados en la letra muerta del «Quijote,» dijimos años atras nuestro pensamiento, imaginando que aquellas razones hubieron de ser por estremo concluyentes, cuando ni quien debia las refutó, ni hemos visto que se adujeran otras mas poderosas en lo sucesivo, tratándose de esforzar la doctrina misma que entonces sostuvimos. Asentamos hace diez años (56) la idea de que Cervantes quiso, ante todo, escribir un libro de puro deleite, mirando á deshacer la autoridad y cabida que en el vulgo y en el mundo tenian los libros de caballería, derribando á impulsos de la péñola su mal fundada máquina; compostura y ficcion de ingenios ociosos ó mal avenidos con los preceptos de la decencia y las leyes del buen gusto. Mostramos de camino con textos auténticos que Cervantes consideró el género como deleite de gentes rústicas y groseras; mientras hacía el

mas severo juicio de los libros que á él correspondian, calificándolos de duros en el estilo, increibles en las hazañas, lascivos en los amores, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y, finalmente, ajenos á todo discreto artificio; y por esto, dignos de ser desterrados de la República cristiana como gente inútil que causaba graves daños á las costumbres y las letras.

Y recordamos asimismo, que Cervantes criticó indirectamente á los señores del Consejo que daban licencia para la impresion de tanta mentira junta, y de tantas batallas, y de tantos encantamentos, que quitaban el juicio, asestando, en nuestro sentir, el golpe de gracia á ciertos comentarios filosóficos, con citar las frases del inmortal poeta, en que este se jactaba de haber gozado en vida el fruto de sus escritos enteramente como deseaba; pues no habia sido otro su deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias andantéscas, que por las de su verdadero «D. Quijote» iban ya tropezando, y habian de caer del todo sin duda alguna.

Tomando distinto rumbo, un académico asaz conocido en el mundo literario por el aplomo con que discute los mas abstrusos problemas de la ciencia ó de la literatura, aplicó con pesado mandoble certeros tajos á los desdichados filosóficos comentarios sin que estos consiguieran reponerse

de las heridas que, con la intencion mas pecaminosa y menos compasiva, hubieron de inferírseles. Asendereados y maltrechos, escondieron aquella mínima parte de su cuerpo, única conocida hasta entonces y que tan mal parada dejaran críticos y mofadores; y si posteriormente volvieron á presentarse ante la pública opinion con otra muestra, prevenida aquella, hizo de ellos caso omiso, no curándose ya ni de contradecirlos ni aun de reprobarlos.

Contradiciendo á Salvá cuando sostenia que el «Quijote» era un libro mas de gesta, purgado de los defectos que en los de su clase se notan, oponiéndonos al fallo de Creuze de Lesser, sostenedor de que el Cervantes no quiso matar ese género literario en cuanto tenia de bueno y perfecto; proclamamos las escelencias de la obra pasmosa, encontrando su razon y fundamento no solo en su crecido valor como creacion artística, en el ingenio con que fué imaginada, en la gracia inimitable que la vigoriza, mas tambien en el profundo sentido humano que entraña, sentido perceptible y mucho menos que esotérico, como que se revela en la perpétua y visible oposicion de los principios superiores que en ella pugnan. De un lado «D. Quijote,» la eterna ansiedad del ánimo enamorado de lo bello y lo grandioso, hácia la perfeccion suma que figura la conciencia, el corazon sensible que no asiste indiferente á los dolores y alegrías que entristecen ó alborozan á los

mortales; el limpio pensamiento, que, sobreponiéndose al mísero egoismo y al calculado y voluntario error, endereza el rumbo sin reparar en obstáculos ni riesgos, saltando por encima de las socorridas sociales conveniencias, en busca de la verdad y de la justicia; en una palabra, todo lo grandioso, noble y sublime, todo lo que enaltece, realza y purifica, todo lo que enriquece nuestra naturaleza con calidades singulares de que no fué dado participar al comun de las gentes. Del otro Sancho; el individualismo, como suelen entenderlo las muchedumbres cultas ó iliterarias, la clave de la vida positiva, histórica con su mediocridad y su egoismo práctico, con sus límites estrechos, su prosa y sus ambiciones no siempre censurables, con una dósis indefinible de razon y de ignorancia, de prudencia y cobardía que rechaza todo espediente aventurado, toda bizarría estremada, todo cuanto alterar pueda la quietud y curso de lacómoda y beata existencia.

Génio, entusiasmo, abnegacion, á veces temeraria; arranques entusiastas del sentimiento que no mide el obstáculo que le detiene cuando persigue el fantasma del bien abstracto y puramente subjetivo, la faz poética, el alto concepto, la vision translucida, pura y divina de nuestro ser batallando con el frio raciocinio, con las necesidades fatales del propio organismo ó de la social complexion, con aquel circunscrito aspecto de la vida y del temperamento, que, cual conservadora potencia

nos retiene apegados á la tierra, cuando era nuestro anhelo remontar el alma en demanda de lo infinito; eso es el libro. Y fuera torpeza calcular que en él estaba el hombre partido en dos mitades: forman hidalgo y escudero, al postre, un conjunto, una síntesis racional, un tipo único que crece y se dilata, tomando de cada personage aquello que necesitaba para mejor conformarse. El antagonismo de caractéres es mas aparente y externo que de esencia; entre D. Quijote y Sancho median lazos que los relacionan bajo una superior unidad; uno y otro se completan, si no en la novela, en la fantasía del lector inteligente, surgiendo de aquellos dos términos, al parecer opuestos, de aquellas dos fuerzas que alguien creería rebeldes y próximas á destruirse en terrible embestida, un mútuo concierto, una compenetracion íntima, una acordada armonía que constituye en la vida humana lo mas ideal y lo mas perfecto.

Nada hay en todo esto que arguya propósitos secretos, sibilíticas doctrinas ó miras incomprensibles. Siendo el «Quijote,» sobre todo, un libro de entretenimiento donde el gracejo, la moral mas pura, la erudicion, el buen gusto y el aticismo se asociaron para enriquecerlo, encerrando, además, los cánones de la crítica moderna en cuanto mira á las producciones de la musa amena; refleja tambien la imágen de la sociedad hispana, vista en los momentos en que el libro se escribia, reunien-

do así un valor descriptivo é histórico que entra por mucho en el crédito que hubo de grangearse ante nacionales y extranjeros.

Quísose componer una sátira y se escribió un poema, más un poema romántico, donde sin intencion deliberada se niegan las tradiciones mas pujantes del clasicismo, lo mismo en lo propio de la forma, que en lo peculiar al espíritu. Lejos de dominar en él la idea antigua, asiática, autocrática y absoluta, impera el principio moderno, occidental y cristiano. No informa las pájinas de la fábula el concepto teológico ó socialista, no se cantan en ella las tempestades del caos, ni las hazañas de la realeza; falta en el libro la absorbente tiranía del Estado; mas en él descuella el hombre, y tras su silueta, la humanidad. Ni rinde el héroe vasallaje á los mas dichosos, ni á los mas fuertes; antes acata á los débiles y á los que sufren, á los modestos y á los infortunados. Desconoce Cervantes el ódio y la venganza, por eso «D. Quijote» es todo generosidad y benevolencia; siquiera se incline á simpatizar con los que sufren, víctimas de las propias faltas ó de las agenas injusticias, y que mire con repugnancia á los malvados y corrompidos.

Como artista, pertenece Cervantes á su siglo; como pensador, á la posteridad. Con el pincel y los colores, traza magistralmente el retrato de la España contemporánea; cuando esmalta su obra de reflexiones morales, abandona la region en que

vive y se espacia en los dominios de lo porvenir, llevado en alas de una intuicion portentosa, y ejecuta esto sin deliberado acuerdo: es la consecuencia necesaria del talento, siempre que se remonta á las alturas del génio. Posee Cervantes toda la filosofía moral de su época, y además, el gérmen de lo que esa filosofía habrá de ser en lo futuro.

Conocedor discreto del corazon humano, sabe herir sus mas delicadas fibras y arrancarle ecos profundos si sorprende sus secretos; educado en la ruda escuela del sufrimiento, testifica una esperiencia que encanta por la melancólica suavidad con que se impone. Rie y llora, baja á las posadas y huella las alfombras palaciegas, discute con las mozas del partido y con las damas de mas alto copete, tiene resignacion para todas las desventuras, salida para todas las dificultades, respuesta para todos los argumentos, solucion para todos los problemas, consuelo para todos los infortunios; si aconseja, sus palabras aparecen autorizadas por la buena fé de mayor quilate; si discurre sobre las grandes cuestiones de la vida, son sus pensamientos áureas sentencias que merecian entallarse en duros mármoles y finos bronces; rinde culto idolátrico á la virtud, á la razon y al derecho; y la independencia del alma antójasele encumbrada y superior aristocracia. Su héroe, aun en los trances mas duros, no doblega la cerviz, como él no la inclinó jamás, ni bajo el peso de la inconsiderada injusticia, ni ante la satánica vanidad del podero–

so, prefiriendo el pedazo de pan otorgado por el cielo clemente, que no la hartura, si esta encadenaba la voluntad en los hierros de la agena dependencia.

III.

Durante los diez años que han trascurrido desde que por primera vez nos ocupamos del «Quijote,» lejos de apartarnos de nuestros juicios, hubimos de afirmarnos en ellos con mas hondas meditaciones.

Ni encontramos motivo bastante para contradecir el sentido genuino y literal, ni argumento que nos obligase á declararnos partidarios del contrario parecer. Seguimos, pues, entendiendo que la doctrina esotérica es nonada, imaginacion sin contrapeso, criterio sin disciplina y originalidad estravagante; en una palabra, puro fantasear por la inocente ambicion de hacer ruido y singularizarse.

Si fuera permitido al que comenta una obra de amena literatura, cual un libro científico, negar la leccion directa, clara y terminante que el testo suministra, para aseverar que el autor quiso decir y hacer lo contrario de lo que ostensiblemen-

te dijo é hizo; resultaria la mas monstruosa de las consecuencias; esto es, que la intencion de los que escriben no ha de juzgarse por lo que escribieron, ni medirse con la regla que deliberadamente facilitaron al esteriorizar en frases sus mas recónditos pensamientos, sino por lo que sospechó ó conjeturó muchos años y aun siglos despues de muerto el autor, el que quiso atribuirle sus propias y esclusivas elucubraciones.

No necesita Cervantes amigos de este jaez, antes bien, rechaza su amparo y un celo que involuntariamente podria perjudicarle, suscitando enconos y antipatías. Lo mismo el que le exhibe maldiciente y encubierto perseguidor del de Osuna, que el que halla en sus escritos acerados ataques al Tribunal de la Fé, ó le fantasea republicano, cometen graves faltas, sacando á plaza tan arbitrarias hipótesis que no acreditan ni los antecedentes de Cervantes, ni palabra alguna en sus escritos. La noble pluma que escribió estos hermosos versos:

> Nunca voló la pluma humilde mia
> Por la region satírica; bajeza
> Que á infames premios y desgracias guia,

no habia de contradecirse lastimosamente vituperando, no los vicios capitales de su época, que en esto estaba en su derecho, mas las flaquezas personales de encumbrados próceres en quienes vengaba inmerecidos agravios y resentimientos tan le-

gítimos como imperdonables. Concediendo que Cervantes, trazando su novela, tuvo presentes instituciones que existian en vigor, para atacarlas hábil é incisivo en lo que pedia reforma ó castigo: que al imaginar las aventuras del hidalgo acordóse no solo de las estravagancias y dislates marcados en los libros de gesta, sino de los desbarros de sus contemporáneos, vistos, por ventura, en los mas eminentes; preciso es negar que profesó el credo protestante, ó que bajo la máscara quijotesca escondia la principal figura de Cárlos V ó el bulto menos visible de alguno de sus contemporáneos.

Fué Cervantes profundo filósofo que llevó su autoridad por el cauce de la literatura amena, gozando de delicada sensibilidad, de razon clarísima, de gusto literario esquisito, muy superior al de los mas felices escritores de su ciclo. En el «Quijote» dió pasatiempo honesto,

> Al pecho melancólico y mohino
> En cualquiera sazon en todo tiempo

Abrió con sus novelas ejemplares el sendero

> Por donde la lengua castellana puede
> Mostrar con propiedad un desatino;

amó desde sus mas tiernos años el arte de la dulce y agradable poesía: nunca frecuentó la baja region de la sátira rastrera: ni puso su planta por donde camina la mentira, la fraude y el engaño, conservando siempre su pensamiento libre y exento de toda adulacion.

Es el «Quijote» la produccion mas subjetiva de cuantas enjendró en los límites de su poderosa y rica fantasía; ni hay en él pasage alguno, ya se le halle sério ó grotesco, ni escena que entretenga ó que promueva la melancolía, ni ocurrencia bizarra, ni pensamiento moral; ni máxima altisonante, ni sentencia oportuna; donde no palpite su ser, donde no se descubra, traspasando al conjunto unos alcances poderosos que arrancarán enérgicas resonancias, de todas las inteligencias, en todas épocas y bajo todas latitudes. Pertenece el «Quijote» no en propiedad esclusiva á la literatura de un pueblo, sino á la de todas las naciones cultas modernas, que se lo asimilaron, estableciendo los cimientos de una reputacion gigante, sobre la que pasarán en valde los siglos y las mudanzas de la voltaria fortuna. No es ya Cervantes el pobre soldado que muerto casi de hambre en el rincon de humilde casa, condujeron al último asilo los piadosos hermanos de la Órden Tercera; no el literato á quien un rey, no la España, dedica por todo galardon, mezquino y reducido monumento; mas el coloso que asienta el pedestal de su gloria sobre la tierna simpatía y el cariñoso respeto de las generaciones. Francia, Portugal, Italia, Alemania, Inglaterra, Suecia y Dinamarca, y hasta Prusia y Turquía, dispútanse el disfrute de las bellezas que hubo de regalarnos, y cuando nos decidimos á hacer algo por su memoria, descubrimos que los extrangeros se adelantaron á nuestra empresa,

aplicando por tal manera severísimo correctivo al característico abandono.

Tranquilícense los cervantistas: sabe el mundo á que atenerse, en órden al «Quijote,» y cuando un literato inglés hace una edicion de sus aventuras, para que los tiernos hijos de sus conciudadanos las conozcan y saboreen; y allá en las heladas regiones del Norte, tropieza el viajero español con quien vive entregado á profundizar la sabrosa historia; cuando la fama que la acompaña es tal, que si los doctos quilatan en justicia sus méritos, los rústicos la manosean, sintiendo sus primores, y todos hallan en ella ámplios motivos de solaz apacible, bien puede tolerarse que se propalen teorías mas ó menos descabelladas, sin temor de que sufra menoscabo la valía del libro ni el renombre de su inventor egregio.

LA CABALLERÍA ANDANTE

Y

D. QUIJOTE.

I.

LA CABALLERIA ANDANTE Y DON QUIJOTE.

Háse dicho que Cervantes quiso no solo derribar la absurda máquina de los caballerescos libros, mas tambien zaherir los recuerdos aun vivos de las costumbres andantescas. Compartimos esta opinion y pensamos que no es descamino el sustentarla, pues admitido como cierto que semejantes alardes vigorizaban el deleite producido por las obras de gesta, dándose una relacion efectiva entre los hechos engendrados en su espíritu y las creaciones de la que se podria denominar mitología romántica, parécenos en su punto que Cer-

vantes, vituperando la leyenda inverosímil y dañosa, mirase á destruir de paso lo que en mucho le servia de ocasion y de sustento.

Y se robustece esta doctrina cuando se estudia la época á que corresponde la historia del ingenioso Hidalgo: Turbaba la literatura caballeresca las imaginaciones de grandes y pequeños, producia obras dramáticas, que cual nocivo alimento, se ofrecian cuotidianamente á los públicos de todas categorías, y aun era objeto de veneracion apasionada para autores de nota y repúblicos eminentes. El poeta de su tiempo mas favorecido de los grandes con su proteccion generosa, de la muchedumbre con sus aplausos, Lope de Vega, rompia lanzas en pró de este género literario, sin parar mientes en los fieros daños que acarreaba á las buenas costumbres, ni conceder la debida importancia á los anatemas que contra él se fulminaban.

Afirmó el fénix de los ingenios en una de sus comedias, que el burlarse de las producciones caballerescas, equivalia á declarar que no se habian entendido, toda vez que si la esterior superficie escitaba la risa, penetrando en lo recóndito, se hallaban todas las partes de la filosofía natural, racional y moral; y siguiendo el ejemplo de otros dramaturgos, pedia Lope á sus disparatadas aventuras, motivos de inspiracion, argumentos dramáticos, llevándolos al palco escénico, tras animarlos con su fantasía y su talento.

Tan recio era á fines del siglo XVI el vicio flagelado por Cervantes, que á parte de los libros de caballería dados de nuevo á la estampa ó reimpresos, habia quien recomendaba con todo encarecimiento la prosecucion de las absurdas empresas que formaban el ideal perpétuo de los trashumantes caballeros. «La verdadera caballería, segun su razon cristiana, (escribia un autor contemporáneo) dicen que es, que entendiendo un caballero mozo, libre, rico, que á un príncipe cristiano, un tirano atrevido ó un rebelde desvergonzado, ó un príncipe moro, ó un hereje enemigo de su fé, toman las armas para ocuparle y tiranizarle..... el caballero tiene obligacion, digno de tal nombre y profesion, con licencia de su rey, de ponerse en camino y poner su persona en peligro gastando su hacienda por sustentar lo que como bueno heredó de sus pasados y prometió en el bautismo.» (57)

Publicó Cervantes su «Quijote» secundando á su manera en España lo que hicieran Ariosto en Italia y Ravelais en Francia, y cobrando en poco tiempo fama europea: Nobles y plebeyos familiarizáronse con los tipos por él inventados: corrió tambien por el mundo la desmayada imitacion del anónimo tordesillesco; sacaron á las tablas egregios vates la escuálida figura del demacrado y triste caballero, y no obstante que un terrible descrédito habia caido sobre los combatidos libros y un mortal ridículo sobre quien osaba se-

guirlos en sus despropósitos; los «Anales Andaluces, (58) producto de la péñola de Castillo Solorzano, contenian un diálogo donde se leia esta frase: «No es menester saber mas para imitar esas aventuras de Amadis, que aunque libro fabuloso, por lo ménos en esto nos dá ejemplo de lo que debemos hacer los que profesamos ser nobles (59).

Dícese que los dos últimos libros de esta clase que en España hubieron de imprimirse fueron la «Crónica del príncipe D. Policisne de Beocia,» año de 1602, y la «Genealogía de la Toledana discreta,» cuya primera parte sacó á luz su autor Eugenio Martinez en 1603, pero en el teatro siguió imperando la fingida turba de adalides, escuderos, damas y doncellas, gracias al acuerdo de los Lope de Vega, Calderon, Matos Fragoso, Moreto, Rojas, Montalvan entre otros, y hasta en tiempos de Cárlos II Bances Candamo componía una zarzuela vaciada en el molde de las ridículas hazañas.

Enseña este hecho que no se descuaja fácilmente aquello que con hondas raices en las costumbres vivió lozano por siglos en la cultura de un pueblo. Iglesia y Estado de consuno habian promovido la pasion caballeresca, y la primera fué quien con mayor eficacia autorizó sus dislates, ya armando caballero por mano de sus ministros al novel adalid y bendiciendo sus armas, ora conservando la espada del hidalgo en el te-

soro de las iglesias ó suspendida en la parte mas visible y encumbrada de los templos. Tras los muchos textos históricos que acreditan la parte que á la Iglesia cupo en el fomento de la andante caballería, puede consultarse en cuanto al último extremo lo que dice el Monge de Vigeois. Describiendo el escritor asceta el espolio de los lugares santos llevado á término por Enrique, Rey de Inglaterra, añade: «Loricam quæ in armario servabatur Guidonis di Grandimonti nocte quadam petiit et accepit.» (60)

Habia labrado hondamente el protectorado religioso en la conciencia de las muchedumbres, corroborando los preceptos legales del derecho escrito ó consuetudinario. Conocidos son los juicios llamados de Dios donde la suerte de la justicia ó la causa de la inocencia y de la virtud se fiaban al éxito de un combate personal, y en lo privativo á España, sabido es que Toledo presenció, reinando Alonso IX, un famoso duelo donde hubo de ventilarse cual de las dos liturgias habia de prevalecer, si la romana exótica ó la mozárabe castiza.

Siguiendo la legislacion variados rumbos, apadrina, distingue y premia el ejercicio de las armas bajo su relacion individualista, aconsejando la lectura de los escritos que á él se refieren. En las leyes de Partida se dice de los caballeros é hijosdalgos, que así como en tiempo de guerra aprendian hechos de armas presenciándolos ó ejecu-

tándolos por sí mismos, así tambien, en épocas pacíficas, debian aprenderlos por oida ó por entendimiento, y se recomendaba la lectura de las narraciones fabulosas para que les creciesen los corazones. Aunando por tal modo sus esfuerzos, sacerdotes y legisladores, realzaban prácticas y sentimientos que sin esfuerzo encajaban en aquella edad de hierro y de violencias.

Dilatada la institucion nobiliaria, mediante la concurrencia armónica de diferentes causas etnográficas, sociales y políticas, propágase á su sombra la mania aventurera, llevando á los paladines del amor y del derecho á trasmigrar errantes de zona en zona, buscando entuertos que enderezar, tiranos que reducir, doncellas que socorrer y malsines que castigar. Infiltróse tanto la dolencia en el organismo de los Estados, que cuando Cervantes publicaba su invectiva, aun gozaban de prestigio los usos caballerescos, siquiera pugnasen ya con los adelantamientos de la cultura y la relativa suavidad de las costumbres.

Fué la comedia de capa y espada, trasunto exacto de las escenas reales de la vida: las aventuras grotescas, los galanteos amorosos, el puntilloso honor que hallaba agravios, cruelmente vengados, donde un entendimiento esclarecido habria visto solo motivos de desden ó inevitables resultados de la femenina flaqueza; los raptos de las doncellas, el homicidio de los deudos, las empresas temerarias, el obligado recurso del duelo en tran-

ces que pedian la intervencion forzosa del juez sesudo, la exageracion del amor propio y de la personalidad, constituian la atmósfera moral que respiraban los contemporáneos de Cervantes. Ni eran desconocidos los hechos rigurosamente cortados en el patron quijotesco, y habia cundido tanto la pasion por todo lo que á ellos se referia, que se usó en la España del siglo XVII el cubrir los muros de las tascas, bodegones y demás lugares donde se reunian la gente maleante y hampona, con telas donde se figuraban los retratos imaginarios de los héroes de la antigüedad, ó de las fingidas historias caballerescas. Pintáronse estas de antiguo al aguazo ó de otra manera que no era al óleo, sobre sargas; y Pablo de Céspedes escribió que hallándose en Nápoles hubo de ver en el guarda-ropa de un caballero, unas hechas en España, de algun buen oficial, que representaban las hazañas de Amadis con sus nombres escritos en castellano.

Refiere madama Aulnoy cómo en su tiempo era cosa admitida en la Corte Madrid, que cada caballero tuviese una dama á quien cortejar públicamente: estaban tan en boga las bizarras costumbres cuando escribía, que no era raro ver á la tapada hembra pidiendo á un desconocido amparo contra quien intentaba seguirla, cuando sola y á deshora cruzaba solitaria calleja, aconteciendo tal vez que el propio marido detenia al impertinente perseguidor y favorecia los designios de

su adúltera cónyuge al acudir á la cita donde su amante la esperaba. Muchos son los retos, encuentros, duelos y torneos célebres registrados por la crónica durante el siglo XVI y el primer tercio del XVII: prescindiendo del cartel de desafío, que ateniéndose á la antigua usanza, dirigió Francisco I, armado caballero por Bayardo, á Cárlos V y del que mas tarde envia el Elector palatino á Turena, así como del bárbaro espectáculo que autorizó Enrique II ante el castillo de San German en Laye, donde dos caballeros de la Corte batallaron hasta sucumbir uno de ellos; recordando, solo de pasada, la muerte del mismo Enrique II á manos de Montgomery en una justa, pensamos que no será inoportuno publicar algunos documentos inéditos que corroboren la doctrina que defendemos.

Casi en las postrimerías de la décima sexta centuria circuló por Aragon un papel de que existe copia en la Biblioteca Nacional; (61) consiste en un cartel de desafío suscrito por los caballeros del Fénix, del Cisne y de la Venganza, guardas perpétuos del sepulcro del amor: dicen estos paladines, que habiendo buscado por «gran parte del mundo» el lugar donde pudieran estar con mas razon, han aportado al reino de España en el cual por experiencia han entendido cuán mal le conservan sus moradores—aluden al sepulcro—y viendo la poca ocasion que para esto tienen los caballeros de él, no embargante la aspereza é inep-

titud que de las damas de esta tierra por todo el mundo se publica, les ha parecido, por la honra del cargo que traen, hacer conocer á los que lo contradigan, cuan mal han guardado las leyes del verdadero amor, y para el efecto, hacen saber: que cuando tomaron el cargo de aquella aventura fué permitido que todos tres la defendieran en cualquier parte, y que así, en cumplimiento de ella, cinco dias despues que S. E. (el virey) hubiese vuelto al punto del emplazamiento de acompañar á la cesárea Magestad la Emperatriz, en la calle del Corso, ante la casa del propio Gobernador, asistirian los dichos en tres puestos, desde la una del mediodia hasta la oscuridad de la noche, armados de infantes.

Designábanse en el mismo papel, como jueces, á D. Martin de Bolea y Castro, y á D. Francisco de Altarriba y Alagon, y firmóle en firmeza de todo lo dicho en Jaca el 23 de Diciembre de 1581, don Hierónimo de Calcena, añadiéndose que el original se hallaba en poder del capitan de la guardia del virey.

Por aquella misma época, años antes ó despues, verificóse otro emplazamiento, cuyo cartel dice así: (62)

«El Vicentino Caballero de Placencia de la Compañía del Duque de Parma dice: que habiendo llegado á la ciudad de Zaragoza, tan afamada por su nobleza y antigüedad cuanto por la hermosura y belleza de las damas de su famosa ri-

vera, entendió como á las orillas del sagrado Ebro, junto á las ruinas de la antigua y nombrada Julia Celssa, se celebraban las bodas de una de las «pastoras mas hermosas» y «gallardas,» que, desde el Pó hasta el Tajo formó naturaleza, y como su oficio sea emplearse en actos de caballería, y por esta causa haya salido á la jornada de Argel, de cuya empresa el tiempo fué verdugo, codicioso de que su nombre quede estampado en los fastos de la sagrada campaña de Visilla, sá determinado llegar á mostrar el valor de su persona con todos los caballeros que no le concediesen que es la «dama que trae estampada en su corazon la mas hermosa del mundo, y, él mas dichoso y afortunado que pueda haber, y reto á tres lanzas de sortija en la plaza de la Villa de Xelsa, hoy que se cuenta cinco del mes de Octubre, desde dos horas despues del mediodia hasta puesto el sol. . . . .

Jueces: D. Jorge Fernandez de Heredia. Don Martin de Bolea.

Dado en las tiendas de Julio César, primer fundador de este florido suelo:—Yo D. Jorge de Villalpando, soy fiador.»

Podriamos ofrecer otros documentos no menos curiosos, para demostrar que imaginando Cervantes su novela tenia presentes sucesos reales de la época en que vivia; mas con el temor de aparecer difusos, hemos de limitarnos á reproducir un impreso del final del siglo XVI y algunas

otras noticias cuyo conocimiento agradecerán cuantos deseen conocer los verdaderos antecedentes del libro cervantesco. Dice así el impreso:

LA NIGROMANTE DESCONOCIDA.

Porque hace muchos dias que los guardas del interesado amor andan buscando su libertad, y conforme á las condiciones de su cárcel, no queda remedio ni esperanza si en ese reino no queda libre, viendo los inconvenientes que de aquí se podrian seguir, y teniendo por cierto que la vergüenza pasada servirá de remedio para adelante, me ha parecido que será bien dar fin á su prision alegrando el siglo con su libertad: y así vá ese mio, y lleva órden á mis guardas que el dia de la Ascension ó el siguiente, el mejor puesto fuese en la Villa, y mejor pusiese la lanza en ristre y llevase mejores lanzas y mejor señalare y mas lanzas rompiese como lo ordena la cofradía del Señor San Jorge: lleva para el que mejor corriese los lauros de las damas, un arco de plata, y para el mas galan las flechas de Cupido: En mi desconocido albergue.—2 Mayo—1587.

Recuerda, de seguro el autor, el famoso pasage del «Quijote» donde se habla de las letras y de las armas. Ahora bien: en una carta suscrita por el doctor F. Martinez, datada en Zaragoza el 29 de Setiembre de 1599, se describen las fiestas celebradas en aquella ciudad con ocasion de la veni-

da del Rey. Segun ella, el torneo pareció «fábula de los libros de caballería,» pues hubo carros con figuras mitológicas y farsas, y en la plaza del Pilar construyóse una montaña que subia en alto mas de ciento cincuenta palmos, rematando en una nube que con gran estrépito de tronadores se abría apareciendo el Dios Júpiter sobre una grande águila: presidia el torneo él mismo como juez, porque todo él era en razon de averiguar por armas (copiamos textualmente) cuál era mas á propósito para el buen gobierno «las letras ó las armas,» la Diosa Palas ó la Divina Minerva. Añade el buen capellan que en la farsa estaban representados, entre otras, Hércules, Mercurio, Felipe II y Felipe III, y que debajo de la montaña se abrian siete cavernas por donde entraban á caballo los torneadores y salian por ellas muchas diferencias de animales, sátiros y centáuros.

En órden á los torneos y fiestas donde se procuraba imitar cuanto se leia en las obras de gesta, no sería tarea ímproba acumular textos y citas.

Sábese que en Bins, Cárlos V y su hijo D. Felipe, fueron obsequiados con representaciones de los pasos narrados en aquellos libros:

Publicó Paulo Jovio, obispo de Nucera, un libro titulado—«Diálogo de las empresas militares y amorosas»—y en él encomia las realizadas por personages de su tiempo, colmándolos de plácemes y elogios.

Juan Gines de Sepúlveda, cronista de Cárlos V,

en su libro (63) narra las proezas del sevillano Manuel de Leon que pasó al Africa á buscar ocasiones de alabanza y fama, poniendo carteles por toda la Mauritania «como era costumbre,» desafiando á cuantos con él quisiesen combatir; y habiendo acudido multitud de valentísimos hombres, venció y mató á siete, porque los demás viendo el manifiesto peligro y certidumbre de la muerte no osaron combatir. Tornó el caballero á España con grandísima alabanza, trayendo en triunfo las cabezas de los siete, que el autor siendo muchacho vió en Sevilla. (64)

En Febrero de 1599 los caballeros valencianos obsequiaron á Felipe II con un torneo que se celebró en Denia, bajo la direccion del futuro duque de Lerma, y en el mes de Abril siguiente verificáronse otros á pié con el propio deseo en la ciudad de Valencia.

Durante el año de 1602 hubo en Toro, Zamora y Valladolid, fiestas parecidas, manteniéndolas los cortesanos mas distinguidos. Figuraron en ellas el príncipe del Piamonte y el marqués de Este.

Repitiéronse los torneos en la última de las ciudades citadas, en Enero de 1605, desempeñando principal papel en el belicoso certámen, los Duques de Sessa y del Infantado, los condes de Alba, Saldaña y Gelves; y en Madrid, expirante el año de 1606, como se celebrase uno de estos festejos, suscitóse tal porfía entre las cuadrillas que acaudillaban el Marqués de San German y D. Martin Va-

lerio de Franqueza, que hubo de mediar la guardia española y tudesca para cortarla, dándose la diversion por fenecida.

Muy celebrados fueron los torneos con que Zaragoza mostró en 1614 su regocijo al enterarse de la beatificacion de Teresa de Jesús, y aun más ruidosos los que ordenó luego que supo la canonizacion de la santa. El señor de Quinto, bajo el disfraz del Caballero de Avila, salió de esta ciudad y pasó á Zaragoza á defender en campo cerrado la santidad de su compatriota, viniendo de Francia á combatir su intento muchos hidalgos, mientras asistian al mantenedor en su empresa altos señores del solar aragonés.

Aun publicado el «Quijote» siguiéronse celebrando actos de este jaez, y repitiéndose los desafios á la usanza quijotesca. Entre los últimos, el propuesto por el duque de Medina Sidonia á su cuñado el de Braganza, cuando este se alzó con la corona de Portugal, es célebre en los fastos de la historia.

II.

Parecenos evidente que Cervantes dirijia sus tiros á un doble blanco, la obra de gesta y las prácticas de la caballería; que vituperaba á un tiempo la ficcion y la realidad, el libro y la costumbre, des-

lizando así la mas fina censura entre los festivos alardes de una sátira ingeniosa y al parecer puramente literaria.

Vendrá al suelo muy luego, al robusto empuje de su bien templada crítica, la embrollada máquina de las inmorales y sándias producciones, no así el principio que las informa, que sigue alentando en el pecho de los mas briosos y potentes.

No era el vulgo quien apadrinaba á los andantes aventureros, mas la aristocracia, cualquiera que fuese su complexion: el sentido comun, llano y discreto que tenia su representante en el rústico escudero, descubrió la enseñanza contenida en el libro; los que sentian, bajo la aparente lenidad de la mofa cervántica, el dardo agudo de un talento que, adelantándose á sus contemporáneos anunciaba la ruina de lo existente para bosquejar los gérmenes de lo porvenir, arremetieron contra la obra persiguiéndola tenaces con sus denuestos ó maltratándola con sus desdenes.

Así obraban lógicamente: como hombres de letras, Paravicino Villegas, Suarez de Figueroa, Vicente Espinel, Gallo de Andrade, Valladares de Valdelomar, y antes que todos, Lope de Vega, personificaban la sociedad preponderante en sus capitales rasgos. Compréndese y se esplica sin esfuerzo el silencio que respecto del «Quijote» guardan los mas notables autores del siglo XVII, mientras indigna por lo cruel é injusto el vituperio con que algunos quieren lastimarlo.

Callaban los más cautos no atreviéndose á ir contra la corriente de la opinion, propicia desde el principio al manco, lo mismo dentro que fuera de España. Querìan detener el vuelo del aplauso, con la miserable conspiracion del silencio, y llevados otros de su ligereza petulante ó de un necio orgullo, osaban atreverse con el genio que á todos escedia en grandeza de ánimo, virtudes y merecimientos.

Monopolizada la literatura por los que vivian apegados al fastuoso alcázar de la tradicion, puesta aquella comunmente al servicio de la realeza, á quien adulaba sin medida, ó concurriendo á estender la ignorancia y el fanatismo con la ruina de las costumbres cristianas mediante la novela picaresca, las poesías eróticas, los autos de fé y las representaciones teatrales; reservó secundario puesto al engendro peregrino del ánimo mejor regido y concertado.

Estranjeros habian de ser los que volviendo por la causa de la justicia, nos enseñáran á gozar las bellezas del «Quijote» enalteciendo á su autor, y lo mismo entonces que despues no ha sido en España donde la crítica, al juzgarlo, levantó mas alto su objetivo. Quilatáronse aquí sus bellezas esternas y orgánicas, mas pasaron desapercibidos el pensamiento y la doctrina que entrañaba el fondo con su humano simbolismo. Ni fué dado al crítico indígena sacudir el yugo de las instituciones: los comentadores españoles del «Quijote,»

aun gozando de grandes alientos, desconocieron el alto y filosófico criterio de que alardearon los estranjeros. La crítica, como toda manifestacion de la actividad humana, se modela en el medio moral que la produce: imperaban, si es que no imperan hoy mismo, en la península, dos ideas capitales, la ontológica y la política, metafísica y Estado, y el literato no sabia ni podia prescindir de ellas, mucho mas cuando tenia de su lado el imperio de la ley y la fuerza del acatamiento general.

Profundícese el sentido moral del «Quijote,» su concepto sintético, reconózcase el nexo que como misterioso resorte une las partes todas de la obra, y se descubrirá que el libro es eminentemente humano, subjetivo é individualista; que acomodándose á toda conveniencia, ostensiblemente rompe en lo esencial con cuanto le rodea. Fuéranos fácil ofrecer numerosos textos que vigorizaran esta doctrina: Contentémonos, no obstante, con citar uno solo utilizado antes con ocasion y propósitos diferentes.

Aludimos á las palabras que el autor pone en boca del hidalgo, capítulo 58 de la segunda parte: «La Libertad, dice, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos, y con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, asi como por la honra, se puede y debe de aventurar la vida.» ¿Cuándo se espresa de este modo el co-

medido caballero? ¿Con qué ocasion revela los sentimientos que abriga en su pecho? Recuérdese bien; acabado de salir de la mansion de un egregio personage, cuando aun se halla en presencia de los muros y altos chapiteles del castillo de los Duques.

Sigue Cervantes vereda muy opuesta de aquella porque la generalidad camina; renuncia á las ventajas del parasitismo y la privanza; á los medros de la adulacion y de las serviles complacencias: son los beneficios y mercedes recibidas, ataderos que no dejan campo al ánimo libre. «¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!» Este es Cervantes, esas máximas con la esclamacion final, resumen su carácter. Él, que lleva la fiera independencia del alma hasta el posible límite, desdeñando los encumbramientos pasageros y los placeres fáciles para contemplar las grandezas de la inmortalidad; regocíjase con el trato de varones de ejemplarísima conducta, y de las pobres monjas que en su modesta posicion le otorgaban sinceros consuelos en vida y una estrecha sepultura en la muerte. Habia aprendido el noble corazon, durante los muchos años que fué soldado, y los cinco y medio de cautiverio, á tener paciencia en las adversidades, y no se cuidaba de los efímeros agasajos que podia proporcionarle el socorrido proceder de poetas afamados y de escritores en boga.

Imaginamos, volviendo ya de esta digresion al tema propuesto que, siendo el «Quijote» en mucho, espejo donde se refleja la sociedad española del siglo XVI y XVII y cifra de nuestro carácter, temperamento, génio y calidades, encierra además una censura perpétua de lo que hasta ahora nos distinguió en el concierto de los pueblos europeos.

Cayó la caballería andante en todas partes, y entre nosotros siguió enhiesto su espíritu; que no parece todavia descuajado de lo mas secreto de nuestro organismo. Si el hidalgo arrinconó las enmohecidas lanzas en el oscuro camaranchon, si no hubo ya quien recorriera llanuras, bosques y montañas en demanda de entuertos que desfacer, ni de doncellas á quienes amparar; si los marciales arreos trocáronse en antiguallas de que solo cuidaria el arqueólogo; cierto es tambien que no hemos olvidado la política aventurera de que la caballería fué un modo principalísimo, ni aquellos peculiares defectos que Cervantes zaheria discretamente.

En pleno siglo XIX sostuvimos añejas prácticas y absurdas pretensiones, escitando la risa del mundo en más de un caso con nuestros quijotescos alardes y nuestros exhorbitantes desatinos. Faltónos como entidad política, aquel buen sentido práctico de que Sancho estaba adornado y que tantos beneficios derramó sobre pueblos menos favorecidos por la naturaleza que el nuestro;

aprendimos poco de la esperiencia y pagando tributo á rancias preocupaciones, vivimos retardados en todo ó nos entramos turbulentamente, para retroceder muy luego, por el camino que con seguridad y entereza seguian otros pueblos. No hay nacion que blasone tanto de sus pasadas glorias, ni poeta español que no se crea obligado á cantarlas, ni documento político en que no se recuerden, de consentirlo su naturaleza; ni conflicto internacional, por pequeño que sea, donde no salgan á relucir; ni discurso reaccionario ó patriótico, en esto hermanos, donde el orador no esté seguro de arrancar aplausos enumerando los laureles conquistados por nuestros padres cuando soportaban el yugo austriaco ó pedian al piadoso Felipe II hogueras para exterminar á los hereges.

Aun nos señorea el quijotismo: la caballería andante, trasformada, refundida, con la moderna vestimenta disfrazada, tiene todavía templos en nuestros corazones. Entre el frio raciocinio y el entusiasmo ardiente y pasagero, optamos por el último; entre la poesía sin profundidad, pero de brillante forma, y la prosa científica nutrida de pensamientos útiles, preferimos aquella; entre el discurso rimbombante, hinchado, sin meollo ni lógica, mas de estructura gallarda y eufónicas cadencias, y la plática modesta que se dirige sin rodeos al entendimiento, nunca fué dudosa para nosotros la eleccion. Llámase al castigo del delincuente satisfaccion de la pública venganza: el que

ejerce autoridad toma la resistencia á los dictados de esta como agravios hechos á su propia persona; no se desea crecer en libertad, sino en privilegios y distinciones, ni se lucha en la esfera política por el triunfo de las ideas, antes por el propio encumbramiento y la ruina de los contrarios. Vicios y flaquezas son estos que emanan de aquellos otros que Cervantes reprendia solícito, esplicándose por tal manera la perenne vitalidad de su sátira: asestada contra un mal grave y pasagero del período en que fué escrita, abarcó lo mas castizo y constante de nuestra personalidad; de aquí su importancia nunca negada, el interés que la acompaña y la eficacia real de sus lecciones y censuras.

Compónese nuestra moderna historia de un enojoso conjunto de hechos no poco inficionados de la pestilencia que engendraban las quijotescas locuras. Antes que á la razon, hubimos de consultar al sentimiento; antes que á la justicia, con su reposado consejo, al arrebato de la pasion, que arrancando á veces de móviles laudables, nos despeñó por el precipicio de las mas reprensibles demasías. Es España para los extranjeros tierra clásica del contraste y de lo anómalo, de lo estremado y de lo antitético; y con efecto, basta mirar en torno nuestro, contemplarnos cual somos, y se verá imperando sobre nuestro suelo aquel eterno desquilibrio que cifraron D. Quijote y su escudero. De la indiferencia mas punible, pasamos al ce-

lo mas exajerado; de un quietismo vergonzoso que dura lustros, cuando no siglos, á una actividad desbocada que muy luego se tornará en retraimiento; ni es comun que confesemos nuestras faltas, y si declaramos haber cometido una série de lamentables equivocaciones, imitamos á D. Quijote, en quien los reveses de la fortuna, las pedradas y caidas, no retrageron ni apartaron de nuevas temerarias empresas y nuevos merecidos descalabros... ¡Y, cómo hablamos del honor nacional! ¡cómo de los intereses sagrados de la pátria, cómo de la justicia y de la religion! En pocas partes se hallará tan menguado el verdadero patriotismo, ni la justicia tan sometida á la ley del encage, ni la religion tan minada por el indiferentismo y la hipocresía; mas nuestro quijotismo no consiente que rasguemos el velo que cubre tanta decadencia, hija de causas históricas que no es difícil discernir, y con admiracion del mundo continuamos siendo los verdaderos caballeros andantes de la Europa, héroes por fuerza, aventureros políticos que acojemos las ideas mas grandiosas para rebajarlas al nivel mezquino de nuestra pequeñez moral y de nuestro abatimiento de carácter.

No sin silencioso dolor acuden al ánimo tan tristes reflexiones. Preséntasenos Cervantes cual juez inexorable que nos dá en rostro con nuestras flaquezas; y su libro como veredicto severo que nos condena sin ulterior recurso. Desconocemos

el arte de concertar las tendencias antagónicas de la vida, como la ordenaron múltiples elementos, en un sábio equilibrio equidistante de toda exajeracion: cuando no embrazamos la adarga del amo, á horcajadas nos vé el filósofo sobre el asno del escudero: resume la política la total actividad de nuestra raza, y ¡cuántos no son los Quijotes y Sanchos que se descubren en sus dominios, aquellos, dominados por el idealismo mas pernicioso, rejidos estos por las mas sórdidas ambiciones!

Fuera impertinente desconocer que Cervantes concluyó con la caballería andantesca de los libros; pero ¿consiguió matarla en la sociedad española? ¿No alienta en ella su espíritu, modificado por los progresos y mudanzas de los tiempos?

Hé aquí un problema propio de las altas especulaciones de la filosofía.

¿NECESITA EL QUIJOTE COMENTARIOS?

I.

¿NECESITA EL QUIJOTE COMENTARIOS?

Al decir Cervantes,[1] valiéndose del Bachiller Sanson Carrasco, que la mas donosa y popular de sus novelas era manoseada por los niños, leida por los mozos, entendida por los hombres, celebrada por los viejos, trillada y sabida de todo género de gentes, se espresaba con tal verdad, que nadie habria osado desmentirle. Convenian émulos y detractores en reconocer el éxito inaudito alcanzado por el «Quijote,» y alguno, entre los primeros, hubo de afirmar que no se hablaba en todas partes de otra cosa, que no fuera de sus he-

chos y aventuras. Dada la naturaleza de la produccion, esplícase sin violencia este fenómeno bastante singular en los fastos de la literatura.

Era el «Quijote» para el comun de los lectores una obra de honesto y sabroso entretenimiento, donde con no conocida gracia y pincel maestro se retrataban al vivo, las costumbres andantescas para hacer de ellas discreta mofa y profundo escarnio. Alcanzábase á poco discurrir su intencion honrada, que era llana y evidente, y la eficacia de su enseñanza crecia recordándose episodios reales que con los figurados se concertaban guardando estrecha semejanza.

Corrian de mano en mano las historias y romances caballerescos; repetíanse los torneos y las justas á la antigua usanza; no escaseaban los encuentros y desafíos entre los señores; y los pueblos solian presenciar espectáculos de un cabo al otro comprendidos en el círculo de la crítica cervantesca. Ponia el «Quijote» de bulto todo el ridículo que acompañaba á la profesion de los paladines, y mostrando con recia lógica su completa ineficacia para el bien, dados los progresos sociales y las mudanzas introducidas por el tiempo, en las costumbres, pedia el abandono y olvido de ideas y usos, desautorizados con las necesidades que los enjendraron.

Si el vulgo mostrábase propicio á continuar saboreando las groseras bellezas contenidas en los libros de caballería, si autores de nota rompian

lanzas en defensa de semejante género literario, no era menos cierto que se habian levantado á condenarlo inteligencias superiores, y que en la atmósfera moral contemporánea tomaban cuerpo gérmenes y tendencias de todo punto contrarios á las corruptoras y corrompidas narraciones andantescas. Cuando Lope de Vega, desmintiendo sus talentos, se ponia de parte de los tales libros, olvidábase de sus mas comunes calidades. Absurdos en el argumento, descosidos en los episodios, fantásticos y disparatados en los hechos, inmorales ó crueles en los sentimientos, estravagantes en las doctrinas, desmayados en el lenguaje, asociando sacrílegamente la religion y la concupiscencia, eran á buena luz vistos, si peligroso escollo para las voluntades frágiles, fruto sin sustancia bajo la relacion de la literatura.

A punto que salia á luz el «Quijote» hallábase la sociedad favorablemente dispuesta para recibirlo, entenderlo y apreciarlo. Cansada del espiritualismo escesivo de la Edad media, de los arrobos místicos de la vida monástica, de las perdurables y vacías controversias del escolasticismo; convertia sus ojos sobre la tierra y los mundanos intereses, fuertemente conmovida por las lecciones del Renacimiento greco-latino y las terribles protestas de la Reforma. Respondia el tipo del Hidalgo manchego á la idea antigua, miraba al pasado, encarnaba en sí—bajo una coordinacion artística—los modos de ser mas constantes y verdaderos de

la nacionalidad, contemplada en lo presente y en su historia, mientras el rústico escudero, con su impertinente simplicidad y su estrecho egoismo, resumia los avances del buen sentido, imponiéndose ya á las inteligencias mas refractarias. Alzábase tras la triste figura del caballero la total organizacion del feudalismo, con sus glorias y sus vergüenzas, con sus escesos y sus generosos desbarros, con todas las consecuencias posibles en las varias esferas sociales. Recordaba D. Quijote la realeza de derecho divino; el castillo roquero con su adusto habitante; señor de horca y cuchillo; el linajudo prócer que tomaba por propio derecho cruel venganza del menor agravio; la hembra aprisionada en oscura y gótica estancia, devorando las melancolías de su encierro; el noble que no reconocia límites á su albedrio, freno á sus caprichos, contraste á sus escesos; la justicia y el derecho menoscabados, en la persona de los débiles; la sociedad dispuesta en beneficio esclusivo de unos pocos; la moral supeditada á los piés del fuerte; la religion estraviada en las esferas del idealismo; el vicio y la flaqueza encubriéndose hipócritamente con el austero sayal de la virtud.

Frente á frente de D. Quijote, como su correctivo y á la vez su complemento, habia puesto el vate una segunda figura de tosco modelado, aunque de admirable, fina y elocuente espresion. Bajo el mugriento coleto de Sancho alentaba un corazon lleno de esperanzas grandiosas y de sentimien-

tos sublimes; el corazon de la burguesia. Ni era Sancho el proletario que gemia adherido al terruño, ni siquiera la democracia, mas la clase media, el burgués, que aherrojado y escarnecido por la gente autocrática, aprestábase á disputarle el imperio social, antes que con las antiguas armas de la fuerza, con las modernas de la ciencia y del libre exámen. Debia concluir muy luego, el monopolio de la religion, del poder y de la sabiduría. Romperíase el sello que cerraba los sagrados textos, habria quien dijera á los pueblos que eran la verdadera fuente de todo derecho gubernamental; y la imprenta, anulando los privilegios universitarios, secularizaria los conocimientos trayéndolos al nivel de todas las inteligencias.

Cuando los triunfos de la burguesia eran ya enérgicos presentimientos, que conmovian á las muchedumbres, y se contemplaba la befa de Cervantes respecto de lo que aun para muchos seguia representando lo mas noble y meritorio de la existencia; cuando la caballería, es decir, lo tradicional, lo consagrado, lo aristocrático y preponderante, era objeto de ludibrio para mozas hombrunas y zafios posaderos, si la burla no partia de los mismos encumbrados alcázares; compréndese, esplícase y queda justificado el súbito renombre del libro, cuya aparente lenidad hacia mas eficaces y menos coercibles sus censuras. Si Cervantes hubiera escrito una diatriva científica, moral ó filosófica contra los males de su siglo, personifica-

dos en la produccion de gesta y en el paladin aventurero que los sintetizaban, pocos le habrian leido, fracasando en la empresa de arrinconar la una y hacer patente la necedad é impertinencia del otro; mas iluminado por no comun inspiracion, entendió que no serian los doctos quienes otorgarian el triunfo á que aspiraba, sino esa entidad anónima que se llama opinion pública; y de aquí la forma de su engendro, el carácter de su crítica, el medio que usa para dar generosa cima á su designio.

Sabe que el sentimiento es en los hombres mas poderoso que la razon: halla entre la forma artística y la sensibilidad lazos misteriosos, secretas correspondencias; su libro, pues, antes que disertacion escolástica, será una agradable novela, un cuadro realista, un animado teatro donde comparezcan los principios que combate y las esperanzas que sirve, donde batallen lo pasado y lo porvenir, el caballero y la burguesia, el idealismo y la realidad, hasta que el primero resulte convencido de error y la segunda victoriosa sin ulterior recurso.

Pensar que Cervantes sometió el plan de su obra á un laborioso raciocinio, cortado en el patron del nuestro, seria insigne despropósito: díjose con justicia que el «Quijote» fué obra de inspiracion: muy cierto; mas cúmplenos añadir que esa inspiracion venia precedida del conocimiento exacto de la dolencia que se queria combatir y del género de medicina que el mal reclamaba. Nega-

mos que el «Quijote» fuera hijo del acaso; lejos de esta idea, le vemos organizarse en un concurso de hechos y circunstancias que, asociándose en el cérebro del poeta, le dan vida en momentos y sazon oportunos. Inventa el génio solo en determinado concepto. Con una sensibilidad privilegiada, producto de condiciones físicas y psicológicas que no debemos ahora discurrir, recibe impresiones que pasan desapercibidas para el comun de los hombres, halla temas de estudio donde los demás no se detienen, descubre coincidencias y relaciones fatales donde el vulgo vé, por junto, efectos de lo fortuito y de lo contingente: inflamado el génio con la llama de la inspiracion, que á vigorizarla concurren las naturales y adquiridas aptitudes y el mundo esterno con sus influjos; absorbe los impalpables gérmenes similares que flotan en la atmósfera moral de la época que vive, busca sus contactos, pondera sus simpatías, fija sus caractéres, separa lo sustancial en ellos de lo transitorio, y fundiendo las disgregadas moléculas en un conjunto racional y lógico, viértelo al esterior, marcándolo con el sello divino de su personalidad y de sus talentos.

En la esfera del arte, sobre todo, y Cervantes es artista mas que otra cosa, los milagros son desconocidos. Cada creacion arguye una síntesis, toda síntesis tiene sus precedentes positivos en el momento que la registra y en lo pasado. Son los génios inmensos receptáculos donde se condensan

las ideas, los dolores, las alegrías, las creencias y las esperanzas de toda una generacion. Faros brillantes, guian nuestras almas hácia la penumbra de lo desconocido, mostrándonos las vías de lo que será cuando huyendo de las tinieblas de lo que fué, sentimos el desfallecimiento de lo presente. Ni es el génio una individualidad, más el desbordamiento del progreso humano que hace remanso transitoriamente en un punto, para reconocerse á sí propio. Y como Jano posee dos caras: reune la una todo lo que se vá, es conservadora é intransigente, ésta inmóvil y decrépita; irradia la otra resplandores luminosos, es la aurora que anuncia toda nueva florescencia.

Así se esplica la popularidad del génio. Lejos de subir como Prometeo al Empíreo en busca de fuego para animar su estátua, demándalo á todas las conciencias, á todas las gerarquías, á todas las voluntades: ni Homero, ni Esquilo, ni el Dante, ni el Tasso, ni Shakespeare, ni Moliere, bajaron de las nubes por arte de encantamento, como no bajó del cielo Rafael, segun la feliz espresion de un crítico eminente; son flores terrenas que nutre la sávia en su doble corriente histórica y contemporánea. Nacen á la luz en el momento en que debieron nacer, su aparicion es inevitable fatalismo. El génio anticipado llámase locura, escentricidad ó estravagancia, el que se retardó copia y mediania. Porque el génio piensa el pensamiento del mayor número, porque comprende sus tribula-

ciones y halaga sus deseos, porque en él hallan resonancia íntimos sentimientos, no esteriorizados todavía, y necesidades positivas sin colmar; por eso, triunfa de la indiferencia, de la envidia y del ódio, prolongándose su prestigio á través de las generaciones.

Encarnaba el «Quijote» un doble ideal: el de la tradicion y el de lo porvenir, y bastaba mostrarlo en público para que todos lo percibieran. Ideal pasado, la caballería andante; ideal futuro, el buen sentido; fué aquella novela una revelacion, y como tal, doctos y literatos la comprendieron. Ni es exacto que muy á la raiz de publicarse se propagara la idea de que guardaba sentido oculto. ¿Dónde consta semejante novedad? Hasta las postrimerías del siglo XVIII no se habla de si el «Quijote» encierra ó no un «sutil desinio» que el autor ha declarado en las páginas del «Buscapié». Segun Fernandez de Navarrete la tradicion que al sentido oculto se referia era poco general y poco conocida hasta los tiempos en que él escribió—1819—y antes de Pellicer—1797—no se encuentra de ella rastro alguno en los escritores que del «Quijote» se ocuparon. Pero hay mas: si á un análisis reflexivo se la sujeta, aparecerá claro que semejante tradicion era absurda y que debió forjarse en época muy posterior. Fundándose en que el público recibió el «Quijote» con indiferencia y que hasta el título fué objeto de mofa, inventóse el cuento de que tomando Cervantes el desden y

las burlas como consecuencia de que se habia desconocido su propósito, escribió y publicó, sin romper el anónimo, un corto papel donde, vituperando en apariencia su obra, descubria que era sencillamente una sátira contra las caballerescas, y que las personas y episodios, aunque de mera invencion, respondian en lo discreto, á séres y ocurrencias del órden real.

Inútil sería empeñarse en probar todo lo gratuito de tales asertos. Sabido es que el «Quijote» despertó vivísimo interés y curiosidad dentro y fuera de España desde un principio, y precisamente lo que en él mas resalta es la inquina del autor contra los libros de Caballería y el arbitrio de zaherirlos y derribarlos. Bastaba, por otra parte, un muy mediano discernimiento para percibir que la fábula copiaba la naturaleza, y tan era así, que un contemporáneo de Cervantes, Faria y Sousa, aseveró que «apenas si tenia accion perdida ó acaso, sino ejemplar, ó abierta, ó satírica ó figuradamente,» juicio de que participó Bowle, ateniéndose á él en sus pesquisas.

Conviene por ende á la crítica, dejar dilucidado este problema, como base de ulteriores afirmaciones: el «Quijote» no necesitó de comentarios al salir á luz. Sin que le acompañase trabajo alguno de erudicion ó esplicativo, pasó al dominio público, donde sus bellezas fueron apreciadas y entendida la enseñanza directa de que era mensajero. Habla el génio, si se encarna en una obra de

arte, la lengua ingénua de las pasiones y sentimientos mas robustos y predominantes en torno suyo. Representaos á Homero, á Fidias, á Giotto, al Dante, á Rafael, al Tasso, á Murillo fuera de sus ciclos respectivos; sus obras serán verdaderos arcaismos; pedirá el poema notas y comentarios; el lienzo, una elaborada disertacion que esplique sus cualidades y su simbolismo.

Y hay otra circunstancia que no debe olvidarse: la obra del génio entraña constantemente dos valores, el valor peculiar al momento en que se produce y el valor eterno que se trasmite á la posteridad.

Encajan los cuadros de Rafael en su época, son la cifra pintoresca del idealismo católico, que asocia un doble elemento, el clásico y el cristiano; sus concertadas composiciones hablan un lenguaje familiar que todos entienden, y las bellezas figuradas por el pincel antes se sienten que se esplican. Escribe Tasso su «Jerusalem» inspirándose en los votos de la piedad, es el poeta de la Iglesia en el apogeo de su gloria, sus cantos responden á las oraciones de los devotos, son el «sursum corda,» trasportado á la ganma de la epopeya.

Mudados los sentimientos, alteradas las creencias, vacilante la fé, necesita hoy el lienzo rafaelesco del auxilio de los doctos si sus bellezas han de valorarse en justicia; y no colma el poema épico del catolicismo nuestros anhelos, al buscar sus méritos, sino cuando la crítica nos coloca en el instante histórico de su aparicion.

Entendemos, por tanto, que si el «Quijote,» como obra de arte, cifra de un modo de ser concreto de la sociedad á que corresponde, crítica de los males que la trabajan y correctivo apropiado para disminuirlos, no necesitó de comento para que sus primeros lectores lo entendieran y estimaran; cambiadas con el tiempo las circunstancias en que hubo de producirse, reclamó y reclama el concurso del erudito y del filósofo si ha de continuar el interés y las simpatías que en un principio despertó.

Y no hay que rebelarse contra esta idea: los mismos que recientemente han dado en la flor de combatirla acuden á sancionarla con su proceder, contradiciéndose sin advertirlo. Se rechazan los llamados comentarios filosóficos, dícese que no es posible hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo, ó si se quiere de intolerancia, que se alza contra toda idea de crítica y de exámen, y á renglon seguido, los que tal escriben, repitiendo conceptos antiguos, convienen que en el libro hay algo superior á su accion como novela, buscan embozadas sátiras contra encumbrados personages en las escenas principales, y hasta desembozan las alusiones concretas que en sentir de ellos hizo el autor al gobierno de sus dias, á la persona que ocupaba el sólio y á los malos ministros que le rodeaban.

Repugnan los comentarios filosóficos, como si el discutir la valia del «Quijote,» su significacion so-

cial, sus alcances humanos, su trascendencia, en fin, no fuera puro filosofar; como si la crítica, sacada de las estrechas veredas en que algunos usaron encerrarla, pudiera dar un solo paso sin el auxilio de la filosofía. Rechácense enhorabuena determinados comentarios filosóficos, ó lo que en ellos no sea admisible y nada habrá que decir en contra; mas censurar á los que filosóficamente pretenden estudiar el «Quijote», y al propio tiempo examinarlo, aunque toda idea de crítica y de exámen enoja, desde un punto de vista «verdaderamente filosófico,» no nos parece lo mas discreto. Ni se imite á los que niegan que la novela esconda bajo las flores de su narracion el áspid venenoso de la sátira, sin recordar que antes habian tenido por sesudo y acertado en estremo el parecer de quien halló oculta en ciertos pasages del libro una sátira, contra los que torpemente manejaban el gobernalle de la española monarquía.

La verdad es que sin los comentarios, llámense ó no filosóficos, los méritos del «Quijote» no se habrian puesto tan á las claras como lo están, á dicha, ni el renombre de su autor hubiera volado de zona en zona dando la vuelta á la redondez de la tierra. Si el interés de la donosísima novela no se agota, si las ediciones de ella se repiten, si no hay literato que no se sienta en la necesidad de manifestar la personal impresion que ha podido ocasionarle su lectura, si los artistas pugnan por ilustrar sus tipos y sus escenas con selectos tra-

bajos, si cada dia que pasa es mayor el número de los admiradores de Cervantes, débese en mucho, á los esfuerzos de la crítica filosófica. Y tan no admite respuesta este aserto, que basta recordar lo ocurrido hace algunos años con motivo de la publicacion de cierto célebre folleto—digno en mucho de vituperio—para hallarlo muy razonable y en su punto. Suscitada viva controversia, notóse que se despertaba mayor interés que nunca en órden al libro discutido, y como resultado provechoso, multiplicáronse las ediciones, hízose alguna merítisima, aclaráronse estremos principales de la vida del autor, emprendiéronse nuevas labores, y tanto la pátria literatura como la extranjera, se enriquecieron con trabajos selectos que no desdeñaria el mas bronco de los Aristarcos.

Combatimos, cuando era pertinente, las tendencias que entrañaba el folleto á que antes aludimos, mas ni condenamos «ex catedra» el noble móvil que hubo de inspirar sus páginas, ni mucho menos, reseñando el progreso de la crítica en lo propio del «Quijote,» callamos el elogio de los comentadores y analistas dignos de loa y de respeto. Deudora es España en parte á sus esfuerzos, del lugar que en la consideracion del mundo goza su preclaro hijo; y si Gayton, Jarvis, Bowle, Dunlop, Coleridge, Ticknor y Robertson, entre los ingleses y norte-americanos; Florian, Voltaire, Viardot, Germond de Lavigne y Emilio Chasles

en Francia; Bouterweck, y Schlegel en Alemania, y entre nosotros Rios, Pellicer, Clemencin, Salvá, Ruidiaz, Quintana, La Barrera, Fernandez Guerra, con otros que fuera prolijo nombrar, no hubieran tomado al «Quijote» por blanco de sus disquisiciones; siendo como es Cervantes el coloso de la moderna literatura; no ocuparia el puesto á que le alzó el amor y la pluma de sus admiradores. Fueron estos los que vieron y señalaron el valor constante del libro, aquel que, lejos de concluir ó estinguirse, se trasmite de siglo en siglo, adquiriendo mayores quilates con el trascurso de los tiempos; los que hallaron en la novela algo mas que la crítica circunscrita á la heredad literaria que convenia desbrozar de la mala yerba esparcida sobre ella, los que dieron la clave de aquel honesto y perenne solaz con que el autor endulzó las melancolías de todo ánimo contristado, y los que, para decirlo de una vez, renovaron y renuevan el fuego del entusiasmo, siempre que se trata de honrar y enaltecer al mas primoroso de los escritores y al mas desdichado de los poetas.

II.

Demostrado por tal manera que los comentarios favorecen al «Quijote» en determinado concepto, como favorece á la «Divina Comedia» la multitud de producciones que su estudio suscita de año en año, lícito será que fijemos en la medida de nuestras fuerzas, el carácter que debe tener el comento, si su utilidad no ha de ser mínima, mentida ó problemática.

Analizaron unos la obra empuñando la férula del preceptista; quisieron otros apreciarla con el criterio de la gramática y de la elocuencia, y hubo tambien quien solo vió en ella un poema épico vaciado en la turquesa del clasicismo. Descubrieron otros mas altas miras, proponiéndose señalar las alusiones literarias é históricas contenidas en el libro; esplicar los pasages oscuros; averiguar las concordancias entre las escenas figuradas, las narraciones andastescas y las costumbres nacionales; no faltando tampoco autores competentes que acometiesen la empresa de poner al «Quijote» como pensamiento filosófico, en relacion con la época en que apareció y con el total desarrollo del humano progreso. Allegóse por estos medios un rico caudal de ideas, observaciones y noticias

en muy pocos casos despreciables. Desde Gayton hasta el mismo Germond de Lavigne, cuyos servicios eminentes á la pátria literaria desconoció alguno llevado de inesplicable intolerancia, no se ha conocido comentador que no acaudalase al comun acerbo con preciosas joyas, fruto de su ingenio y de su diligencia. Pero el Comentario perpétuo del «Quijote» no está escrito. Existen sus elementos esparcidos en periódicos, folletos y libros, no organizado en un cuerpo de doctrina sistemática y metódicamente dispuesta, para beneficio y guia de cuantos se dedican á la lectura de la popular novela.

Partiendo de que esta presenta un doble carácter, siendo como es ficcion recreativa y obra docente cuyo conocimiento importa á todos los estados, edades, sexos y condiciones; el comento deberia descanzar sobre un estudio concienzudo y reflexivo de la época á que la obra corresponde. Para apreciar perspicuamente su índole, darse cuenta precisa de su significacion en el doble concepto de producto artístico y concepcion filosófica, y descubrir el espíritu de la reforma que promueve, forzoso es estudiar tambien la caballería andante, medir su influjo como institucion, apreciarla en sus derivaciones y en su decadencia y seguirla en los libros que le estaban destinados con especialidad.

Apoderarse de una obra, sorprender las faltas de propiedad gramatical ó de sintaxis que pudo

cometer el autor, decir que esta frase es arcaica y aquella exótica, restaurar arbitrariamante algun período de difícil sentido, enaltecer luego los párrafos grandilocuentes y las descripciones pintorescas, anotando de camino flaquezas de lenguaje y bellezas de composicion; pudo parecer tarea meritoria cuando la crítica se ejercia en torno de los libros, semejante á un viaje de recreo, cuando era puramente pedagógica y formalista; no ahora que el crítico aspira á mayores lauros, queriendo, sin menospreciar la forma, inquirir el pensamiento que la rige y vivifica. Ni se da hoy crítica alguna digna de este título sin filosofía. El comentario perpétuo del «Quijote» ha de ser por necesidad filosófico. Pide la filosofía que se conozcan los antecedentes morales y literarios de la obra, su mision docente y la consecuencia mediata ó inmediata de su aparicion, sin que esto arguya desden ni olvido de las cuestiones mas secundarias.

Búsquense en el «Quijote» materiales para restaurar la fisonomía moral de su autor, pídanse á sus páginas el secreto de los infortunios que le persiguieron, sean las máximas que las esmaltan ecos del talento que en ellas palpita, averíguense las inclinaciones de Cervantes, conózcanse sus gustos, díganse sus preferencias, muéstrense sus conocimientos; nada será perdido en esta empresa, donde no debe haber mas que emulaciones generosas. Que Hernandez Morejon pretenda exhibir á Cervantes como fuerte en el conocimiento

de la locura, que Broussais y Mata sigan en este empeño, que Caballero, con mas celo que crítica, imagine probar que fué consumado en geografía, que Sandoval pondere su pericia como hombre de guerra, Fernandez como marino, Martin Gamero como jurisperito, Sbarbi como teólogo, en nada se daña al libro, antes bien, con sus ingeniosas hipótesis aguijan el deseo de releerlo y estudiarlo.

Al interminable cúmulo de tentativas críticas, paradojas y comentarios de que ha sido objeto el Dante, débese el que no haya italiano medio ilustrado que no conozca el poema inmortal del vate florentino: los esfuerzos aunados de tantos operarios levantaron el monumento que la Italia entera le erigió en su pátria, cual espresion legítima y ostentosa de la admiracion y del reconocimiento nacional. Aun dista mucho, triste es confesarlo, de gozar Cervantes en España la popularidad que en Italia disfruta el Dante: aun carece entre nosotros el insigne escritor de un monumento adecuado á su renombre; y esta es la hora en que el legislador no ha colocado el natalicio de Cervantes entre los dias faustos para la pátria. Tiene Italia una Academia dantesca, una medalla consagrada al Dante que se disputan los hombres de talento, tiene el busto del gibelino esparcido por palacios y cabañas, reproducido en diversidad de materias, desde el mármol trasparente, hasta el hierro y los metales mas preciosos.

Labróse tambien una modesta medalla en bronce en honor de Cervantes; pero ideada y vaciada por un extranjero; que extranjero habia de ser, tratándose de honrar al manco, quien tomara la iniciativa.

Es en Inglaterra el centenario de Shakespeare un acontecimiento con grande resonancia en todas las esferas sociales, y no hay aleman que, al llegar el aniversario de Schiller ó de Goethe, olvide el atestiguar con actos positivos el alto amor que profesa á esos dos colosos de la cultura teutónica. ¡Pobre y mísero Cervantes! Reducidas están tus honras á una ceremonia fúnebre celebrada por acuerdo de los inmortales el dia á que corresponde tu fallecimiento, como si tu virtud acrisolada en el infortunio y tu piedad, que no amenguó la injusticia, necesitaran de otras deprecaciones que las que por tí entonan las modestas y compasivas Trinitarias! No son responsos oficiales los que tú reclamas, sino actos que egerzan mayor influjo en las costumbres y muevan con mayor fruto las voluntades y los ánimos.

No ha muchos dias que un diligente escritor desenterró un documento que atestigua el acuerdo tomado por José I, Rey intruso de los españoles, con el fin de erigir á Cervantes una estátua costeada por suscricion nacional. Fué para algunos el hallazgo y la noticia motivo de no poca estrañeza; parécenos á nosotros, prevenidos de antemano para este linage de sorpresas, aconteci-

miento de facilísima esplicacion. Mientras en España ha permanecido el «Quijote» arrinconado entre las antigüallas bibliográficas, y su autor conocido solo en el nombre, mas no en su dramática é interesante historia; los extrangeros han pensado que ese libro y ese escritor personificaban lo mas castizo de las glorias literarias de nuestra raza, creyendo por tanto, que ocuparse del «Quijote» equivalia á tratar de España; y distinguir á Cervantes halagar á los compatriotas. Faltarian á José I muchas dotes, no talento ni buen sentido; y que lo poseia en alto grado se deduce de las resoluciones que tomaba cuando debian preocuparle temas de índole bien diversa. Espidió José I dos decretos que no olvidará la historia, aunque el patriotismo pretenda borrarlos; suprimia el uno la Inquisicion, mandaba el otro erigir un monumento á Cervantes. ¡Qué enseñanza! Aun hay quien sueña con las ventajas del Tribunal sanguinario y este es el dia en que á la España contemporánea no se le ha ocurrido cumplir los deberes que tiene contraidos con la civilizacion por lo que á Cervantes toca. ¡Qué mas! La mísera estátua de la plaza de las Córtes en Madrid no nos pertenece, es la obra de un déspota contra quien tanto declamó el liberalismo!

Dijo un filósofo que las naciones eran grandes, célebres y reverenciadas por sus autores ilustres, y que honrándolos se honraban ellas mismas. Exacta será la máxima, aunque nosotros la enten-

demos de otro modo. No es el sábio lo que aquí priva, mas el poderoso: el varon modesto que consagró su vida á la ciencia, que cruzó la tierra sin adquirir fama entre el histrionismo de la política, que cerró su corazon á toda pasion desordenada, á toda concupiscencia de mando, ó de ostentacion satánica, baja al sepulcro como bajó nuestro héroe, reducido en la estrechez de austera mediocridad.

No rechacemos, pues, en absoluto los comentarios del «Quijote,» aunque sean filosóficos, sino en aquello que pida reprobacion y censura; alegrémonos, por el contrario, siempre que la bibliografía anuncie la aparicion de alguna obra de esta naturaleza, y no vacilemos en adquirirla, seguros de que no han de faltar entre sus espinas, frescas y gallardas flores para embellecer la escelsa tumba que custodian unas modestas religiosas.

LA SEPULTURA
DE
CERVANTES.

I.

LA SEPULTURA DE CERVANTES.

En uno de los cuarteles estremos de la coronada Villa, casi en el comedio de la calle antes dicha de Cantarranas, de Lope de Vega en lo moderno, sobre la derecha mano, como quien baja hácia la ronda del Botánico, hállase una destartalada fachada, pintado el fondo de rojo y blanco, que corresponde á un edificio no menos estrambótico é irregular. Ni se distingue aquella por haber sido labrada con sujecion á las leyes de la euritmia, ni es notable por la severidad de sus líneas principales, ni menos por los primores con que el

arte acudió á embellecerla: sin ningun apropiado aderezo, sin la menor espresion de magestad y grandeza en el conjunto, fórmala un lienzo de muralla que se eleva á desiguales alturas en el trayecto y cuya continuidad rompen varias lumbreras, con pretensiones de ventanas, dos raquíticos ingresos, tres achaparrados balconcillos y una portada con otros tantos arcos practicables y tan sin gracia como el resto.

Compréndese, muy luego, que fachada y edificio no fueron imaginados y construidos de una vez, antes bien, que el trabajo del alarife redújose á ir uniendo miembros diversos, partes disgregadas, hasta ordenar aquel todo desquilibrado que mas anuncia la estrechez y la modestia que la holgura y el predominio. La portada, única donde en parte se empleó la piedra mas grosera, álzase pesada y sin garbo, hasta concluir en un ático ó fronton triangular que flanquean dos panzudos jarrones, y domina una cruz: descansa el compartimento superior, que en dos divide la portada, estrecha imposta, sobre los arcos antes mencionados, y en él campea un simulacro religioso, tallado en alto relieve sobre blanco mármol y dos escudos con heráldicas figuras.

El aspecto adusto, frio y anticuado de la fábrica, el prévio acuerdo de interrumpir todo comercio entre sus moradores y el público, tabicando los vanos con espesas y metálicas celosías, sus puertas casi siempre cerradas, la oscuridad que le en-

vuelve durante la vigilia, sin que resplandor alguno brote de sus entrañas, el solemne silencio que á la contínua en él reina, y la cruz azul y roja, que repetida se vé en distintos sitios; declaran muy luego que se trata sencillamente de un convento de religiosas. Mas que habitacion de vivientes parece ruina veneranda de pasados tiempos, y se diria que lejos de alentar en su recinto gentes que sienten y piensan cual pensamos y sentimos, lo ocupan añejas creencias muertas ya y petrificadas; generaciones que murieron y cuyos huesos recojió la compasiva y cristiana caridad.

Descubre el ojo escrutador en su fisonomía inmóvil, algo propio de la suma inercia, algo que rechaza la luz y pide sombra y reposo, algo contrario al movimiento social contemporáneo, con el cúmulo de intereses que forman su cortejo, á la vida moderna, con sus preocupaciones grandiosas. Habla aquella fachada, si la metáfora es permitida, un lenguaje cuyo tenor no entendemos; carece de la poesía que acompaña á la fortaleza en desmayo, á lo bello en decrepitud, al mérito en decadencia, que su imponderable vulgaridad y el reboque postrero que cubrió sus deterioros, quitan la ocasion de que el ánimo se espacie por las regiones de la fantasía. Y no se engaña el espectador: el caseron es una tumba, donde en vida se enterraron séres cuyo corazon no late al par del nuestro, cuya mirada no brilla con el fuego que enciende nuestros ojos, cuyos oidos están cerrados para

el rumor de nuestras dichas y querrellas. Fantasmas de lo pasado, larvas de una sociedad deshecha, últimos, ténues y débiles reflejos de un incendio que abrasó el mundo, eco postrimero de robustos acentos, almas errantes que buscan silenciosas el camino de lo infinito; son las Trinitarias, que á ellas nos referimos, contraste poderoso que en medio de nuestro aturdimiento, resfria el frenesí en que vivimos, provechosa leccion cuya enseñanza no nos conviene desdeñar.

Mientras fuera se agita la multitud movida por sentimientos no siempre honestos ni legítimos, dentro, esa otra parte de nuestra especie, conténtase con la calma fúnebre del olvido: á las concupiscencias que nos arrastran, opone su abnegacion austera; á la sed de riquezas en que nos abrasamos, una mediocridad beata que alimenta la limosna; á la garrula ostentacion de las fingidas prendas morales, el tranquilo apartamiento de la virtud, que sin desdeñarlos, nada espera de los hombres. Ni llevóla al cláustro, en nuestro entender, la fiebre mística, la desesperacion ó el infortunio; antes bien, un soberano hastío de lo presente, una irreflexiva pero enérgica intuicion de la vanidad terrena, un apego inconsciente hácia la no mudable ventura del eterno reposo.

Encuéntrase, pues, como decimos, el transeunte que se detiene ante el convento, en frente de un sepulcro. Adosada, ó mejor dicho, incrustada en él yace la iglesia, que abre sus puertas en determi-

nados dias y momentos. Rechinan entonces los goznes del cancel que corta la comunicacion entre el temploó y su vestíbulo, y devotas y curiosos penetran bajo las bóvedas del santuario donde el estilo greco-romano mostró con sobriedad y disciplina sus ventajas. Representa el plan de la iglesia una cruz latina, y sobre su crucero levántase una elegante cúpula bramantesca, que como el resto, aparece severa y elegantemente decorado, aunque posteriormente el barroquismo lo afeó con altares y retablos estrambóticos, evidentes señales de la mas funesta decadencia. El resto del edificio visible nada ofrece digno de mencionarse: paredes escuetas, techos que parecen próximos á desplomarse, puertas y dobles rejas, añadidas á los grillos del voto; por todas partes la muerte, si no del alma, del cuerpo, que gime aprisionado en los hierros de la clausura. Hállase la fábrica condenada á eterno mutismo y no obstante habla á la fantasía con las ideas que en ella esculpieron nuestros padres. Pobre y mezquino, sin mas que prosa y ruindad, es el convento de las Trinitarias, despues de todo, gráfico emblema de un pueblo y de una época, archivo que guarda ricas y gloriosas memorias, preciado monumento donde descansan los huesos del mas insigne entre los ingénios castellanos: de Miguel de Cervantes Saavedra.

II.

Afirman textos auténticos que allá por los años de 1609, deseosa una doña Francisca Romero, hija de cierto valeroso capitan, de fundar un monasterio en la Córte, personóse en ella con varias religiosas y doncellas, estableciéndose por el pronto en unas casas que habia adquirido á título oneroso, en la calle de Cantarranas, no lejos del convento de los Nuevos Trinitarios Descalzos. Dícennos tambien antiguos documentos, que el autor del «Quijote» habitaba á la sazon en la calle de la Magdalena, y que poco despues se trasladó á la plazuela de Matute, regresando en el mismo año de seiscientos nueve á la primera, ocupando una casa frontera al maestro de coches Francisco Daza.

Componíase la familia del manco, de su consorte doña Catalina de Salazar, tan discreta como hermosa, de su hermana doña Andrea, viuda del General Alvarez de Mendaño, de una doña Constanza, hija de esta, y de doña Isabel que lo era de Cervantes. Falto de bienes de fortuna, lastimado en su dignidad por el proceso de Valladolid, y sin destinos ni pensiones; redujo su vida al círculo estrecho de la familia y afectos, consa-

grándose al trabajo para allegar lo necesario al sustento cuotidiano.

Carecian las beatas de la Romero de oratorio en la casa que ocupaban, viéndose obligadas á concurrir diariamente á la Iglesia de Jesús, entonces de los Padres Trinitarios, á donde asistia con su familia Miguel de Cervantes, miembro ya de la Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento en aquel fundada. Hubo de trabar amistad, por tal manera, con los religiosos redentoristas, con la familia del Duque de Lerma, que los protegia liberalmente, y con las beatas, cuya historia desde aquel momento habia de encerrar grande interés para los futuros cervantistas.

Resuelta la doña Francisca á vestir el hábito de los Trinitarios, obtuvo, tras no escasas dificultades, que el 9 de Noviembre de 1612, el Vicario General de Madrid, doctor Gutierre de Cetina, obedeciendo el mandato de don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y prévia licencia del Consejo de Castilla; consagrara la casa de las beatas, convertida desde entonces en respetado santuario. Celebróse la ceremonia con la acostumbrada pompa, y es verosímil que Cervantes, con su cónyuge, hija y sobrina—doña Andrea habia ya fallecido—aumentasen el número de los fieles concurrentes, sin faltar á la toma de hábito que se verificó once dias despues.

Figuraban entre las nuevas religiosas dos señoras naturales de Alcalá de Henares, y por tan-

to paisanas de nuestro ingenio, y además aspiraba al cláustro una jóven nacida en el mismo pueblo é íntima amiga de su Isabel. Autorizaba por aquellos dias don Gutierre de Cetina la impresion de las «Novelas Ejemplares,» espeditivamente censuradas por los Trinitarios Descalzos Fray Juan B. Capataz y Fray Diego Ortigosa, dando á entender con su premura que de antemano las conocian. El Arzobispo Sandoval, sin cuyo auxilio las beatas no habrian visto cumplidos sus deseos, sería tambien, si ya no lo era, el favorecedor clemente de nuestro autor infortunado. Tales coincidencias justifican por qué el nuevo instituto monástico no se aparta de la memoria del que escudriña solícito las postrimerías de Cervantes.

Acercó este su morada al convento, habitando en la calle del Leon; mudóse luego á la de las Huertas, y despues de otros cambios de domicilio, antes forzados que voluntarios, fijó su residencia á pocos pasos de las Trinitarias, en la calle de Francos, donde la benévola amistad de un sacerdote ilustre, le ofreció hospitalario albergue.

Ensanchábase el monasterio en el entretanto, mediante varias adquisiciones urbanas, creciendo tambien las desventuras de nuestro héroe. Abandonado de los poderosos, sin tener quien le amparase, ni mano amiga que socorriera su estrechez, escepcion hecha de las dádivas que hubieron de otorgarle el de Lemos y don Bernardo;

sintióse combatido por cruel dolencia en el cuerpo y por mortales ánsias en el alma. Habia tomado Isabel el místico velo en las Trinitarias entre 1613 y 1614, arruinábase la quebrada salud del padre apresuradamente, y mientras no habia quien quisiera tomarle sus comedias, émulos mal aconsejados, zaheríanle públicamente ó le denostaban tras el velo del anónimo.

No rinde, sin embargo, Cervantes su albedrío al imperio de la contraria estrella; los consuelos que no halla en su propio ánimo encuéntralos en los vivos ejemplos de resignacion que le ofrecen las religiosas. Contemplamos, con gusto, al inmortal soldado ante las rejas del locutorio, ora en tierno coloquio con su hija, ya en concertadas pláticas con las madres, é imaginamos verle salir de su aposento, fatigado de trabajar en su obra postrera, el Persiles, y con la color turbia, el mirar melancólico, los pasos vacilantes, dirijirse, tomando apoyo en las paredes, hasta cruzar casi por el frente de la casa donde feliz habita Lope de Vega, y atravesando tambien la calle donde Quevedo mora, hasta desembocar en la porteria de las Trinitarias, con quienes pasara los momentos mas dichosos de su anticipada vejez. Así menguarán sus fuerzas, así sentirá crecer la enfermedad que le agovia y que presto le llevará á los términos de la vida.

Acosado por el hambre, descaecido, sin señores que le inviten á sus fiestas, ni comediantas

que le adulen, llegará la primavera de 1616, y mientras la naturaleza recobra su perdido vigor, tornando á la juventud, él se despedirá de la luz para siempre, poniendo punto á sus tristezas.

Tan sin brios estaba, que el 2 de Abril profesa en su propia casa como miembro de la Orden Tercera: piensa hallar remedio con la mudanza de aires y pasa á la vecina villa de Esquivias, donde su esposa conservaba deudos y relaciones; mas como su padecimiento se agravase, regresa á Madrid convencido de que su fin está próximo. Abandónanle las fuerzas físicas, pero las intelectuales vigorizan todavia su talento, que aun arde en su cerebro la llama del ingenio: con mano firme escribe el admirable prólogo del Persiles, donde se despide de su buen humor, de su donaire y de sus regocijados amigos, pronosticando su muerte para el Domingo venidero. Adminístranle el 16 del citado Abril la Extrema-uncion, y aun que las mortales ansias le fatigan harto, el Mártes 19, ya entre la vida y la muerte, traza la conocida dedicatoria del Conde de Lemos; otorga luego su testamento, y el 23 de Abril expira en los brazos de los que siempre le quisieron y nunca le abandonaron.

Cubierto el cuerpo de tosco sayal franciscano, descubierto el rostro y llevando en la derecha mano una cruz, segun la regla á que pertenece, condúcenle en hombros de cuatro hermanos terceros á la Iglesia de las Trinitarias, y allí al si-

guiente dia se celebran sus funerales sin ostentacion ni muchedumbre de curiosos. Allí tambien quedan sus huesos y allí permanecerán sus cenizas. Púsose en duda, tiempo atrás, la exactitud de este aserto; mas posteriores pesquisas hubieron de confirmarlo con pruebas racionales que la crítica mas severa no acertaria á contradecir victoriosa. (65)

Ignórase la piedra que cubre su sepultura, no señala mármol alguno el paraje donde yace aquel puñado de tierra que un dia engendró los sublimes partos de un talento soberano y gigante: poco importa. Volvió el polvo al polvo, mas quedó lo que nunca muere, el alma que alienta en sus libros, el renombre que llena los ámbitos del monasterio y que rompiendo sus paredes se espacía por la inmensidad de la historia literaria.

Ni acordóse la pátria de honrar al hijo renombrado con un monumento que emparejase con su gloria. Si existe en una de nuestras plazas una estátua mezquina, debióse, no al desprendimiento de la nacion entera, antes bien al acuerdo de un monarca de memoria infáusta. Si en la fachada de las Trinitarias se lee una inscripcion que declara el rico tesoro que solícitas custodian, no fué la pátria quien hubo de esculpirla, mas el celo literario de una corporacion ilustre, la Academia Española.

III.

Sin pompa alguna fué enterrado en las Trinitarias el cadáver de Cervantes: tambien en silencio tomó allí el místico velo su hija Isabel, imitándola en esto, segun tradicion, en el mismo convento acreditada, su desgraciada y desconocida madre.

Cinco años despues del primer suceso, el 28 de febrero de 1621, tornaron á abrirse las puertas el cláustro; mas no reina ahora dentro ni en sus inmediaciones el acostumbrado silencio, muy al contrario; al ruido de los instrumentos músicos, que acrecienta el tañer de las campanas, acuden en tropel los curiosos á quienes contiene la guardia palatina, que mandada por el marqués de Pomar, se estiende desde el recibimiento hasta el interior del cenobio. Vése en privilegiado sitio al poeta de las cofradias, de los señores y de la córte, al favorecido y dichosísimo Lope de Vega: sus versos deben cantarse por músicos de nota, y no faltarán nobles que con su presencia digan cuanto le distinguen y consideran. Llevada de la mano por la marquesa de la Tela aparece su hija, Marcela del Cárpio, habida de unos amores clandestinos; acompáñanla el duque de Sessa y otros gran-

des, y tras las acostumbradas ceremonias salva las puertas de la clausura, donde habrá de prepararse para el voto que intenta pronunciar.

Verifícase un año mas tarde la profesion y el padre halla motivo para alardear de ostentoso, segun que tiene por costumbre. Está el templo ricamente adornado, por todas partes las luces acompañan á las flores y en el centro labróse una altiva máquina, enriquecida con geroglíficos, versos alusivos al suceso, riquísimas telas y vasos pulidos,

en oro iguales y en labor diversos.

Admírase la riqueza de la ornamentacion, las galas de la novia y lo escogido del concurso. La profesion de Marcela es un verdadero acontecimiento que llena de aparente regocijo al barrio de las Huertas.

Oficia en el altar un docto caballero, famosa es la capilla de música y canto, y en el púlpito resuena la voz de la notabilidad oratoria en moda, del «peregrino» y «dulce» Padre Hortensio Paraviccino, campanudo é hinchado predicador, á quien Lope remonta hasta el cerco de la luna.

Dice este, que

Predicó tan valiente y tan profundo
Que nunca vió mas rico al dulce esposo,
Ni con menos valor pintado el mundo.

Y resumiendo la descripcion de la fiesta esclama:

En claveles, en gloria, en cielo, en risa
Bañado, el dulce esposo trujo el velo
De las arras espléndida divisa,

y luego aludiendo á su hija:

Allí, postrada en el sagrado suelo
Sus exéquias penúltimas cantaron
Tan triste el mundo cuanto alegre el cielo

Porque segun Lope la muchedumbre entera participaba de su congoja al ver encerrarse para siempre á la prenda de su alma en los rigores del cláustro. Mas que verosímil, parécenos seguro que alguien, en la comunidad, recordó involuntaria y melancólicamente otras honras, las del inmortal Cervantes, pero comparara ó no su hija el presente boato con la pasada soledad y miseria, á nosotros se nos vienen á la memoria los versos de Rioja en su epístola á Fábio, que maravillosamente encajan en la ocasion presente:

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!

IV.

El 31 de octubre de 1626 celebráronse en el convento, cuya literaria historia bosquéjamos, otras exéquias; esta vez no eran finjidas. Aquella dama de incomparable belleza y de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la córte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discrecion como en la hermosura; aquella esposa ejemplar que resignada y generosa compartió con Cervantes las amarguras de su estado, acababa de fallecer en la calle de los Desamparados, mandándosela enterrar, segun su deseo, en el panteon de las Trinitarias. Donde reposaban los huesos del esposo, descansarian los de la cónyuge; así el renombre del uno pondria en la mente el recuerdo de las prendas que á la otra distinguieron; siendo premio de su constancia.

Si con harto fundamento se sospecha que el amigo de los Sandovales agenció la solicitud de las beatas de la Romero contribuyendo á que se fundase el monasterio; sábese que Lope de Vega lo tuvo en grandísima y especial consideracion. Ya sacerdote acudia á su templo á decir misa; es-

cribia églogas para que las monjas festejaran la Noche Buena, y entre sus versos, no escasean los que las Trinitarias inspiraron. Confundiendo lo humano con lo divino, como era su práctica, pondera las excelencias del convento y canta sus triunfos; en una oracion pone en boca del niño Jesús estos versos que podian referirse á él mismo:

A la Trinidad me voy
De la Trinidad me vengo.

Tambien su hija Marcela escribe versos místicos y canta las fiestas de la comunidad y las galas del jardin que embellece el interior del monasterio.

Pasan los años y llega el 22 de Agosto de 1636, en cuyo dia el mónstruo de naturaleza que se alzó con el imperio de la cómica monarquía, el afortunado y liviano Lope de Vega, que lo mismo puso su vena al servicio de la religion que del vicio, de las turbas que de la realeza, es conducido, ya sin alientos, á la Iglesia de San Sebastian donde tiene preparado su sepulcro. Ha pedido Marcela que el cortejo desfile por donde ella pueda verlo; con efecto, el cadáver cruzará por enfrente de las Trinitarias: Madrid entero acude á honrar al que fué su ídolo. Obstruye las calles del tránsito la multitud, y el trasporte, antes que triste ceremonia, semeja un ruidoso triunfo. Aun permanece el féretro en la casa mortuoria y ya toca la procesion á sus naturales términos. Ofician en las

honras tres obispos, sucédense aquellas durante nueve dias, y el luto es general: cuatro afamados oradores hacen el panegírico del muerto, colmándole de elogios, ensalzando su piedad y sus merecimientos! Errores de los hombres y justicias del destino! Morirá desamparado y triste Cervantes Saavedra; veránse aplaudidos los errores de Lope, aun en la tumba; pero un tribunal inexorable, el de la crítica, se encargará de reparar los agravios que en ambos casos se infirieron á la virtud y á la verdad, levantando la fama del modesto á donde ni osar podria el deseo del vano y orgulloso.

V.

Ocurrió en la primavera de 1629 un lance en que desempeñaron principal papel las Trinitarias. Fué el caso que cierto actor dramático, llamado Pedro Villegas, dió mortal herida á D. José Calderon, hermano del célebre poeta del mismo apellido.

Alborota el suceso á los moradores del barrio de las Huertas donde el lance halló teatro; quiso el agresor sustraerse á la venganza de los deudos del herido y huyó hácia el convento de la calle de Cantarranas. Siguióle espada en mano el insigne

poeta, asistido de buen golpe de gente, no logrando alcanzar al Villegas que habia tomado asilo en la clausura. Instruida la justicia ordinaria, compareció representada por un Alcalde y su ronda, quienes intimaron á la comunidad la entrega del reo: negóse esta á obedecer, llevada de seguro, de caritativo sentimiento, y avisado el vicario de la villa acudió á sostener la resistencia, amenazando con censuras á los profanos, mientras estos hacian irrision de sus brios conminándole con penas de azotes. Acreció el tumulto en el entretanto y al postre abriéronse forzadas, las puertas del cenobio, y sin que á los perseguidores detuvieran las monjas que intentaban cerrarles el paso, registraron celdas, levantaron velos y escudriñaron desvanes hasta que al fin se apoderaron del culpable.

Motivó la aventura que pocos dias despues, como predicara ante la magestad del Rey católico nada menos que el Padre Paravicino, cuyos humos tocaban en las nubes, se quejara del poco respeto que se tenia á Dios en los Templos, de la ofensa que habia padecido la religion en semejante caso, vituperando á los que humildes no se habian sometido al parecer de los eclesiásticos. Llegó á noticia de Calderon de la Barca lo ocurrido en la plática, y en su drama el «Príncipe Constante» ingirió unos versos, visiblemente dirijidos á mofarse de la oratoria fúnebre del gerundiano predicador, calificando los suyos de sermones de Berberia. Irrítase la susceptibilidad de Fray Hor-

tensio y acude en queja á los Protectores de las Comedias y al Cardenal Presidente del Consejo de Castilla, pidiéndoles el castigo del atroz delito de que es inocente víctima. Apercibidos los jueces disponen que Calderon permanezca detenido en su propia casa con dos guardas, dando márgen á que el humilde padre se estrañe de un tratamiento de señor, á deshora empleado con un... hombre particular, calificando el castigo antes que pena cual premio de hazaña.

No dolian prendas á Calderon. Mozo de arresto, recien venido de la guerra, de ánimo altivo y corazon entero, rompia por donde mayores eran las dificultades, sin reparar en ruegos ni inconvenientes. No hacia mucho que como un sujeto le faltara bajo las bóvedas de cierta iglesia, el poeta, olvidándose del sitio, castigó la ofensa con recio bofeton que halló eco en los círculos de la Córte. Propuesto por lo visto á mortificar al Padre Hortensio, hizo, al decir de este, que los representantes en sus rótulos—carteles—llamasen la atencion del público con tinta colorada sobre las alusiones de la comedia, temiendo en consecuencia el sacerdote, blanco de tales libertades, que llegaran á pretender el escribirlos con su propia sangre.

Acude de nuevo en queja, pero esta vez depósitala á los pies del monarca. Declaraban los rótulos en verso á cuantos la pudieran ignorar, la naturaleza de la injuria: la Religion peligra visiblemente, la honra del Rey y de sus ascendientes an-

da por el suelo, nunca se vió tamaño escándalo; nunca se dió caso tan nuevo en religion; el Padre Paravicino trasformose en un resignado mártir.

Pasa la súplica al cardenal Trejo, quien pone las cosas en su punto y fijando la índole de la falta, reprende al sacerdote, tachándole de entrometerse á criticar asuntos que no son de su competencia, y de exagerar á la vez la gravedad del suceso que no tiene la importancia que le atribuye.

VI.

Tales son los que podríamos llamar antecedentes literarios del convento de Trinitarias, donde anualmente se dán cita los indivíduos de la Academia de la Lengua para celebrar unas honras por el alma de Cervantes. Averiguado por la diligencia del señor Madoz, ó de quien redactara el artículo de su «Diccionario geográfico, histórico y estadístico,» que á este convento se refiere, que en él permanecen las cenizas de nuestro inolvidable novelista, sin que tenga fundamento la idea sostenida por Navarrete de que fueron trasladados á la calle de Humilladero: aceptado aquel aserto por el señor Mesonero Romanos y confirmado en sentencia ejecutoria por el celoso investigador del problema, señor marqués de Molins, en un precioso

libro, que tuvimos presente al trazar este boceto bien podemos calificar al modestísimo caseron de la calle de Lope de Vega como suntuoso mausoleo del príncipe de nuestros escritores, como el Poblet de los cervantistas y sitio privilegiado, ante el cual no pasará el amigo de nuestras glorias literarias sin sentir cariñosa simpatía hácia las modestas religiosas, que vestales tambien del culto cervántico, hallan hueco en su ánimo para distinguir y apreciar las dotes del ingénio, cuando le realzan los merecimientos de la virtud. (66)

ILUSTRACIONES

Y

NOTAS.

ILUSTRACIONES Y NOTAS.

NUMERO 1.

La primera edicion del Quijote de Avellaneda publicóse en Tarragona. Su portada dice así: "Segundo tomo del Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha," que contiene su tercera salida: y es la quinta de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla, pátria feliz del hidalgo Caualllero Don Quixote de la Mancha. Con Licencia, En Tarragona, en casa de Felipe Roberto. Año 1614."

Un volúmen en 8.° Sigue la aprobacion dada por el doctor Rafael Ortoneda, con fecha 18 de abril de 1614; despues aparece la licencia, datada el 4 de julio del mismo año, con la firma del Doctor Francisco de Torme y Liori, vicario general del arzobispado de Tarragona.

Una segunda edicion publicóse en Madrid en 1615, en 4.°, segun dice Germond de Lavigne, apoyándose en el "Allgemeines bibliographisches lexicon" de Ebert; pero don Cayetano Alberto de la Barrera sospecha que este ejemplar fuese, con portada apócrifa, alguno de la edicion publicada por el bibliotecario don Blas A. Nasarre, en Madrid, en 1732. Lessage, que tradujo la obra, dice, que parecia que no se habia vuelto à imprimir desde 1614. Escribia en 1704.

La tercera edicion, ó segunda, pareció en Madrid en 1732, en 4.°, siendo su editor don Isidro Perales y Torres, imprimiéndola Juan Oliveres. Parece que detrás de Perales se ocultaba el Nasarre, verdadero editor del libro. Era Nasarre aragonés, como su discípulo don Agustin de Montiano y Luyando, que aderezó la obra con una encomiástica aprobacion. Enriqueciala, además, otro discurso crítico del editor, y otra aprobacion, escrita por el mismo Nasarre, aunque se halla firmada por el licenciado don Francisco Domingo, presbítero beneficiado de la iglesia parroquial de Aliaga, en Aragon.

Tambien Nasarre habia dado á luz una "Disertacion sobre la comedia española" al frente de las seis de Cervantes.

Salió á luz la cuarta edicion en Madrid en 1805, en la imprenta de Villalpando, con un corto prólogo del editor, la aprobacion de Montiano y Luyando y el juicio de los autores del "Diario de los Sàbios" de Paris. Germond de Lavigne atribuye esta edicion á Nasarre, que habia muerto en 1751 y la coloca, con error, en el año de 1803. En ella se han incluido los dos episodios novelescos intercalados en la original. Dos tomos en 4.°: el texto espurgado.

Segun el propio Germond de Lavigne el libro de Avellaneda volvió á reimprimirse en Madrid en 1847 ó 1848. Nuestros literatos no citan esta edicion. No-

sotros la hemos buscado sin haber podido dar con ella, hasta ahora, si es que existe.

Ultimamente se incluyó en la "Biblioteca de Autores Españoles" del señor Rivadeneira, en el tomo décimo octavo, bajo el epígrafe de "Novelistas posteriores á Cervantes." Figura, en primer término, con una noticia crítico-bibliogràfica de don Cayetano Rosell y algunas notas de su docta pluma.

Tradújose al francés en 1704 por Lessage, que lo modificó grandemente en sentido favorable.

Germond de Lavigne ha vuelto à traducirlo con fidelidad en 1853, (París—Didier, en 4.º) haciéndolo preceder de una erudita introduccion á la que acompañan notas muy estimables. Germond de Lavigne muéstrase por extremo, apasionado del Fernandez de Avellaneda.

NÚMERO 2.

Cantó misa Lope de Vega en Toledo ántes de 1614.

NUMERO 3,

Don Adolfo de Castro en su Discurso Preliminar al "Buscapié." Edicion de 1850, en la "Biblioteca Universal" de Fernandez de los Rios. Decia Mateo Aleman en su ortografía (Méjico, 1609) "Agora de pocos años á esta parte dicen los papelistas cortesanos Castillavieja. No sé qué fundamento hayan tenido para ello: salvo si quieren imitar à los latinos y no lo aciertan."

NÚMERO 4.

"Fundacion milagrosa de la Capilla del Pilar" y excelencias de Zaragoza, por el P. F. Diego Murillo,

dirigida á los jurados de la misma, padres de la República. Barcelona. Sebastian de Materad. MDCXVI.

NUMERO 5.

La primera edicion del "Quijote" de la Academia salió á luz en 1780, imprimiéndola don Joaquin Ibarra, en cuatro tomos en 4.° mayor. El texto de la primera parte arreglóse á la edicion primitiva de 1605, y se colocaron las variantes que resultaron del cotejo con la de 1608. Para la segunda parte siguióse el texto de la de Madrid de 1615 y se pusieron las variantes que se notaron en las de Valencia de 1616, intercalándose en ellas las correcciones principales que sin necesidad se habian hecho en la de Lóndres. En cuanto á la ortografía siguió la Academia la suya propia. (Moran.)

Imprimióse la segunda edicion de la Academia en 1782, cuatro tomos en 8.°, la tercera en 1787, en seis tomos en 8.°, la cuarta en 1819, cuatro tomos en 8.°

NÚMERO 6.

Además de los elogios de Montiano y Luyando, don Cayetano Rosell ha dicho: "el supuesto Avellaneda era sin duda escritor notable....." y luego "en su libro se encuentra á vuelta de los defectos que señala, artificio y no pocas veces, habilidad en las descripciones, así como en la parte de locucion bastante soltura, práctica, propiedad de voces y destreza en la manera de construir la frase. Todo nos hace creer, añade, que si en su "Ingenioso Hidalgo" quedó Avellaneda muy inferior á Cervantes, en una composicion ideada por él y acomodada á sus fuerzas, hubiera quizás alcanzado legítima nombradia..."

Don Juan Eugenio Harzenbusch y don Cayetano

Alberto de la Barrera, hállanle tambien méritos relativos.

NUMERO 7.

La biografia de Cervantes por don Juan Antonio Pellicer se incluyó en la edicion del "Quijote" hecha por don Gabriel de Sancha, en Madrid, en 1797.

NUMERO 8.

"Retrato de las fiestas que à la beatificacion de la bienaventurada vírgen y madre santa Teresa de Jesus, renovadora de la religion primitiva del Carmelo, hizo, assí eclesiásticas como militares y poéticas: la imperial ciudad de Zaragoza. Dirigido al illustrísimo reino de Aragon. Por Luis Diez de Aux, con cuatro magistrales sermones." Sigue un escudo en el centro y à los costados: "Año de 1615." La licencia suscrita en Zaragoza por Juan de la Naja. La aprobacion tiene la fecha de 16 de Abril de 1615. Otra de 29 de Abril del mismo año y la licencia definitiva se espidió en 30 siguiente. El certámen poètico se cerró el 20 de Setiembre de 1614, la fiesta de la Santa fué el 5 de Octubre y en su octava se leyeron los versos. El lúnes siguiente fué la cabalgata de los estudiantes donde figuraron don Quijote y Sancho.

Hemos gozado este libro gracias á la liberalidad del señor don José Sanchez Rayon, distinguido bibliòfilo que se ha servido facilitármelo.

NÚMERO 9.

Tan populares debieron ser todas las obras de Cervantes muy luego de publicadas, cuanto que las figuras mas notables de ellas pasaban fácilmente al

dominio público. En el certámen poético á que en la nota anterior nos referimos, comparece un poeta que se distraza con el seudónimo de Licenciado Vidriera.

Circuló por Madrid una sátira contra el Conde Duque de Olivares que se cargó á la cuenta de don Quijote.

En un papel titulado "Respuesta á un manifiesto que el Duque de Osuna imprimió y publicó desde el convento del Càrmen, año de 1683, "en títulos de comedias" inclúyese una con este epígrafe: "El Licenciado Vidriera." Está firmado por Juan Sanchez de Talavera.

NÚMERO 10.

Véanse entre otros los trabajos de mis amigos los señores Rosell, La Barrera y Fernandez Guerra, en cuanto se refiere á este punto.

NÚMERO 11.

El Conde de Lemos tomó por secretario y ayuda de Cámara en 1598 á Lope de Vega, en cuya época se titulaba aquel Marqués de Sarria. Fué elegido Virey de Nápoles en 1610 y entonces nombró secretario de Estado y de Guerra à Lupercio Leonardo de Argensola, quien llevó consigo á su hermano Bartolomé, al doctor Mira de Améscua, à Gabriel de Barrionuevo, á don Diego Duque de Estrada, á Laredo y Coronel, á don Francisco de Ortigosa y á D. Gabriel Leonardo de Albion, hijo de Lupercio. Volvió Lemos á España en 1616.

Lupercio Leonardo Argensola falleció en Marzo de 1613.

NUMERO 12.

Descubrió Cean Bermudez en el Archivo de Indias de Sevilla, con ocasion de arreglarlo, por los años de 1808, una "Informacion de Miguel de Cervantes" de lo que ha servido á S. M. y de lo que ha hecho estando captivo en Argel, &c." Es un documento precioso para la biografia de Cervantes. Navarrete se hizo cargo de su contenido en la edicion del Quijote de 1819.

NUMERO 13.

Los comentarios de don Diego Clemencin se publicaron en la edicion del Quijote hecha por don E. Aguado, en Madrid, de 1833 á 1839.—Seis tomos en 4.°

NUMERO 14.

"El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV," por Adolfo de Castro. República nulla est ubi leges non tenent imperium. Aristóteles. Cádiz, Revista Médica. MDCCCXLVI

NUMERO 15.

"Venganza de la lengua española contra el autor del Cuento de Cuentos, por don Juan Alfonso Laureles," &c. 12 páginas en 4.° En el tomo 6.° página 264 y siguientes del Semanario erudito de don Antonio Valladares de Sotomayor. Madrid, 1787.

NUMERO 16 Y 17.

Mas adelante ilustraremos este particular.

NUMERO 18.

En mi "Quijote y la Estafeta de Urganda" impreso en Sevilla en la imprenta de "La Andalucia" en 1862.

NUMERO 19.

Publicóse primero en La "Concordia," despues en folleto y posteriormente fué incluido en el tomo segundo del "Ensayo de una Biblioteca Española, de libros raros y curioros," por los señores Gallardo, Zarco del Valle y Sanchez Rayon. Es un trabajo por extremo recomendable.

NUMERO 20.

"Obras completas de Cervantes," dedicadas á su alteza real el Serenísimo señor Infante don Sebastian Gabriel de Borbon y Braganza, ilustrada por los señores D. J. E. Hartzenbusch y don Cayetano Rossell. Madrid. Imprenta de D. Manuel Rivadeneira. 1863. —1864. Once tomos en fólio. Edicion clásica. Tirada de solo trescientos diez ejemplares. Debemos á la bizarria del entendido y diligente editor, que tanto ha hecho por las letras españolas, el ejemplar núm. 101.

NÚMERO 21.

Quevedo lo afirma en los "Grandes Anales de quince dias."

NÚMERO 22.

Estos extractos están tomados del curioso trabajo del señor Fernandez Guerra, antes citado.

NÚMERO 23, 24 y 25.

Para no molestar al lector con repetidas citas, ponemos en seguida los principales textos que hemos utilizado al redactar esta biografia.

—"Historia del Glorioso S. Valerio," obispo de la ciudad de Zaragoza, dirigido al reverendísimo Padre Maestro Fray Luis de Aliaga, confesor del Rey y de su Consejo de Estado y General Inquisicion, por el doctor Martin Carrillo, canónigo de la Santa Iglesia de Zaragoza, electo abad de Montaragon. (Gran escudo con las armas de Aliaga, detràs la cruz de Santo Domingo, encima un perro con una antorcha en la boca y un cielo abierto, en cuyo rompimiento aparece una estrella ó lucero.—A. los costados.—Año 1615.) En Zaragoza, por Juan de Lanaja. La dedicatoria fechada en Zaragoza el 2 de Diciembre de 1615. Carrillo fué elegido Rector de la Universidad en 1614.

—"Fundacion milagrosa de la Capilla del Pilar, y excelencias de Zaragoza," por el P. J. Diego Murillo. Queda antes citada, nota 5.

—"Compendio de las fiestas que ha celebrado la imperial ciudad de Zaragoza," por haber promovido la magestad católica del Rey, N. S. Filipo III de Castilla y II de Aragon: al Ilustrísimo Señor D. Fray Luis Aliaga, su confesor y de su Real Consejo de Estado, en el oficio y cargo supremo de Inquisidor General de España, ordenado por órden y comision de la misma ciudad. Por Luis Diez de Aux, hijo suyo, con la version de los tres himnos que Aurelio Prudencio

hizo en su alabanza y de sus mártires. (Escudo de armas de Zaragoza y á los costados, año 1619.) En Zaragoza, por Juan de Lanaja y Quartanet. Imprenta del Reino de Aragon y de la Universidad. La Aprobacion tiene la fecha del 30 Setiembre de 1619 y la licencia del 26 de Octubre. Un volúmen en 4.º de 304 fólios. Contiene las numerosas composiciones premiadas en el certámen.

—"Historias eclesiásticas y seculares de Aragon en que se continúan los anales de Zurita, desde el año de 1556, hasta el de 1618." Dos volúmenes en fólio por el doctor don Vicente Blasco de Lanuza, Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza y calificador del Santo Oficio de la Inquisicion. Año de 1622. Zaragoza. Juan de Lanaja imprenta del Reino y de la Universidad.

—"Manual de los domínicos," informe de los blasones mas gloriosos de la Religion de predicadores, por el maestro Fray Tomás Madalena, de el mismo órden. Zaragoza. Francisco Moreno. 1746.

—"Memorias literarias de Zaragoza," por don Inocencio de Camon y Framulles. Año 1768. Zaragoza.

—"Biblioteca Nueva de los escritores aragoneses, que florecieron desde el año de 1600 hasta 1640, su autor el doctor don Felix de Lastanosa y otros. Pamplona. 1799.

NÚMERO 26.

Esta noticia la trae Quevedo en su diatriba contra Aliaga. No la he hallado en ninguna otra parte.

NÚMERO 27.

Carrillo, Rector de la Universidad, dijo que Alia-

ga la habia ilustrado "leyendo como leyó sagrada teologia con grande provecho y aceptacion de todos."

Blasco de Lanuza escribe: "Fué catedrático de teología muchos años en esta universidad, enseñó y leyó con eminencia y satisfaccion grande." Queda destruida la noticia relativa á la reprension y extrañamiento.

NÚMERO 28.

"Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España," por don Luis Cabrera de Córdoba. Impresa de Real órden hace pocos años.

NUMERO 29.

En la Biblioteca Nacional. Un códice en fólio. Seccion de manuscritos G.—84, intitulado: "Papeles del Padre Confesor Fr. Luis de Aliaga tocantes á diversos negocios de que se le ha pedido parecer y del año de 1610." Está la portada escrita en el forro de pergamino·

Hay algunas otras consultas del mismo Aliaga.

Además existen tres tomos de ellas en poder de los herederos del señor Cavanilles, segun me ha manifestado el señor Fernandez Guerra.

NUMERO 30.

Gaspar Lopez de Funes. Véase el compendio, &c.', de las Fiestas, de Luis Diez de Aux.

NUMERO 31.

1606. Llegaban á Sevilla los galeones de la Plata de Tierra Firme, con valor de mas de diez millones en cuya ocasion "no tomó S. M. mas de lo que le to-



caba, entregàndose el resto à los particulares á quienes venia consignado, circunstancia peregrina que asombró." Véase Luis Cabrera. "Relaciones" citadas.

NÚMERO 32.

"Relacion de las órdenes que S. M. ha mandado dar por via del Consejo Supremo de Italia" á sus vireyes del Reino de Sicilia en materias de gobierno y hacienda y de las respuestas que hay á ellas desde principio del año de 1625 hasta fin de 1630. "MS. de la Biblioteca Nacional. I. 87." En este códice existen antecedentes para poder juzgar de la importancia de esta prebenda. En 13 de Agosto de 1625 consultó el Consejo al Rey si obligaba al Archimandrita de Messina á residir en esta ciudad. Se dijo que el Padre Luis de Aliaga, que disfrutaba la prebenda, no podia por su edad y achaques ir á Sicilia. por lo que parecía que debia dàrsele una buena pension y proveer en otro la dignidad.

Conformóse el Rey y cuando se trataba de cumplimentar sus órdenes murió Aliaga, sustituyéndole don Diego de Requesens.

En 23 de Enero, 1627, se mandó al Virey hiciese el espolió de lo que en Sicilia resultase pertenecer à Aliaga, Archimandrita de Messina y Prior de San Andrés de Plasa. Contestó Tavares que habia cumplido la órden. En 27 de Enero, 1628, se repitió. En 21 de Agosto contestóse que importaba 9000 escudos. En 28 de Mayo, 1630, se recibió otra comunicacion del Virey diciendo que el espolio ascendia á 9500 escudos que estaban disponibles.

NÚMERO 33.

Entre las personas que en nombre de Aragon se

presentaron á Aliaga para felicitarle, debemos citar á Bartolomé Leonardo de Argensola.

NÚMERO 34.

Véase el manuscrito de la Biblioteca Nacional H.—54, donde se encuentra un impreso anónimo que dice: "Copia y declaracion de la plática que tuvo S. M. con el P. Florencia y sus hijos y otras personas de su Consejo á la hora de su muerte, 1621." Véase tambien otro papel MS. H—4—página 108.

NÚMERO 35.

"Apuntamiento de cosas que van sucediendo en Madrid." MS. Biblioteca Nacional, T. 234. "De allí á poco rato, vióse bajar al confesor en una silla, sin que nadie le acompañase ni aun le hiciese cortesia ni mirase al rostro."

NÚMERO 36.

Resumiremos en este lugar los principales papeles, sátiras y libelos que circularon contra Aliaga luego de su caida.

"Papel dado al Rey Felipe IV, año 1621, sobre lo que debe hacer antes de entablar estilo nuevo en el gobierno presente y las causas de la destruccion de la monarquia." Biblioteca Nacional. MS.—H.—54. Dióse al Rey habiendo solo seis dias que reinaba. Como es posible que el dia menos esperado se pierda este documento, á pesar del celo que para evitar hechos parecidos ponen en juego los dignos empleados de la Biblíoteca, no creemos escusado reproducir los párrafos que mas nos interesan, y que quizá apreciará

en mucho el que algun dia escriba la historia de aquellos tiempos calamitosos. Dice así:

"El primero con quien parece forzoso esta ejecucion es el Inquisidor General porque tratando de la conciencia de V. M., sabiendo todos de su celo real cuanto respetaba estas materias, las trató esta persona de suerte que mereció oir de su rey que le habia engañado en todo y cuanto por esta razon no fuera digno de castigo ejemplar por haberse cargado ambiciosamente de tantos ministerios tan grandes y distintos de que por su capacidad y diversion de vicios y dilicia propia no pudo ni quiso jamàs dar satisfaccion y grande es la necesidad de apartarle y castigalle para escarmiento y por lo menos reformarle subrogando otra persona en su lugar."

A este papel siguieron otros muchos.

Hé aquí un extracto fiel de otro memorial que circuló mucho en aquellos tiempos por Madrid y del cual se hallan varias copias, con algunas variantes, en diferentes bibliotecas. (En la Nacional se encuentra con las marcas siguientes: seccion de MS. CC.—85=:H—97=:H—54. f.º 404=:H—50.=:CC—59=:H—127.=S—10=

En la Biblioteca de Palacio encuéntrase otra copia. (Sala 2.ª H—3.)

El señor Fernandez Guerra cita otra copia.

"Memorial dado á S. M. contra el confesor Aliaga." Estracto: (1) Decíase en él que era público su bajo nacimiento en una aldea de Teruel, que habia estado de mozo de una tienda de paños, que le habian visto á él y á su hermano llevar los fardos al hombro. =Que despues lo tomó Javierre por compañero para que le sirviera: que cuando cayó el de Villalonga con

(1) No hemos creido conveniente alterar el estilo bárbaro, á menudo, de este documento.

peligro de llevarse detrás al duque de Lerma, este tomó por espediente recibir à Aliaga de confesor para que templara al de S. M. y le encaminase à sus fines y en todo el tiempo en que se ocupó de esto, siempre estuvieron muy conformes; cuando murió el cardenal Javierre, Lerma le hizo confesor de S. M. y quiso Dios que eleccion de tan mala fé recayese en hombre ni bueno ni autorizado, ni bien nacido, ni de letras, ni de gobierno, pues luego se conocieron sus encuentros y emulaciones hasta la fin, que es tan público; diciéndose las verdades el uno al otro, acaso bastante para que cayeran entrambos, à no tomar el Duque de Uceda la parcialidad del confesor. Dicho Duque de Uceda apartado su padre, hízole dar la Inquisicion general para tenerle mas obligado y á su devocion, y para atajar y hacer noche el castigo de don Rodrigo Calderon.

Todas las mercedes que se hicieron à don Rodrigo las pidió Aliaga, en cambio el Duque le cargaba de pensiones, la plaza de Estado, los Obispados para su hermano y los acrecentamientos de los Secretarios Villanuevas, sus íntimos amigos, por cuya ocasion se hizo noche el castigo que merecian.

Cayó el de Lerma y uniéndose Aliaga á Uceda comenzó á descubrir sus malas costumbres y ambicion de oficios y de negocios, adornando su casa con escritorios riquisímos, con piezas de plata y preseas que le daban, mostrando su codicia; todo el mundo colgaba de su mano en la codicia de hacienda, mostraba su poca religion en tener la casa llena de monos, micos y lebreles no viendo un pobre á su puerta, y gastando lo que pudiera un príncipe secular y profano, no perdiendo comedias, toros, ni fiestas públicas à vista de S. M. con grande escándalo de todo el pueblo que entre algunos religiosos es tenido por infame.

Mostró tambien sus venganzas en muchos que

persiguió, su descortesia hasta con personas graves, su cràpula y vicio en el comer abundantísimamente, teniendo presente muchos títulos, y caballeros en conversaciones profanas y harto indecentemente, á unos en pie y á otros descubiertos y à muchos de rodillas, que á esto se bajaban los codiciosos.

Comenzó tambien á mostrar otras malas artes, como ser amigo de astrología y de los que la profesan no limpiamente, como lo permiten los derechos, sino en mucha nota de hechicerías, supersticiosas fábricas desiguales y otras cosas mal sonantes, de que nació el acumularle el cargo que se le hizo ante el teniente Barreda en tiempo del Presidente don Juan de Acuña, y despues una visita que le hizo el provincial de Santo Domingo fray Pedro Gonzalez Obispo que es agora de Palencia, en materias de torpezas de mujeres y monjas: Se hizo todo noche y S. M. que está en el cielo, estubo tan engañado que lo tubo por persecucion injusta, pero el tiempo ha mostrado aunque tarde, cuan fingida y aparente era la verdad y cuan natural y verdadero era el vicio: inventó aquella negra jornada de Portugal para apartar á S. M de esta corte y de la señora Infanta Margarita, de los presidentes y personas religiosas que le daban aviso de cosas de su servicio y cuan intempestiva, dañosa y desacertada fué, ni es menester encargar: lo que hizo allí de hacienda de enemigos, de quejosos por su descortesía y malos tratamientos; díganlo los que la vieron: Sus mismos religiosos que juraban que en todo el tiempo que estuvo en su casa no supieron que dijese misa, ni puso los pies en el coro: la soberbia, la ocasion de hablar de sus liviandades no hay quien no lo sepa; ministros graves, testigos de todo esto, tiene V. M. cerca de sí, que si se lo pregunta dirán la verdad. Volvió de ella mas apoderado de los negocios y de la voluntad de S. M. para todo lo cual tenia al

Protonotario Villanueba que teniendo cuatro oficios no los servia y servia de ir del confesor al Duque de Uceda, concertándolos con las pretensiones propias, y de particulares en que se encontraban, siendo esto tan público que lloraban las piedras de ver á tan Santo Rey tan engañado con tan malos ministros, á quien teniéndose ya por dueño de todo con la privanza, con la inquisicion general, con el puesto de confesor, con la plaza de Estado, con las consultas de Hacienda, de Portugal, muchas de Aragon y otras partes, con mucha Renta, dinero y ambicion, comenzaron á avivarse todos sus vicios no habiendo hartos beneficios, abadías y pensiones para el solo: aqui era el comisario de astrólogos, de judiciarios y gente perdida por esta materia; tanto que habiéndole acusado aquel clérigo, de haber hechizado à S. M. y hablándose tanto en este por la señora Infanta Margarita, por los religiosos descalzos y otros santísimos y por el príncipe Filiberto, que todos se dolian de ver la opresion y engaño en que S. M. estaba, en el tiempo que esto andaba con mas calor; hallándose en San Lorenzo con S. M., tubo allí hospedado à su mision y con cama en la celda de su compañero, à Fray Luis de Leon, un clérigo menor que habiendo sido fraile mercenario le echaron de la órden por hechicero por condenacion y proceso que le hizo la Inquisicion, y avisado de ello el Príncipe Filiberto á S. M. don Bernabé de Vivanco por mano de don Fernando Verdugo su cuñado, que es toda su privanza y lo ha sido siempre, le envió á decir que lo echasen luego de allí que parescia muy mal y que S. M. lo había mandado.

En materia de tomar (en la presencia de Dios digo la verdad á V. M.) que D. Pedro de Aragon hijo del duque de Terranova, del Consejo de Italia, del me dijo, que el y su madre la Duquesa de Terranova le habian dado mas de seis mil ducados en joyas y pre-

seas, y lo mismo me dijeron criados suyos que andan por esta corte y seria fácil de preguntar, y puede se bien creer la fama pública que desto corria y de lo que se sabe que desde Valladolid le envió el Duque de Lerma presente que valia mas de 12,000 ducados cuando puso casa, en plata, camas y colgaduras y de los que dijeron públicamente por esta corte los marqueses de Cañete que despues de habérseles comido 50 ó 60,000 ducados con promesas y palabras, les decia que no tenia S. M. que darles y con fray Gaspar de Aguirre de la Orden de S. Benito le embió á quejar y á reñirles—Continuó siempre la plática con astrólogos, las figuras que les hacia levantar, es tan público que era esto tan público su entretenimiento, que no llegaba hombre á la corte desta profesion que no fuese muy comunicado, ayudado y pagado y favorecido de su mano; muchos están aquí que lo dirán. Uno tiene hoy en dia, sino lo ha despedido de diez dias á esta parte, el cual es un clerigo que venia de Aragon y dijo que algunas personas á lo que me dijo una de todo crédito, que venia ayudar el clerigo que estaba preso y en prosecucion del mismo caso y habiendo aportado casa de cierto ministro forastero aragonés, à quien siendo antes el confesor mal afecto le hizo hacer de S. M. dos mercedes sobre otra muy grande que tenia, y se tiene por cierto que le apartó de aquel propósito y le llevó á casa del confesor y luego amaneció muy bien vestido y con racion en su despensa, aunque no vive en su casa y siendo esto asi que modo señor era de averiguar un proceso de cosa tan grave, como si se habia ó no echizado á S. M. por mano de un Inquisidor general que por privado podia perder á quien quisiere y como inquisidor general quemarle.

Andando don Francisco Verdugo por una parte, por otra haciendo juntas de Obispos todos hechuras

recientes de su mano, vuélvanse agora á pliego aquellos procesos por manos de hombres doctos y pláticos sacándolo del oficio y del lugar y verá V. M. que diferente cara hacen.=

Visitele la ocupacion de privado, búsquesele la hacienda que se la administra uno de los secretarios Villanueva, búsquesele lo que ha enviado á Aragon en diferentes veces, que presidentes tiene V. M. de su mismo Reino, que le saben la vida y le sacarán la hacienda siete estados debajo de la tierra, y verá V. M. si es ordinario socorro, ni tiempo malgastado el que se hará en visitarle.

No es menor en algo su hermano el arzobispo de Valencia, aunque entró á pies descalzos en aquella ciudad, pues despues de entrado la ha tenido tres ó cuatro veces á pique de perderla y al Reino encontrándose con todo el, y valiendose de la privanza de su herm.º oprimiendo aquellos pobres vasallos tomando puntos con los vireyes sobre no quererle llamar excelencia, cosa la mas descompuesta que se sabe, pudiendo el con mucha honra servirles de criado, sino tambien aquella dignidad, y por remate de sus ambiciones, vicios y desgobierno, en una iglesia de 6000 ducados de renta con lo cual sus antepasados sustentaban á media Valencia de limosnas, el no solo ha dado un real que se sepa, sino en cambios y recambios se ha perdido, de manera que habiendo emprestillado á los mayores amigos que tenia en 30000 ducados de renta, con la cual á unos y en mas á otros ha hecho puerto, de acreedores, la primera cosa que se ha sabido ni oido jamás de prelado alguno católico.

En las cosas de Aragon solas dos quiero contar á V. M. del dho confesor, de muchas que se le averiguan que teniendo preso á un sobrino suyo llamado Juan Miguel de Palomares en las Carceles públicas para ahorcar por insultos y delitos gravísimos, dió ór-

den á un aragones llamado Juº Tomas de Escoriguela, un hombre perdido y que vivia de tener casa de juego, para que le librasen y quebrantando la carcel le libraron aunque despues quiso Dios que otro sobrino del dho confesor primo del mismo, le matase con dos arcabuzasos y á este le ha tenido aquí á su mesa, y por su huesped muchos dias: buena compañía pª un confesor de S. M. y al dicho Juº Tomas que libró al preso le ha entretenido en Nápoles en oficios de V. M. que le ha hecho dar á los vireyes y hoy en dia ocupa el de la vicaría de Nápoles en aquella ciudad, que será bueno para un hijo de un Virey siendo hombre de la calidad que se ha dicho.

El otro caso es que vacando el obispado de Lérida que vale 24000 ducados, y ha llegado algun año á 30000, hizo que el protonotario Agustin de Villanueba fuese á todos los del Consejo desde el Presidente hasta el menor, diciéndoles de su parte, que propusiesen en su consulta al doctor Sierra su sobrino, y no contento con esto, se halló en el consejo el dicho protonotario Villanueba, y con esta opresion se hizo consultar à un magistrado y se proveyó con mucha prisa en un mozo de 30 años sin partes ni méritos, dejándose á otras personas de mucha consideracion, calidad, cristiandad y servicios, sin mejorar como fuera justo á los obispos pobres de la corona, tan oprimido estaba el consejo con el dicho protonotario Villanueba: lo cual ha dado mucha ocasion de decir que por su astrologia habia derechamente sospecha de que S. M. habia de faltar, y por esto se hizo esta provision tan apriesa, y tan interesada, cuantas otras han sido tan justas y mal empleadas por no me alargar no las refiero à V. M.

Siendo esto así que tiene el Real ánimo de V. M. á la demostracion que merece y tanto desean todos los hombres graves de la corte, pregunte V. M. so-

bre esta materia lo que siente el Príncipe Filiberto, Fray Ju° de Santa Maria, Fray Baltasar de los Ángeles, el Obispo de Tuy, y todos los presidentes y verá que tarda contra la reputacion de V. M.: y que parece indecentísimo que persona á quien dijo S. M. (1) aquellas palabras "mala cuenta habeis dado de mi alma, y de la vuestra," y respondió el confesor "yo, señor, he dicho siempre verdad á V. M.:" "en el principio es así, le repuso, pero despues me hablastes como los demas," que pues no le mataron no tiene alma, honra ni entendimiento; no es justo que se vea en el Consejo de Estado: sobre su ignorancia y otras cosas que en la materia se podrian decir y se ven y han desertado los del Consejo, ni es justo que esté en la Inquisicion de España que es el brazo derecho de una religion, y dos veces procesado por hechicero.

Que no merecia el castigo de todos el duque de Osuna, sino quien le ha sustentado sino el que lo sufria, disimulaba y encubría: público es que le dió el duque un aderezo de oratorio, y aun se decia que le valia 5 ú 8000 ducados, y lo que el dicho duque dió en una fuente y jarros de plata que valian 1000 ducados para que fuese tercero con el confesor. Seis criados lo han publicado, y aun se hallara en casa de su hijo el protonotario: tan ostentosamente vivia que su casa está llena de esclavos que se presentaban y á la vista con seis frisones que le dió en Portugal el duque de Salinas, y de dia y de noche no se vaciaba aquella casa de presentes y por remate ¿quién ha visto jamas que un confesor de un rey tan santo, se pusiese en un balcon de su casa muchas veces á medio dia á vista de toda la corte, é hiciese sacar un leon que tiene en ella para que degollase los perros que pasaban por la calle, no sin peligro de la gente y niños que lo estaban mirando, como pudiera ha-

(1) Felipe III.

cerlo Neron ó Diocleciano? tiene, en fin, merecido el castigo que le desea toda la corte: es ignorante é indecente: no se dé lugar á que vaya derramando la ponzoña que procura sembrar con las visitas y recados.

Muerto Felipe III á dos dias despues anda paseando las calles de Madrid su confesor tan descaradamente y se fué à alquilar la casa el conde de Salazar mirando otros por el lugar.

En otra copia se afirma que Aliaga es natural de la aldea de Angrezuela, de la comunidad de Teruel: tambien se amplian los cargos que aquí se le hacen.

Al mismo tiempo que se entregaba al Rey el Memorial copiado antes, se le daban, al salir de los Descalzos, unos versos donde se leia lo siguiente:

Veinte borregos lanudos
tiene V. M.
que trasquilar para Marzo,
bien tiene que trasquilar;
Calderon, Tapia y Bonal,
Ciriza, Angulo, el Buldero,
Confesor y San German,
Gamboa, Heredia y Mexia,
Soria, Tejada y Tobar,
El Arzobispo de Burgos
y Trejo, aunque Cardenal.
Don Octavio de Aragon,
que todos juntos darán
lo que à su corona deben.

Viva vuestra magestad. (1)

Tambien circuló asimismo otro papel con este tenor:

Murió Felipe tercero,
mas un consuelo nos queda
que muerió Pablos de Uceda,
El Confesor y el Buldero,
uno y otro majadero
se contenten, que han tenido
un Rey y reino perdido,
pues mejor diré robado,
que el poder destos privados
tan exorbitante ha sido.

Aludiéndose à las providencias tomadas por Felipe IV y á que el "Consejo de correccion de vicios" habia comenzado á funcionar, dice el propio documento:

Ya murió el manso cordero
y reina el fuerte leon,
que de tal tiene opinion,
como prudente y severo:
con valor sabe reinar
y pues comenzó el cortar,
el hilo de tanta maleza,
cortara cualquier cabeza
aunque en alto lugar.

Y mas adelante cítase otra vez á Aliaga, aludiendo

(1) M. S. T. 234 Bib. Nacional. Debió pertenecer à un dependiente de los la Cerdas, porque dice: "Al duque de Alba dicen le mandaron casar con mi señora D.ª Catalina de la Cerda."

à que se habian quedado á la Luna de Valencia los que por su intermedio obtenian destinos sin merecerlo:

Aunque el padre presentado
Charla, se queda á la luna,
quejoso de la fortuna
desatento de su estado:
ofrécenle un obispado,
no lo aceptó el borriquito,
que acabó ya el Confesor,
y pretender sin favor
y sin letras es delicto. (1)

En el mismo mes de Abril de 1621 cierta señora dió al Rey un memorial en verso donde se contenia esta glosa:

"Anda, niño, anda,
que Dios te lo manda."
Anda pues el cielo
te mueve los pasos
veràs nuevos casos
que andan por el suelo
anda con desvelo,
castiga ladrones
passa los millones
hácia esta otra banda.
"Anda, niño, anda
que Dios te lo manda."

(1) Códice de la Biblioteca Nacional, T. 234, fólio 306.

Asímismo se entregó al monarca un "Padre nuestro" en verso, que decía así:

Publica atroces castigos
no quede ningun tirano,
toma la espada en la mano
y de tantos enemigos
Venganos.
Que es muy justo castigar
á los que siempre sedientos
de tus tesoros, intentos
han tenido de usurpar
el tu reino.
Los pobres señor, estaban
consumidos y acabados
y solo ellos sobrados
porque á todos nos quitaban
el pan nuestro.
Los dineros mal ganados
en tan varias ocasiones,
quita de tantos ladrones
y queden necesitados
como nosotros, &c.

Atribúyese esta sátira á Quevedo.
Tambien corrió una poesía que comienza con estas palabras:

"Murió Felipe Tercero"

y tiene esta variante.

"Del confesor se imagina
Que fué á Huete, ¡ay que dolor!
con órden de que el Prior
le diese una disciplina,

providencia fué divina
redimir la inquisicion,
porque cualquiera ladron
de lo temporal, no escede,
pero el Inquisidor puede
robarnos la salvacion.

Hé aquí otra:

. . . .
Comprenderle en la espulsion,
mormorase que es ladron,
no lo afirmo, pero sé
que en quien guarda poca fé
no está bien la inquisicion.
Códice M. 200. Bib. Nac.

Véase otro epígrama:

Jam recesiit sicut fumus
"Aliaga" Aragonæ
et Laqueo contrictus est
et nos liberati sumus.
. . . .
Ved lo que en el mundo pasa
pero á ninguno traspasa:
ver en tan mísero caso
al que de nadie hizo caso
y de todos hizo casa. (1)

En el propio códice y mas adelante se halla esta décima de Villamediana:

Sancho Panza, el "confesor"

(1) B. Nac. MS. T. 234.

del ya difunto monarca
que de la nave del arca
fué de Osuna sangrador;
el cuchillo del dolor
lleva á Huete atravesado,
en tan miserable estado,
y que será (segun he oido)
de Inquisidor inquirido
de confesor confesado.

Publicáronse á la vez sermones burlescos y satíricos. Uno decia:

Per signu cruces de á vara
tengan los enemigos en la cara:
líbranos Señor de vistas del doctor
no tengan las monjas padre,
ni perrito que las labre
Amen Jesus.
Quod natura dat
Nemo negare al nipote
Al capítulo sexto Don Quijote.

Segun Villamediana, Aliaga era conocido con el apodo de Sancho Panza. Siendo esto así, y constando por el testimonio de Quevedo que estos sermones se escribieron contra Osuna y Aliaga, parece que á este último pueden aplicarse las dos sátiras siguientes:

... y pues de San Anton hoy es el dia,
al Santo se ha de hacer el alegría.
Y no que las devotas
consagren esta fiesta á las bellotas,
que no lleva camino
solicitar bellotas al "cochino" (1)

(1) Entre esta palabra y el nombre Sancho parece que en lo antiguo hubo alguna relacion.

y fuera asunto terco
hacer tan gran fiesta para un puerco:
Pero por él, responda Don Quijote.
Lo que natura dat
nemo negare al nipote.

Si realmente se referian estos versos à Aliaga, lo del (nipote) sobrino debia aludir al Obispo de Lérida, sobrino realmente del ex-confesor, el cual lo habia elevado á aquella dignidad, donde se mostró no menos licencioso que su tio. Existe en la Biblioteca Nacional MS. H.—57 un papel que dice en la cubierta: "Conde de Chinchon= Dipp=Consejo de Aragon= con una consulta sobre el memorial que se dió S. M. contra el Obispo de Lérida. Año 1624." El memorial denuncia el escandaloso comportamiento del Reverendo, que no solo daba títulos falsos, sino que vivia ilícitamente con varias mujeres, permitiéndose los escesos mas vergonzosos. Enuméranse estos al por menor. En 20 de Enero dispuso el rey se pasara al Consejo de Aragon; este dispuso el 10 de Marzo que se hiciera una informacion secreta en Valencia y Lérida: conformóse el Rey:

Bajo el epígrafe de "á los ministros y privados del Rey D. Felipe III, escribió Villamediana una sátira donde se halla lo que antes hemos reproducido y otros: una empieza así: (1)

Al confesor que en privanza
fué con todo descortes, &c.

Luego se leen las décimas que comienzan con estos versos:

Sancho Panza el confesor, &c.

(1) Sátiras. Villamediana.—Biblioteca Nacional. M —8—M. 200.

. . . .
Del confesor se imagina, &c.
. . . .
Murió Felipe III, &c.

No las reproducimos por ser harto conocidas.
Tambien Quevedo en sus "Grandes Anales de Quince dias" trató mal al domínico aragonés

NÚMERO 37.

"Para vuestra conveniencia y mi servicio, conviene esteis en la ciudad de Huete dentro de dos dias, donde vuestro confesor os ordenará lo que habeis de hacer. Madrid y Abril 22 de 1621. Yo el Rey."

NUMERO 38.

"MS. T. 234. Biblioteca Nacional."
"Viérnes 21 de Abril (debió decir 28) 9 de la mañana. Salió de esta corte por mandado del S. M. el P. Fr. Luis de Aliaga, Inquisidor general, habiéndosele enviado à notificar con Villegas, administrador del Arzobispado de Toledo, con órden que vaya via recta à Huete de Cuenca, sin detenerse y esté recluido en un convento que hay allí en desierto, de su hábito, sin salir de allí, quitándole los oficios; y fué sin compañero y con dos criados."

NUMERO 39.

La complicidad de Aliaga en los malos manejos que se atribuian à Osuna, resultó probada. Véase la causa que al mismo se siguió y á Uceda y Osuna, que existe en Gracia y Justicia, segun afirma el señor Fernandez-Guerra. Dicho señor ha publicado en el se-

gundo tomo de las obras de Quevedo varias cartas de este á Osuna, de donde se deduce que Aliaga sostenia la causa del último, recibiendo regalos por el servicio. Quevedo era medianero en estos tratos. Una carta fecha 21 de Febrero de 1616, demuestra que la amistad entre Osuna y Aliaga databa de antiguo, pues dice Quevedo en ella: "El Padre confesor es purísimo amigo de vuecelencia y reconocidísimo á la oferta que vuecelencia le envió á hacer desde Peñafiel cuando murió Javierre, y á mi me lo ha dicho, y es valentísimo amigo."

Cuando cayó Aliaga, Quevedo escribió contra él en los "Grandes Anales de quince dias," diciendo entre cosas que fué hijo de padres humildes y que habiéndose mostrado licencioso en alguna proposicion, cuando leia teología en Zaragoza, fué apartado de la ciudad con reprension. Ya hemos visto que esto es inexacto. Quevedo debió escribir ateniéndose á informes apasionados y falsos, pues tanto lo uno como lo otro carecia de fundamento. Y lo estraño es que el mismo Quevedo que tan íntimas relaciones mantuvo con Aliaga, siendo el mediador entre este y Osuna, sacara despues á la vergüenza á su cómplice en el citado escrito, aunque en otro parecía defenderle.

Don Antonio Valladares ha publicado en el "Semanario Erudito," tomo sesto, un memorial de Quevedo contra Olivares. En él, censurándose la conducta de este ministro, se lee: "Prendió al Duque de Uceda, sin otro pretexto que ser amigo del Duque de Osuna, y al Secretario de Uceda por serlo, con que el Duque murió en la prision y el secreto padeció. Desautorizó al confesor de S. M. pasada, Fr. Luis Aliaga, quitándole los empleos que poseia."

NÚMERO 40.

Hicimos cuantas diligencias fueron posibles para descubrir el proceso que se siguió à Aliaga sobre el asunto del reino de Valencia, sin obtener resultado satisfactorio. En el tomo tercero de Latassa se lee que el Superior Consejo de Aragon en 15 de Diciembre de 1623 le declaró libre del cargo condenando al impostor á galeras. El Rey le escribió una carta satisfaciéndole. Habiendo nosotros acudido al Archivo de la Corona de Aragon en busca de antecedentes, recibimos por conducto de nuestro amigo el ilustrado escritor señor Feu, la siguiente respuesta del diligente bibliotecario que guarda aquel tesoro.

Don Antonio de Bofarull á D. J. Leopoldo Feu.= Barcelona 17 Enero 1871.—....Desde la union de las Coronas, no habiendo corte ni cancillería en Barcelona, entraron solo en el archivo los registros de Lugartenencia de Cataluña, sin que en él hayan existido jamás procesos ni expedientes, y sí tan solo causas políticas ó por razon de Estado de los antiguos Reyes: y al erigirse el Supremo Consejo de Aragon en la Córte, única ó central, cometióse la irregularidad de remitir todos sus papeles no al archivo de la antigua nacionalidad que representaba, sino al de Simancas; pero como estos los hayamos adquirido ya, hace pocos años, los he examinado y, como resultado, puedo decirle, que entre ellos no existe ningun proceso ni causa, ni menos legajos ó registros que comprendan esclusivamente sentencias, de todo lo que vengo à deducir que cualquier sentencia que se busque ha de ir unida á un proceso y este, si no existe en un depósito particular ú otros generales, mas ó menos propios, hemos de darlo ó por extraviado ó por anonadado en alguna de las indiscretas que-

mas, que, por sistema se practicaban antes, hasta en las audiencias, de lo que llamaban papeles inútiles."

Respecto al proceso de la Inquisicion sabemos lo que sobre él escribe Llorente en su "Historia crítica de la Inquisicion." Tomo octavo. Edicion de Madrid de 1829, página 125.

NÚMERO 41.

"Borrador de la Biblioteca de Scriptores del Reino de Aragon que escribe el Dr. Juan Francisco Andrés (de Uztarros) cronista del mismo reino (MS. de la Biblioteca Nacional. CC.=77.) Al pié de la portada una papeleta impresa que dice: "De la Biblioteca de Vicencio de Lastanosa, caballº Infanzon, ciudadano de Huesca y señor de Figaruelos." Este códice fué consultado por D. Nicolás Antonio. Contiene algunas notas de Dormer.

"Aganipe de los Cisnes Aragoneses, celebrados en el Clarin de la fama, escribióla el doctor Juan Francisco Andrés, cronista del Reyno de Aragon. Año MDCIII. (MS. de la Biblioteca Nacional.) Este códice fué impreso segun Latassa, en Amsterdam en 1781, por don Ignacio de Asso, quien lo ilustró con notas y un curioso prólogo.

NUMERO 42.

Véase Vicencio de Lanuza.

NUMERO 43.

Ballester. "Identidad de la imágen del Cristo de S. Salvador de Valencia con la sacrosanta imágen de Christo de la ciudad de Berito en Tierra Santa. Su autor Juan B. Ballester, arcediano de Murviedro en

la Sta. Metropolitana Iglesia de Valencia. Gerónimo Vilagrasa. 1672." Un volúmen en cuarto.

NUMERO 44.

Echard. "Scriptores Ordinis Prædicatorum Recensiti, &c., &c., por Quetif y Echard. Lutetiæ Parisiorum." MDCCXXI.

NUMERO 45.

Véase Latassa.

NUMERO 46.

Historia de la Universidad de Zaragoza. MS. de la Biblioteca Nacional de 96 pàginas. D.—96. Refiriéndose el autor al 12 de Mayo de 1603 dice a la hoja 62 vuelta:

"La cátedra de Sancto Tomàs tuvo Fray Nicolás Crespo, tiénela ahora fray Luis Aliaga de la Orden de Predicadores, su salario es 70 libras"=

NUMERO 47.

El erudito investigador de la vida de Lope de Vega, don Cayetano Alberto de la Barrera, ha demostrado que aquel ingenio residia en Sevilla en 1601 y que de allí salió para Toledo, regresando nuevamente à la capital de Andalucia, donde imprimió el "Peregrino," dedicándolo al marqués de Priego, segun dedicatoria firmada en dicha ciudad el 31 de Diciembre de 1603. Hasta el 4 de Agosto de 1604 no se le halla en Toledo.

Tambien Cervantes residió en Sevilla por aquella época.

NUMERO 48.

En una carta de Lope, sin fecha, se lee: "El confesor bueno y retebueno" y nada mas.

En otra: "ayer fué el confesor al Escorial ya bueno."

En 6 de Julio de 1611 decia: "Pero Garcia el médico celebradísimo y único, trahido de su cátedra de Alcalá á curar al confesor."

NUMERO 49.

Hemos adquirido este convencimiento despues de un exàmen detenido y concienzudo del asunto. Tratándose de la bibliografía de Quevedo, la autoridad por hoy aceptada y reconocida es el notable estudio publicado acerca de ella en la "Biblioteca de Autores Españoles" por el señor Fernandez Guerra, quien no ha escusado medio, diligencia ni fatiga para inquirir cuanto pudiera completar y perfeccionar su trabajo, y por cierto que lo que en él no se encuentre dificilmente se hallarà en otra parte.

Ahora bien, el señor Fernandez Guerra publica en el tomo primero el Catálogo de las obras de Quevedo, clasificadas y ordenadas. Bajo el epigrafe "Discursos críticos-literarios" y al número 115 léese textual lo siguiente:

"Cuento de cuentos. Donde se leen juntas las vulgaridades rùsticas que aun duran en nuestra habla, barridas de la conversacion. (1626-1626) Existe el manuscrito original de letra del amanuense de Quevedo."

En el tomo segundo se incluye el Cuento de Cuentos y al principio se halla un curiosísimo Registro de los manuscritos que se han confrontado para la impresion del segundo tomo." Al número 24 leo esto:

"24 D. Fran.co quebedo Villegas á D. Antonio de

Messa y Leiba. La fecha de esta dedicatoria es 19 de Marzo de 1626. Sigue el "Quento de Quentos." Acaba. "el padre que daba gracias á Dios de ber acabada la boda. Es como te lo quento, hermano de la vida." Al fin se lee de lápiz. "N. B. Desgloso esta copia del Cuento de Cuentos de un tomo MS. de Papeles varios que perteneció á D. Andrés Gonzalez de Barcia Carvalledo el año de 1595. B. J. Gallardo=Copía de 1627, de que hoy es dueño el señor don Juan Antonio Gallardo. (Cinco fojas útiles en 4.°)

25 D. Fran.co de quevedo Villegas á don Antonio de Mesa y leiva. MS. contemporáneo, de la biblioteca de Salazar. L. 69 de la Real Academia de la Historia, incompleto y de escaso mérito. (Siete fojas en 4.°)"

Visto que no citaba el señor Fernandez Guerra la copia auténtica del "Cuento de Cuentos," original de letra del amanuense de Quevedo, recurrí à su fina amistad para que se sirviera descifrarme el enigma. El señor Fernandez Guerra se ha servido manifestarme que estampó aquella noticia con referencia á don Agustin Duran, que se la trasmitiera, pero que no llegó à ver la copia referida.

Resulta, pues, que no se conoce ese manuscrito auténtico y original.

Al reimprimir el "Cuento de Cuentos," en una erudita nota dice el señor Fernandez Guerra que "sospecha" que vió la luz à principios de 1626, en Huesca. No dice en qué se funda esa sospecha, (a) pero pocos renglones mas abajo escribe:

"Tengo noticias de las siguientes ediciones del "Cuento de Cuentos." En la coleccion de obras sati-

---

(a) Escrito esto he sabido que el señor Fernandez Guerra fundó su sospecha en que Quevedo suscribió el "Cuento de Cuentos" en Huesca en 17 de Marzo de 1626 y en que estuvo en dicha ciudad segun todos los càlculos mas racionales.

ricas de don Francisco hecha en Barcelona por Pedro Lacavallería, año de 1629, entra al fólio 129.

Suelto hubo de reimprimirlo, en Valencia, Miguel de Sorolla este mismo año, y (parece que junto con la sátira del P. Aliaga) Estéban Liberós de Barcelona.

Cárlos de Labayen, impresor del reino de Navarra, incluyóle en su coleccion de 1631, al fólio 388.

Diminuto, y con libertades insufribles para correr de molde, le dieron á luz todos los ejemplares navarros, aragoneses y catalanes; por lo cual, luego que nuestro autor refundió, limó é hizo mas decentes sus escritos de burlas-veras (en el Otoño de 1629) acicalando el presente y acompañándole con "La culta latiniparla," vino á publicarle de nuevo entre los "Juguetes de la niñez y travesuras del Ingenio." En tan ingenioso rasgo fué donde pudo agotar nuestro satírico las imaginaciones que embarazaron su tiempo, segun él mismo lo advirtió á los lectores, espresando en la tabla que ofrecia ahora el "Cuento de Cuentos entero."

Refiriéndose á esta edicion, escribe el señor Fernandez Guerra, en el tomo primero, catálogo de las ediciones de las obras de Quevedo:

"1629. núm. 28.—Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio." Declara el Sr. Guerra que no conoce esta edicion, citándola bajo la fé del índice expurgatorio de 1640, pág. 425.

Allá fuimos. Consultando el índice. (Novissimus librorum prohibitorum index pro catholicis hispaniarum regnis. Philippi III Reg. cathol. Anno 1640.) Léese en el fólio 425, sobre Quevedo:

"Asímismo se permiten los libros siguientes:—el libro intitulado "Juguetes de la niñez," impreso en Madrid por el mismo autor, año de 1629. Todos los demás libros y tratados impresos y manuscritos que

corren con nombre de dicho autor, se prohiben, lo cual ha pedido por su particular peticion, no reconociéndolos como propios."

No hay mas. Si no se conoce la edicion de los "Juguetes de la niñez" de 1629 mas que por esta cita, no puede saberse si se comprende en ella el "Cuento de cuentos" Tampoco pudo leerse en esa edicion que se "ofrecia ahora entera," pues la tabla no se conoce.—Si me equivoco al sacar esta deduccion, dígaseme, que pronto estoy á rectificar. (a)

Volviendo á la nota del "Cuento de Cuentos" asienta el distinguido académico, que no habiéndole cabido la suerte de fijar el texto à vista de la impresion citada de 1629, súplelo cotejando varias estimables, cuyas diferencias señala al pié con signos.

Enumera en seguida las ediciones que ha consultado, comenzando por la de 1631, de Labayen; cita otras de 1635, 1648, 1650, 1653, 1658, 1670, y por último la de Sancha de 1790. Tambien recuerda la copia manuscrita de la Academia.

Aparece, en mi sentir, que el Sr. Fernandez Guerra, no ha podido haber à las manos las ediciones de Sorolla y Perellos de 1629, ni la del mismo Quevedo del propio año y en cuanto á la de 1626, solo "sospecha" que se hizo.

Llamóme la atencion que entre las copias manuscritas no utilizara la de Gonzalez Bárcia.—Gallardo, que siendo de 1629—segun se dice, era muy interesante; mas supe que la obtuvo cuando ya tenia concluido é impreso su trabajo.

(a) La edicion de 1631 contiene la misma aprobacion de 1629, y fundándose en este hecho, el señor Fernandez Guerra entiende que la edicion de 1629 debió ser idéntica à la de 1631, pues de otro modo habria necesitado la segunda nueva aprobacion.

Despues de consignados estos detalles, dígase si no estoy en mi derecho "sospechando" que la sospecha de que el "Cuento" se imprimió en 1626, carece de base suficiente. Y me corrobora en este juicio, el que no se halla rastro de ninguna edicion del "Cuento" anterior á 1629, y que acontece lo propio con la "Venganza de la lengua." La primera que se conoce cítala el propio Sr. Fernandez Guerra, en el tomo primero, pág. CXI.

"1629. Venganza de la lengua española," contra el autor del Cuento de cuentos. Por D. Juan Alonso Laureles, caballero de hàbito y peon de costumbre, aragonés liso y castellano revuelto."

"Colofon. Con licencia. En Huesca por Pedro Bluson, impresor de la Universidad. Año de 1629. Véndese en la misma imprenta. (Tiene 10 fojas en 8.º)"

No hay rastro de otra edicion anterior; esta no dice que sea reimpresion, ni segunda, y aunque este argumento es de escasa fuerza ¿Será violento pensar que es la primera, cuando no hay dato alguno que lo contradiga?

Escrito esto ocúrreseme un reparo. Quizá Quevedo escribió el "Cuento de Cuentos" en la época que se dice y conociéndolo Aliaga, todavía inédito, hubo de responder con la "Venganza." No niego la posibilidad del hecho; pero hasta ahora solo juzgué los argumentos conocidos y las pruebas que ante el tribunal de la crítica se presentaron; hallándome, sin embargo, dispuesto á modificar mi opinion si nuevas noticias asi lo pidieran.

NÚMERO 50.

Véase las notas al "Buscapié" por don Adolfo de Castro.

NUMERO 51.

Véase al mismo autor en el propio lugar.

NÚMERO 52.

Véase el "Averiguador" que edita don Eduardo de Mariátegui: el manuscrito existe en la librería de Cuesta.

NÚMERO 53.

Quien desee pormenores examine la coleccion de cartas inéditas de Lope de Vega, existentes en el archivo de Altamira y de la que posee hoy una copia la Biblioteca Nacional.

NÚMERO 54.

Trae el hecho Luis Cabrera de Córdoba, en sus "Relaciones."

NUMERO 55.

El ilustre historiador Tomasso Gar, gefe de los Archivos de Venecia, falleció mientras se imprimia la primera parte de este libro.

NÚMERO 56.

En "Don Quijote y la Estafeta de Urganda."

NÚMERO 57.

Véanse las notas de don Adolfo de Castro al "Buscapié."

NÚMERO 58.

Idem.

NUMERO 59.

Idem.

NUMERO 60.

Véase Curne de Sainte Pelaye "Memoires sur l'ancienne chevalerie."

NÚMERO 61.

MS. de la Biblioteca Nacional.

NUMERO 62.

MS. de la Biblioteca Nacional.

NUMERO 63.

Véase á Castro en el lugar citado.

NUMERO 64.

Véase à Castro en el lugar citado.

NUMERO 65.

Quien desee detalles acuda á "La Sepultura de Miguel de Cervantes." Memoria escrita por encargo de la Academia Española y leida á la misma por su director el marqués de Molins. Madrid. Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra. 1870.

NUMERO 66.

Véase la "Memoria" antes citada. El episodio relativo á Calderon fué brillantemente referido por mi amigo el insigne cervantista, señor Hartzenbusch, en la Memoria de la Biblioteca Nacional, correspondiente al año de 1870.

Sevilla.-1872.-Impreso en "La Andalucia."
IMPRENTA DEL AUTOR.

INDICE.

OBRAS DE FRANCISCO M. TUBINO.

MURILLO,
SU ÈPOCA, SU VIDA, SUS CUADROS.
3 pesetas.

PABLO DE CÉSPEDES,
premiado en singular certámen con medalla de oro
por la Academia Nacional de Bellas Artes.
5 pesetas.

EL ARTE
Y
LOS ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS EN LA PENÍNSULA.
5 pesetas.

VIAJE CIENTÍFICO Á DINAMARCA Y SUECIA,
en colaboracion con el Doctor Vilanova.
10 pesetas.

CERVANTES Y EL QUIJOTE.
Madrid 5 pesetas. Provincias 5'50.

EN PREPARACION:

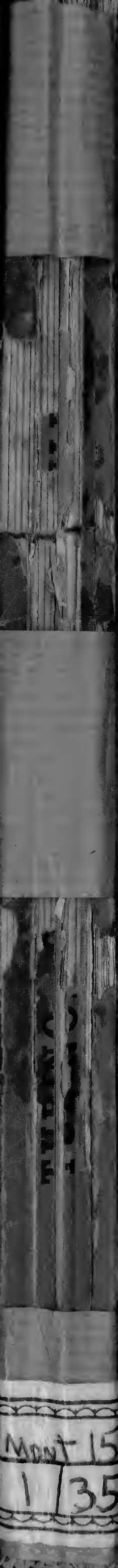
CASTILLA BAJO EL REINADO DE PEDRO I.

OBRAS DE BENITO PEREZ GALDÓS.

LA FONTANA DE ORO.
3 pesetas.

EL AUDAZ.
Historia de un Radical de Antaño.
3 pesetas.

SEVILLA -LA ANDALUCIA.


Mont 15
1 35